
GENEORIO ESTRADA

EDITOR

BIBLIOTECA

ENCICLOPÉDICA POPULAR

ILUSTRADA

MADRID

BOCASA EDIBOQUE, S.

DG
com

t. 569875

c.

Biblioteca Enciclopédica Popular Ilustrada
Sección 4.^a—HISTORIA.

GUADALETE

Y

COVADONGA

DEL AÑO 600 AL 900

(PÁGINAS DE LA HISTORIA PATRIA)

POR

D. EUSEBIO MARTINEZ DE VELASCO

Redactor-Jefe que ha sido

DE «LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA»

Tercera edición



MADRID
DIRECCION Y ADMINISTRACION
Doctor Fourquet, 7

Esta obra es propiedad del Editor de la BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA POPULAR ILUSTRADA, y será perseguido ante los tribunales el que la reimprima sin su permiso.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A LA SOCIEDAD
ECONÓMICA MATRITENSE
DE AMIGOS DEL PAIS

legítima representantes

de los intereses morales y materiales del país

DEDICA LX

BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA POPULAR ILUSTRADA

El Socio

GREGORIO ESTRADA

À TUS
TIERNOS HIJOS Y A LOS MIOS

Para ofrecerles en un pequeño libro insigne ejemplo de grandes desventuras y grandes glorias de su patria, que les inspiren amor á la virtud y odio al vicio; para que se amen fraternalmente, como nosotros, al ver unidos en esta página primera tu nombre, querido ESTRADA, y el de tu mejor amigo

FUSEBIO MARTINEZ DE YELASCO.

AL QUE LEYERE

En este primer volumen de la *Seccion 4.^a* de la BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA POPULAR ILUSTRADA, bosquejamos la historia de la patria en una de sus épocas más célebres: aquella en que un reino poderoso, constituido sobre las provincias occidentales del antiguo imperio romano por el más civilizado de los innumerables pueblos asiáticos que invadieron la Europa meridional á principios del siglo v de la era cristiana, despues de haber llegado á la cumbre de la grandeza y haber merecido el más brillante esplendor de la gloria, se desploma y se despedaza con el empuje de otro pueblo, de otro imperio más poderoso todavía, al igual varcomido edificio queda convertido en m

ble monton de ruinas por las violentas sacudidas de un terremoto.

Contéplase en este periodo, tal vez el más dramático de la vida de la patria, una lucha formidable y heroica, aun en su mismo comienzo, entre dos pueblos bien distintos y dos civilizaciones verdaderamente contrarias: el uno, que brota de la Arabia, la vieja tierra de los patriarcas bíblicos, y que en ménos de veinte lustros extiende sus conquistas hasta las márgenes del Tigris y hasta los floridos valles que riegan el Tajo y el Ebro; el otro, vencido en Guadalete y regenerado en Covadonga, que surge de improviso altivo y fiero ante las apretadas legiones de los invasores africanos, y da principio á aquel grandioso duelo que sólo habia de terminarse, andando los siglos, bajo las murallas de la oriental Granada.

Naturalmente, ántes de describir la caída del imperio godo, trazamos á grandes rasgos la historia del mismo imperio, desde el reinado de Eurico, su verdadero fundador, hasta el de Rodrigo, desdichado monarca que fué vencido en Guadalete; y despues de detenernos en la des-

cripcion del magnífico triunfo de Covadonga, como que este triunfo constituye la primera piedra milliaria, por decirlo así, del largo y penoso camino de la reconquista, hacemos tambien memoria, aunque sucintamente, de los valiosos esfuerzos que realizaron, para consolidar el naciente reino y establecer sobre sólidas bases el nuevo trono, los inmediatos sucesores del gran Pelayo, hasta Alfonso III *el Magno*.

Demas está consignar que no habremos de referir ningun hecho nuevo, porque sobran las crónicas é historias, ya antiguas (aunque pocas son las coetáneas), ya modernas, que hay escritas acerca de tal período; y si bien hemos consultado muchas, desde las preciosas páginas de los ilustres obispos hispalenses Leandro é Isidoro, hasta las obras de Dozy y Romey, seguimos casi enteramente el claro método de la *Historia general de España*, del erudito don Modesto Lafuente.

Fácil habria sido, si hubiésemos deseado hacer ostentoso alarde de erudicion, ya que las corrientes de los tiempos actuales parece que van por ese camino, salpicar de numerosas ci-

tas y textos las breves páginas de este libro; pero considerando que tales alardes tienen más de vanos que de útiles, y teniendo en cuenta que la BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA POPULAR ILUSTRADA se dedica especialmente á las clases ménos instruidas, aunque en varias obras de las anteriormente publicadas tengan mucho que aprender aún las personas doctas, hemos omitido por completo las primeras y hecho uso de los segundos en casos de necesidad absoluta para la mejor ilustracion de los acontecimientos.

Dicho esto, y con añadir que al final del libro se publica un breve catálogo de las principales obras que hemos consultado, en gracia de aquellas personas que deseen hacer más ámplias investigaciones en el asunto, ya que éste las merece, hacemos aquí alto para dar principio á la narracion histórica.

LIBRO PRIMERO

GUADALETE

CAPÍTULO PRIMERO.

Estado de la Península ibérica á principios del siglo v.—
Recuerdos de la dominacion romana.—Españoles ilustres
en aquel período histórico.

I.

Era la Península ibérica, á principios del siglo v de la era cristiana, al tiempo de verificarse la irrupcion de los pueblos del Norte, una de las principales provincias, acaso la más importante, del ya caduco y casi desmoronado imperio romano.

Los hombres de la primitiva república, haciendo uso de una concision bien propia de su austeridad y de sus sencillos procedimientos jurídicos y administrativos, habian dividido el vasto territorio que se extiende desde los altos Pirineos al mitológico Calpe, en dos únicas grandes provincias, Tarraconense y Bética, é

sea España (*Hispania*) Citerior y Ulterior, emperador Augusto, que se levantó poderoso y arrogante despues de las últimas turbulencias republicanas, y casi al lado del ensangrentado cadáver de Júlio César, modificó la primera division territorial, y creó la provincia de Lusitania, imperial como la Bética y sujeta al gobierno de legados imperiales; el emperador Constantino, en fin, que dió señaladas pruebas de considerar con afecto especial á nuestra patria, reformó tambien la modificacion que habia hecho su antecesor Augusto, y dividió la Península en seis provincias, incluyendo la Tingitania, cuya capital era la vieja poblacion de Tingi ó Tánger.

Aún despues del emperador Teodosio subsistia esta division última, cuando fué agregada á las antiguas provincias ibéricas la de las Baleares, con las islas de igual nombre, que hasta poco tiempo ántes habian conservado la primitiva denominacion de Pythiusas, y que fueron comparadas por un elegante poeta del siglo de Augusto, con blancas palomas que se bañan voluptuosamente en ancho lago de cristalinas y tibias aguas.

Subsistian tambien las categorías y los derechos políticos de las ciudades en cada una de aquellas provincias, y se habia desarrollado

lentamente, pero con seguridad admirable, el régimen municipal, régimen de verdadera independencia; sufriase un sistema de impuestos onerosísimos, que los *censitores* y *exactores* estaban encargados de recaudar, aún por medio de violencias y crueldades, de las cuales habla Lactancio en páginas imperecederas; ejercíase el comercio y la industria en grande extension, y eran objetos de lucro innumerables producciones de este siempre rico y feraz suelo, para satisfacer las exigencias cada día mayores de la metrópoli del mundo, la cual devolvía á los pueblos las mismas riquezas que les habia arrebatado por derechos de conquista y de fuerza, á cambio de abundantes mercancías; explotábanse las ricas minas que dejaron ya registradas y con buenas obras y galerías los fenicios y los cartagineses, y á tal punto debió llegar el penoso trabajo de explotacion, que estaba prohibido que se reuniesen en una sola más de cinco mil operarios, los cuales eran comunmente desdichados esclavos.

II

Para los romanos habia sido España un jardín espléndido, un manantial inagotable de riqueza, un campo de gloria, una prenda segura de su

dominacion en los países de Occidente, y la hermostearon y enriquecieron con magníficos monumentos arquitectónicos y artísticos, que eran como la señal indudable de su genio y la muestra más perfecta de su propio agradecimiento, digámoslo así, á este país privilegiado, y los cuales aún hoy revelan, despues de tantos siglos, la cultura, la civilizacion admirable de aquel pueblo dominador y verdaderamente prodigioso.

Tarragona, la ciudad de los Césares, la opulenta y soberbia capital de la provincia á que daba nombre; Mérida, la famosa metrópoli lusitana, digna de la proteccion de los emperadores; Itálica insigne, cuyas ruinas marmóreas anuncian todavía que allí estuvo la cuna del

«Pío, felice, triunfador Trajano;»

Cesaraugusta, la predilecta de César y de Augusto, y Lérida, la invicta ciudad de las legiones; Segovia y Calahorra; Leon y Salamanca; Astorga y Coyanza, y otras muchas poblaciones de España ostentaban con noble orgullo numerosos monumentos romanos.

«Templos—dice muy bien el Sr. Lafuente en su *Historia general de España*—anfiteatros, circos, palacios, acueductos, baños, naumaquias, estátuas, arcos, mosaicos, columnas, capi-

teles, vasos, lápidas infinitas, mil otros objetos por todas partes diseminados, están testificando el esplendor á que llegó la España romana; y por los despojos que subsisten se puede discurrir la grandeza de lo que fué.»

Aún tambien se admiran magníficos vestigios de las grandes vías romanas que atravesaban la Península, y que eran como las extremidades de aquellos dilatados caminos que, teniendo su origen en las mismas puertas de la ciudad de los emperadores, cruzaban por la alta Italia, subian á los Alpes, deslizábanse por la Galia Narbonense y entraban en nuestro suelo por las vertientes de los Pirineos orientales, siguiendo á través de las provincias Tarraconense y Bética hasta Cádiz, ó á través de Galicia y Lusitania hasta la insigne Mérida.

Cuando la reja del arado despedaza nuestros campos, estátuas destrozadas, mosaicos descoloridos y agrietados, lápidas con raras inscripciones votivas, medallas y monedas, cubiertas con el polvo de veinte siglos, pregonan todavía la importancia de la España romana, y sirven de utilísimo comprobante á los hombres estudiosos que aún se afanan por reconstituir la historia de la patria de aquellos remotos días.

Con razon lamenta un ilustrado escritor contemporáneo la incuria de los gobiernos españo-

les de nuestros días: ellos no han sabido ó no han querido formar en pocos años un precioso museo de antigüedades romanas, tan abundante como el mejor de la misma Roma; y si no fuera por el que existe en Tarragona, el cual se debe á los cuidados de las corporaciones populares de aquella capital esclarecida, y al amor de algunos ilustrados tarraconenses á la ciencia histórica, más bien que á la proteccion de los gobiernos, y por la seccion escogida, aunque no muy variada, del Arqueológico de esta corte, podria creerse que la nacion española habia sido extraña por completo al gran pueblo de los Césares.

III.

Y ¿qué diremos de los españoles insignes que florecieron en las ciencias y en las letras durante la dominacion romana, y que legaron su nombre á las páginas más gloriosas de la historia?

Merecen lugar preferente en estos breves apuntes los ilustres emperadores Trajano y Adriano.

Trajano (Marco Ulpio), natural de la famosa Itálica, sucesor de Nerva en el trono de Augusto (año 98 de J. C.), miéntras sostenia cruen-

tas guerras contra los inquietos dacios, y fijaba en el Rhin los límites que prevalecieron hasta el siglo IV, y llevaba sus legiones victoriosas hasta más allá del Tigris, derrotando á los feroces parthos, era en Roma el protector de los hombres doctos, el amigo de los grandes oradores, el generoso amante de las musas afligidas, como dice Juvenal, que redimia á los poetas esclarecidos « á quienes la dura necesidad obligaba á desempeñar oficios viles en los baños públicos, y á veces tambien á aplicar sus labios á la trompeta de los pregoneros, » y que escribía él mismo, cual otro Julio César, la crónica de sus victoriosas campañas.

Adriano, hijo adoptivo y sucesor de Trajano (año 117 de J. C.), aunque recorrió al frente de sus legiones las más apartadas comarcas de su vasto imperio, [y] peleó contra los indómitos parthos, y tuvo á raya á los audaces alanos, y dominó las rebeliones de los judíos, hizo tiempo y empeño para demostrar su erudición asombrosa, su amor á las ciencias y á las artes, y su afición á la bella poesía, ya promulgando el memorable *Edicto perpétuo*, ya teniendo al amparo de su égida protectora á los grandes maestros de la elocuencia; ora escribiendo composiciones poéticas, ora señalando pensiones vitalicias á los más distinguidos literatos.

Además de estos ilustres españoles que tuvieron en sus hombros el manto de púrpura de los Césares, otros muchos sobresalieron en los diversos ramos del saber, y justo es que consagremos un pequeño recuerdo á los más notables, por riguroso orden cronológico.

Lucio Cornelio Balbo, natural de Cádiz, ciudadano romano desde los tiempos de Pompeyo, fué el primer extranjero que por su saber y pericia militar mereció el honor de ser nombrado cónsul de Roma, y que su nombre quedase inmortalizado en una de las magníficas oraciones de Ciceron.

Cayo Julio Higino ó Higinio, primero esclavo y despues liberto de Augusto, ganóse el afecto de este emperador por la universal erudicion que atesoraba: excelente gramático, poeta y apologista ingenioso, aficionado tambien á los estudios de astronomía, tuvo á su cuidado la Biblioteca palatina, y dejó escrita una coleccion de fábulas y un libro que se intitula *Poema astronómico*.

Pomponio Mela, de Mellearia, y tal vez de la familia de Séneca, escribió un hermoso tratado *De Situ Orbis*, en el cual resaltan gran suma de conocimientos geográficos, aunque no tan exactos como los exige la verdad de la ciencia, y un estilo vivo y florido, lle-

no de animacion y de ingeniosos rasgos.

Lucio Junio Honorato Columela, gaditano, el agrónomo más sabio de la antigüedad, el que fué llamado *padre de la agricultura* y elogiado por Plinio, escribió dos hermosos libros, *De Arboribus* y *De Re rustica*, que aún en nuestros días se leen con verdadero deleite por los amantes de los estudios agronómicos.

Marco Anneo Séneca, llamado el *Retórico*, nació en Córdoba unos cinco años ántes de la era cristiana; distinguióse en la metrópoli del mundo por su notable elocuencia y por su famosa cátedra de Retórica, á la cual asistian los jóvenes de las más ilustres familias patricias del tiempo de Augusto, y dejó escrito un célebre tratado de oratoria que corre impreso con el título *Suasoriæ et controversiæ*.

Marco Anneo Lucano, cordobés, sobrino de Séneca, educado en Roma y en Atenas, fué el poeta de más elevado estro en su época, el que «hizo tomar á la poesía de los romanos, como dice el aleman Schlegel, la forma heróico-histórica, cual recuerdo de su ya olvidado origen,» en su admirable poema *La Farsalia*.

Lucio Anneo Séneca, el *Filósofo*, natural de Córdoba, hijo de Marco Anneo, educóse en Roma bajo la direccion de su sabio padre, y fué despues el maestro del emperador Neron;

considerábase como el moralista por excelencia de la antigüedad pagana, aunque sus émulos le acusaban de no practicar sus propias doctrinas; dotado de profundo talento «y de imaginacion brillantísima, hace en sus obras magnífico alarde de máximas sublimes,» de levantados pensamientos; escribió luminosos tratados sobre los beneficios, la cólera, la clemencia, el reposo, y en sus páginas admirables sobre la *Brevedad de la vida*, la *Tranquilidad del alma*, la *Providencia*, las *Cartas morales*, los *Consuelos á Helvia y á Marcia* y otras semejantes, revélase á la vez el filósofo pensador y atrevido, el poeta melancólico y de alma ardiente, el hombre de sentimientos delicados y generosos.

Lucio Anneo Floro, cordobés también y pariente de Séneca, protegido de los emperadores Trajano y Adriano, lega á la posteridad un conciso y bien ordenado *Eptome de historia romana*, que comprende la variada crónica del pueblo de Rómulo hasta los mismos dias de Augusto.

Cayo Silio Itálico, natural de Itálica, como Trajano, historiador y poeta, y al par cónsul y hombre de Estado, que sirvió al imperio con abnegacion y desinterés, escribió un bello poema histórico acerca de la segunda guerra púnica, demostrando en él que poseia tan buen

gusto literario como el autor de la *Farsalia*, y fué objeto de la estimacion de los amantes de las bellas letras.

Marco Valerio Marcial, hijo de Calatayud, donde vivió retirado los postreros años de su vida, despues de pasar una juventud borrascosa en la ciudad de Roma, falleciendo en 103 de la era cristiana, fué el poeta epigramático de su época, el verdadero creador de los epigramas, y dejó 1.600 composiciones de esta clase, distribuidas en 15 libros, en las cuales compite la agudeza del pensamiento con la finura de la frase y la precision literaria.

Marco Fabio Quintiliano, nacido en Calahorra hácia el año 42 de J. C., protegido por el emperador Galba, sabio jurista y retórico, eminente orador forense, *gloria romanæ togæ* (como escribe el poeta Marcial), escribió las famosas *Institutiones* que aún se traducen y comentan en nuestras áulas, y que serán siempre un tesoro de gran valía para las personas que se dedican al estudio de humanidades y del idioma latino.

Rufo Sexto Avieno, cultísimo poeta, que tradujo y puso en verso latino varias obras griegas, escribió en versos yámbicos un curioso poema, *Ora marítima*, del cual tenemos ante la vista un hermoso ejemplar, correspondiente

á la edicion que se hizo en esta corte á mediados de 1634.

Otros españoles distinguidos en las ciencias y las letras podríamos citar además de estos, como Sextilio Henna, Flavio Dextro, Julio Gallia, Porcio Latron, é innumerables más, pertenecientes á la antigüedad gentílica.

Hallábase España á principios del siglo V en un período de benéfica paz, y ya se divisaban en el lejano horizonte las apretadas haces de las tribus nómadas del Asia y del Norte, que avanzaban sobre las provincias del Occidente de Europa, cual gigantesca avalancha que rueda desde la alta montaña hasta el hondo y florido valle.

Pero al ocurrir el desmoronamiento del imperio de Augusto, al despedazarse aquel coloso que estaba formado con los más ricos y hermosos países del mundo conocido, y que tenía clavadas sus garras en esta heroica patria de Numancia y de Viriato, la Península ibérica, por extraño y misterioso encadenamiento de los sucesos, iba á recobrar su verdadera independencia, á constituirse en nacion poderosa, á tener vida propia, á recibir el elemento civilizador que habia de disponerla para más altos y gloriosos destinos: el Cristianismo.

CAPÍTULO II.

**Irrupcion de los pueblos del Norte y fin del imperio roma-
no.—Invasiones en la Península ibérica.—Deade A taulfo
á Eurico.—Leovigildo y Recaredo I.—Unidad nacional
y unidad religiosa.**

I.

Ha dicho un profundo filósofo moderno que los altos fines de la humanidad se cumplen siempre, ya por medio de sucesos que parecen sencillos y de escasa trascendencia, ya á través de grandes acontecimientos que trasforman de pronto los imperios más poderosos y dan impulso nuevo y trazan nuevo derrotero á la vida de los pueblos.

El imperio romano, grande y generoso en los tiempos de Augusto, omnipotente en los de Marco Aurelio, y honrado en los de Constantino, llegó á ser, á principios del siglo V, objeto de miserable escarnio para las hordas del Norte que habian invadido, cual plaga de voraces langostas, sus más ricas provincias; y despues del emperador Honorio, que murió de vergüenza al presentir la ruina del coloso, el manto de púrpura de los Césares, roto en cien pedruzcos, ensangrentado, deshonorado, casi vendido,

fué pasando por los hombros del deshonesto Valentiniano, del cobarde Anthemio, del mercenario Glicerio, para venir á caer en los del imbécil Rómulo Augusto, quien no mereció siquiera el honor de la muerte, sino el ludibrio del destierro y el insulto de una pension de seis mil monedas de oro, al proclamarse primer rey de Italia el jefe de los hérulos, Odoacro, en Agosto de 476, á los quinientos y siete años de la exaltacion de Augusto, y á los mil doscientos veinte y nueve de la fundacion de Roma.

Y aquel Senado romano, cuyos miembros supieron morir en sus sillas curules cuando los feroces soldados de Brenno, el terrible jefe de los galos, asaltaron la ciudad y destruyeron las aras del templo de Vesta, y cuyas disposiciones fueron muchas veces la admiracion de propios y extraños, haciendo el último ridículo alarde de un poder que ya no tenía, de una autoridad irrisoria, de un estoicismo repugnante, declaró ante las espadas de los vencedores que el Capitolio abdicaba desde entónces el imperio del mundo.

No es ya dudoso para ninguna persona medianamente ilustrada que los invasores del mundo romano en aquella época procedieron del interior del Asia: unos, avanzando por el Norte de Europa, situáronse en las regiones, casi des-

conocidas entónces, de la Rusia y la Escandinavia, llegando hasta la misma Germania; otros, escalonándose á lo largo de la márgen izquierda del Danubio, amenazaban desde luégo á los países de Occidente.

Empujábanse mutuamente, se estrechaban para hacer lugar á nuevos pueblos bárbaros que habian seguido sus huellas, se agolpaban hácia las mismas fronteras del romano imperio, cual inmensa bandada de aves de rapiña que olian ya la gangrena de aquel cuerpo corrompido y miserable; y casi todos juntos, godos, alanos, suevos, hérulos, vándalos, hunos, gépidos y cien pueblos más, cuando las débiles manos de los degenerados emperadores no pudieron sostener la espada vencedora de Tito y de Trajano, inundaron las provincias imperiales y se repartieron los países más florecientes, como si hubiesen sido llamados en el momento oportuno por voz imperiosa, y movidos é impulsados por un brazo omnipotente, por una fuerza incontrastable.

II.

¿Qué suerte le cupo á nuestra España en aquella inundacion de pueblos y de razas?

Los godos, procedentes de la Escitia, son los

primeros que se atreven á acometer á los romanos, que asaltan luégo y saquean la ciudad eterna, que hacen pactos de amistad con los emperadores, que reciben las impresiones de la civilizacion y hasta las altas enseñanzas del cristianismo, y que, guiados por Ataulfo, invaden gran parte de la provincia Tarraconense; los alanos, tambien de origen escítico, feroces, sanguinarios, tal vez los más bárbaros entre todas las hordas invasoras de entónces, se apoderan de la antigua Lusitania; los vándalos, de raza germánica, destructores y crueles, se establecen en la Bética; los suevos, en fin, que siguieron los pasos de los anteriores desde el interior de la Germania, donde dominaban casi por completo, atraviesan las Galias y los Pirineos, y fijan su planta destructora en las pintorescas y fértiles comarcas de Galicia.

Walia, rey de los visigodos ó godos occidentales, despues de la muerte de Ataulfo, derrota á los vándalos en la Bética y á los alanos en la Lusitania; Teodoro perece gloriosamente en la memorable batalla de los campos catalaúnicos, peleando contra Atila, el *Azote de Dios*, jefe de los hunos; Teodorico acomete á los suevos, que habian extendido sus correrías hasta la provincia Cartaginense y ocupado las capitales de la Bética y la Lusitania, y vence á Re-

chiario, rey de aquellos, y le condena á muerte; Eurico, en fin, asesino de su hermano, concibiendo el proyecto de crear un reino independiente en las Galias y en España, paseá sus armas victoriosas por toda la Península, aunque deja los escasos restos de los suevos como escondidos entre los peñascales de Galicia.

Por entónces cayó Augústulo, el último de los emperadores de Occidente, y sobre los mutilados escombros de su imperio, se formaron las dos grandes monarquías de los visigodos en España y de los ostrogodos, ó godos orientales, en Italia, porque Odoacro, el rey de los hérulos, que habia destronado al hijo de Orestes, fué tambien destronado por el ostrogodo Teodorico.

¿Para qué hemos de seguir página por página la historia del reino visigodo?

Desde la muerte de Eurico (en Arles, año 484), quien debe ser considerado como verdadero fundador de la monarquía española, hasta el reinado de Leovigildo, que casi realizó la unidad de la patria, y de su hijo Recaredo, en cuyo tiempo se inició sabiamente la fusion de los dos elementos principales del país, el ibérico y el godo, el vencido y el vencedor, si así puede decirse, los esfuerzos de los reyes más distinguidos se dirigieron á consolidarse en el trono,

á afirmar sobre seguras bases la nueva monarquía, cuya capital era, desde Atanagildo (año 554), la despues insigne ciudad de Toledo.

Pero los reinados de aquellos dos monarcas, Leovigildo y Recaredo, son como el punto de partida de extraordinarios sucesos, porque en ellos alcanzó la monarquía visigoda la cumbre de su grandeza y poderío, y el mayor esplendor de su gloria.

III

Leovigildo, compañero al principio del honrado y modesto Liuva, y despues del fallecimiento de éste (año 572), el único soberano del dilatado imperio gótico, arrinconó en la costa meridional las legiones de imperiales que habian ayudado á Atanagildo á vencer á su competidor Agila; redujo á la obediencia varias ciudades independientes que echaban de ménos la dominacion de los romanos, como la insigne Córdoba, que sufrió terribles castigos; sujetó á los inquietos cántabros, y destruyó el pequeño reino de los suevos, cuyo último rey Eborico, hijo de Miro, habia sido destronado por el ambicioso Andeca.

El nombre de Leovigildo habria pasado á las páginas de la historia como el de uno de los

monarcas más esclarecidos de España, si no estuviese empañado con una horrible mancha de sangre, con un negro baldon que le infama.

Profesaban los godos el arrianismo desde que el obispo Ulphilas, por encargo del emperador Valente, consiguió que sus compatriotas, al pasar el Danubio para establecerse en provincias del imperio romano, abandonasen la religion de sus antepasados; y Leovigildo, que era arriano (como su segunda esposa Gosuinda, la viuda del rey Atanagildo, llegó á saber, y no ocultó sus arrebatos de ira, que el mayor de sus hijos, Hermenegildo, habia hecho solemne profesion de fe católica en manos del ilustre Leandro, prelado de Sevilla.

Hermenegildo y Recaredo, los dos hermanos, asociados desde bien temprano por su mismo padre á la gobernacion del Estado, eran hijos, no de Gosuinda, arriana, sino de la primera esposa de Leovigildo, la princesa Teodosia, fervorosa católica.

¿Y en qué momento se hace pública la conversion del jóven príncipe al catolicismo? Cuando el ya anciano monarca visigodo, más político que religioso, más rey que padre, aprestaba sus armas contra los imperiales de la antigua provincia Cartaginense, y contra los indomables habitantes de las montañas cántabras

(á los cuales tal vez excitaban á la rebelion los francos de las Galias), y contra el escondido y casi olvidado reino de los suevos, cuya corte se hallaba en la lusitana Braga.

Todos estos elementos de públicas discordias, de intestinas revueltas, se declaran entónces á favor del príncipe católico, porque católicos eran tambien los imperiales, y los francos de las Galias, y los suevos de Lusitania y Galicia desde la conversion de su rey Rechila, el hijo y sucesor del feroz Rechiario; y la que empezó por ser una manifestacion religiosa, se trasformó bien pronto en imponente guerra civil.

¡Tan cierto es, decimos con un filósofo contemporáneo, que las ideas religiosas son las que más se arraigan en el espíritu de los pueblos, tal vez porque tienen su asiento en lo íntimo de la conciencia, y las que suelen impulsar al hombre á llevar á cabo las más grandes heroicidades y tambien los mayores extravíos!

Sevilla, la hermosa capital de la antigua Bética, fué el baluarte del príncipe Hermenegildo; el rey de los visigodos, á la vez astuto y valiente, miéntras ganaba por dinero á los auxiliares de su hijo, ponía estrecho cerco á la ciudad rebelde; dos largos años duraron (¡cosa que parece increíble!) la resistencia del man-

cebo y la inquebrantable tenacidad del enojado padre; y cuando aquel huyó á Córdoba y se acogió á una iglesia, y se prosternó vencido y humilde ante el airado Leovigildo, éste le arrancó de las sienes la corona real que todavía en ellas ostentaba, y la pisoteó con ira, y le obligó á sepultarse en una oscura mazmorra de la misma ciudad sevillana.

Pero ¿qué valen en muchas ocasiones los mejores designios de los hombres?—Sublévase de nuevo Hermenegildo, que tenía de su parte el amor del pueblo, más bien que la protección armada de auxiliares indecisos; véncelo otra vez Leovigildo, y le envía cargado de cadenas á la antigua capital de la provincia Tarracense; instale, aconséjale, ruégale, amenázale sañudamente, por fin, para que abandone la fe católica y abrace la religión de su padre, la doctrina de Arrio;—y el joven príncipe, inspirándose en los altos ejemplos de los mártires cristianos, siendo mártir él mismo, desdeña los consejos, las súplicas, las amenazas, y entrega su cuello al hacha del verdugo.

«Hermenegildo fué muerto en la ciudad de Tarragona por Sisberto,» es lo único que dice en mal latin la crónica más autorizada de aquellos días, acerca de esta sangrienta tragedia.

Así terminaron, bien desdichadamente, en

585 las deplorables desavenencias entre el padre y el hijo, y un año despues falleció en Toledo el anciano monarca godo, acaso ya (como afirman algunos historiadores) convertido á la fe católica por el insigne prelado Leandro de Sevilla, el mismo que habia instruido en las verdades de la religion al mártir Hermenegildo.

¿Quién duda, despues de todo, de que Leovigildo fué uno de los reyes más esclarecidos de España en aquellos primeros tiempos de la monarquía? Un siglo hacía apénas del fallecimiento del gran Eurico, el verdadero fundador del trono gótico, cuando ocurrió el de aquel soberano, y ya se habia realizado la unidad política de la patria, se habian dictado sábias leyes, se habian creado instituciones utilísimas para el desarrollo de la pública riqueza, y otras tambien para subvenir á las crecientes necesidades del erario.

IV.

¿Cuán inmensa, cuán trascendental fué la trasformacion que se verificó en España en el reinado del famoso Recaredo, el hijo segundo de Leovigildo y su sucesor en el trono!

Hemos visto en lucha, mejor dicho, hemos visto luchar dos huestes poderosas en nombre

y en defensa de principios religiosos diferentes, el católico y el arriano, y hemos visto su término fatal; pero Recaredo, tal vez ya católico antes de su exaltacion al trono, decidió bien pronto el triunfo definitivo de la religion que habia sido vencida, al parecer, en Sevilla y Tarragona con el suplicio de su infortunado hermano: aún antes de concluirse el primer año de su reinado, hizo pública abjuracion de los errores del arrianismo, y declaró solemnemente que abrazaba la fe católica.

Entónces fué, en 587, cuando se celebró el memorable tercer concilio toledano, al cual asistieron casi todos los prelados españoles, así católicos como arrianos, bajo la presidencia del metropolitano de Sevilla, Leandro, brillante faro de la Iglesia; suscribió el generoso monarca el símbolo del concilio de Nicea, que expone la verdadera doctrina evangélica acerca del misterio de la Santísima Trinidad, y suscribiéronle despues, como inspirados por revelacion providencial, todos los miembros de la augusta asamblea religiosa.

En el reinado de Leovigildo se había casi realizado la unidad nacional en España, y en el de Recaredo su hijo quedó proclamada la religion católica como religion del Estado. «Así triunfó, dice gallardamente un historiador moderno,

el emblema de la civilización que se había anunciado en Judea, que había subido al trono de los Césares con Constantino, y que, depurado de la herejía después de algunos siglos de controversia y de lucha, se asentó pura y sin mancilla en el trono español, esperamos que para no descender de él jamás.»

Tal fué la transformación completa, la revolución trascendental que se realizó en España en los primeros años del reinado de Recaredo I: quedaban unidos bajo una misma fe los pueblos, las diversas razas que componían el Estado, como estaban ya unidos bajo una misma enseña monárquica, y como debían estarlo en breve tiempo por iguales derechos civiles, por igual legislación.

Verdaderamente causa asombro la grandeza de tales acontecimientos, y el ánimo no cesa de admirar la vertiginosa rapidez con que se sucedieron, cual empujándose unos á otros: aquellos bárbaros del Norte que se desparramaron sobre las provincias del romano imperio, «como manadas de lobos hambrientos en busca de presas que devorar»—dice el historiador ántes aludido—fueron los que fundaron en España una nación, los que declararon culto del Estado el mismo que hoy subsiste, los que dieron á los pueblos leyes que aún se veneran, los que cele-

oraron asambleas religiosas que se admirarán y respetarán siempre, los mismos que legaron á los reyes españoles su título más glorioso, «el de reyes católicos.»

¿Quién no se humilla ante los insondables misterios de la Divina Providencia?

CAPÍTULO III.

Breve reseña del reino godo-hispano desde Liuva II hasta Wamba

I.

Era España, á la muerte de Recaredo I, un reino poderoso.

Hecha la unidad nacional en toda la extension de la Península, sin contar las pocas plazas del litoral cartaginense que aún poseian los imperiales desde los revueltos tiempos de Atanagildo; realizada la unidad religiosa, puesto que los godos vencedores, los pocos suevos que todavía habitaban en las montañas de Galicia, los antiguos iberos y los escasos restos de los dominadores romanos, todos profesaban la religion católica, á excepcion de las familias israelitas que se habian establecido en varios puntos, desde los tiempos inmediatos á la destruccion

de Jerusalén; verificándose poco á poco, con lento desarrollo, pero seguro, la unidad política, ya por medio de las sábias leyes que dictaron Leovigildo y Recaredo, ya á favor de las admirables disposiciones que prevalecieron en los numerosos concilios celebrados en el espacio de cincuenta años, no sólo en Toledo, sino en Zaragoza, en Huesca, en Tarragona, en Braga y en otras capitales, y cuyos cánones tanto se referian á los asuntos religiosos como á las costumbres sociales y á la vida política, el reino hispano era en verdad, además de fuerte, el mejor organizado de todos los que se habian constituido sobre las deshechas provincias del imperio de Occidente.

De procurar esto último, el desarrollo y feliz acabamiento de la unidad política, trataron incesantemente los reyes sucesivos, hasta el gran Recesvinto,—ó sea desde el año 601, en que murió el católico Recaredo I, hasta el 672, en que subió al trono el memorable Wamba.

El jóven Liuva II, hijo natural de Recaredo («hijo nacido de madre innoble,» dice en su *Historia Gothorum* el prelado sevillano Isidoro, hermano y sucesor de Leandro), fué mutilado y asesinado en 603, dos años despues de su exaltacion al solio, por el ambicioso Witerico, que debia al padre de su víctima la vida, riquezas y

honores; regicida, cobarde, usurpador, indigno de un gran pueblo, Witerico, que quiso contrarrestar la grandiosa obra de Recaredo y proclamar de nuevo la doctrina de Arrio, cuando toda España habia aceptado sinceramente el símbolo de Nicea desde el Concilio nacional de 589, toncó contra su persona el odio de los pueblos y de los próceres, y algunos de estos, nuevos pretorianos, le dieron muerte al salir de una orgía en 610 y arrojaron su cadáver á la plebe; Gundemaro, que tenía fama de excelente capitán, pasó sobre el trono como fugaz relámpago, sin dejar otra memoria de su reinado sino el acta de la Asamblea episcopal que reunió en Toledo para reconocer la preeminencia del metropolitano de aquella diócesis sobre todos los demas prelados españoles; Sisebuto, elegido por los magnates, valiente, piadoso, honrado y hasta erudito, despues de derrotar á los imperiales de la provincia Cartaginense en dos sangrientos combates, dejándose dominar por la influencia del emperador Heraclio, que reinaba en Oriente, persiguió cruelmente á los desdichados israelitas que habian hallado aquí un refugio desde los tiempos de Tito y Vespasiano, y les obligó á recibir el agua sagrada del bautismo, ó á abandonar sus hogares y su patria adoptiva, y falleció de repente, tal vez

envenenado (como afirman algunos cronistas) en 621; Recaredo II, su hijo y sucesor, apenas ocupó el trono por espacio de algunos meses, y los próceres del reino, que procuraban guardar en lo posible los viejos usos de sus antepasados, eligieron rey por aclamación al godo Suintila, hombre de guerra, que se había distinguido en las campañas de Sisebuto contra los imperiales.

Aquí se encuentra perplejo el historiador que examina concienzudamente las breves crónicas de la época.

¿Fue Suintila un monarca desdichado, á quien el pueblo pagó mal sus victorias y sus sacrificios por la patria, ó fue un príncipe vicioso y tiránico que mereció ser vencido y destronado, y que un concilio toledano dictase contra él leyes especiales, como baldon ignominioso?

Defensores tienen estas dos contrarias opiniones, y los documentos que nos quedan de aquellos remotos días no bastan para que la verdad se indague; pero la patria recordará siempre con agradecimiento que aquel valeroso caudillo completó la magnífica obra que había iniciado Eurico y desarrollado con gran impulso el memorable Leovigildo, la obra de la unidad nacional, venciendo á los imperiales en otros dos reñidos combates y arrojándolos por fin del territorio ibérico.

Sisenando, gobernador de una provincia de las Galias, aclamado por el mismo desleal ejército de Suintila ante las murallas de Cesar Augusta, en 631, y aclamado luego tambien por el pueblo y por los magnetes palatinos, convocó el cuarto concilio de Toledo, ante el cual se presentó en traje de penitente y con humildes súplicas en los labios, y cuyos cánones, ademas de los muy severos contra el rey destronado y su hijo, constituyen un conjunto de notables disposiciones relativas de la disciplina eclesiástica, y de leyes que debian haber sido dictadas por el poder civil, y falleció en 636; Chintila congregó los concilios toledanos quinto y sexto, siguiendo el ejemplo de su predecesor, los cuales promulgaron varias leyes para robustecer la autoridad real y otras que concedian preciosos derechos y privilegios al clero, en especial á los prelados; Tulga, hijo de Chintila, que debió el trono á los mismos prelados, en 640, fué de puesto dos años despues y encerrado en un convento; Chindasvinto, soldado valeroso, duro y hasta cruel, despues de haber condenado á muerte á numerosas personas que se señalaron en las revueltas intestinas ocurridas en los reinados anteriores, olvidándose de que él mismo debia el trono á la violencia, y sin perdonar á los que le habian ayudado á escalarle por me-

dio tan indigno, reunió otro concilio en Toledo, el sétimo, y asoció en la direccion de los asuntos públicos á su hijo Recesvinto en el año 649.

No gobernó en paz el nuevo soberano, desde que la muerte de su padre, á quien temian los que aspiraban á ceñirse la corona, fué motivo para que estallasen las mal reprimidas ambiciones: Froya, un prócer de las Galias, alentado quizá por el ejemplo de Sisenando, enarboló bandera de rebelion al frente de los inquietos vascones, y puso sitio á la misma Cesaraugusta, ante cuyas puertas habia sido destronado el infeliz Suintila; pero Recesvinto, más afortunado que aquel monarca, acudiendo con lucido ejército y demostrando que habia heredado la bizarría de su padre, acometió al rebelde magnate, derrotóle y le hizo prisionero.

Los pueblos expusieron entónces su eterna queja, por desgracia casi siempre fundada contra los onerosos tributos que el fisco real les exigia, y el rey convocó otro concilio toledano, que fué el octavo, para examinar la queja de los pueblos y hacer á estos cumplida justicia.

No debemos pasar en silencio dos hechos notables que acontecieron en el reinado de Recesvinto, y de carácter bien diferente.

La monarquía godo-hispana, que fué en sus

principios electiva, tuvo cuatro soberanos que intentaron hacerla hereditaria, vinculándola en su propia familia, y tales intentos se frustraron de seguida por la debilidad de los inmediatos sucesores de aquellos y por la ambicion de los magnates; mas el concilio octavo de Toledo, que se celebró en el año 652, recogiendo las antiguas tradiciones góticas, y reivindicando derechos de los prelados y la nobleza, declaró en contrario al principio de herencia dinástica, y dictó reglas para la mejor eleccion de los reyes; y aún llevó su severidad hasta tal punto, que por uno de los cánones se establecia en absoluto que los herederos directos de los monarcas fallecidos sólo entrasen en posesion de bienes inmuebles que estos tuvieran ántes de su elevacion al trono, y de ninguna manera de los que hubiesen adquirido durante su reinado.

Son curiosos, y aún dignos de meditacion y estudio, los cánones del octavo concilio toledano acerca de este delicado asunto.

El otro hecho señala una brillante página de gloria en los anales del rey Recesvinto: si Recaredo I dió á España la unidad religiosa y el bizarro Suintila consiguió el complemento de la anhelada unidad nacional, aquel monarca, disponiendo que « la mugier romana puede casar con omme godo, e la mugier goda puede

casar con omme romano, » y añadiendo además que « el omme libre puede casar con la mugier libre, » cualquiera que sea, y que estas leyes habian de durar perfectamente, llevó á cabo la unidad política y civil, facilitando la fusion de las diferentes razas que poblaban la Península ibérica.

Y es de notar que la palabra *romano*, tal como está consignada en el *Fuero Juzgo* y en las diversas crónicas de la época, no servia sólo para designar á los descendientes de las legiones cesáreas que habian dominado en España, sino á los mismos iberos, á los indígenas; y bajo la denominacion de hombres libres (*ommes libres*) estaban comprendidos, además de los que no sufrían el duro yugo de la servidumbre, los procedentes de las otras razas.

II.

Hemos llegado á los dias de Wamba, el magnánimo anciano en cuyo reinado llegó á su mayor poderío y grandeza el imperio godohispano, y en el cual tambien habia de presentarse por vez primera en las costas ibéricas, y como tremenda amenaza para en adelante, el verde estandarte de los hijos del Profeta, la

enseña que debía triunfar en Guadalete sobre las ruinas de aquel poderoso imperio.

Era Wamba un noble godo que se había distinguido notablemente por sus preclaras virtudes y por su singular talento, y á quien amaban respetuosamente los próceres civiles del reino, los más renombrados guerreros y hasta los mismos prelados, que tanta influencia habían tenido en el reinado precedente.

Unos le debían sanos consejos; otros, palabras de conciliación y afecto; todos, notabilísimos ejemplos de virtud y de amor patrio.

Eligiéronlo en la asamblea que se reunió en Gerticos el mismo día del fallecimiento de Recsvinto, año 672, para ocupar el trono vacante, y — ¡caso extraordinario! — negóse obstinadamente á aceptar el voto unánime de los magnates, no queriendo que brillase en sus ya encanecidas sienes la corona de Recaredo.

Hasta entónces, pocos monarcas godos habían subido al trono sin conspiraciones y rebeldías, y muchos lo habían escalado poniendo el pié sobre el ensangrentado cadáver de su antecesor; pero Wamba daba el insigne ejemplo de rechazar con sinceridad y energía una corona que tantos ambicionaron.

Dice el prelado toledano Julian, cronista de la época, que uno de los magnates que le ha-

bian elegido, al ver la obstinacion del anciano, y adivinando las ambiciones que ya se desperaban en algunos nobles, «dirigiéndose hácia él con rostro amenazador, sacó la espada y le dijo mirándole fieramente:—Si no nos prometes que has de consentir, sabe que con este acero te voy á cortar la cabeza.»

La historia no ha guardado el nombre de este atrevido prócer godo, cuya terrible amenaza, que demostraba, en quien la proferia, un conocimiento íntimo de que el rey electo era el más digno del trono, obligó al modesto y prudente anciano á aceptar la corona.

No nos incumbe referir detalladamente la historia de Wamba, desde su consagracion en Toledo, tres semanas despues de la eleccion, hasta el dia en que el ambicioso Ervigio, habiéndole suministrado un narcótico, rapóle él mismo el cabello y vistióle un hábito de monje;—aunque el reinado de este monarca deba ser el verdadero principio de nuestro libro, hecha ya la reseña general, si bien sucinta, del período correspondiente á los reinados de sus predecesores. —Subleváronse los vascones, y los sujetó con presteza y con dura mano; sublevóse en la Galia gótica el conde de Nímes, Hilderico, y envió contra él á uno de sus mejores generales, Paulo, natural de la provincia Cartaginense, y descen-

diente de una ilustre familia de aquellos griegos imperiales que habia arrojado de España el valeroso Suintila; sublevóse tambien el mismo Paulo, al frente del ejército que se le habia confiado, rebelándose contra su monarca, por pretender quitarle la corona, y entónces el mismo Wamba marchó con juvenil resolucion, á la cabeza de otro ejército de escogidas tropas, para reducir á la obediencia á los dos traidores magnates.

Nîmes, la gran ciudad romana de la Galia gótica, fué el punto de reunion de los dos condes rebeldes, Hilderico y Paulo.

Avanza Wamba con actividad prodigiosa; apodérase de las plazas de Barcelona y Gerona, que se habian declarado por los traidores; rinde la ciudad de Narbona, y hace sufrir duro castigo al general que la mandaba, el cual se habia refugiado, al verse vencido, en el asilo sagrado del templo; camina de triunfo en triunfo hasta los muros de Nîmes, y ataca decididamente la ciudad al amanecer del 31 de Agosto de 673, y la toma al asalto en el siguiente dia despues de sangrientos combates y de largas horas de desolacion.

Aquí dió Wamba una nueva prueba de la grandeza de su alma.

Séanos permitido, para referir el drama de

fin de este formidable levantamiento, copiar íntegra una version libre de las hermosas páginas que, referentes á aquel notable suceso, legó á la posteridad un cronista coetáneo, el metropolitano Julian, en su *Historia Regis Wamba*.

«Paulo y sus parciales—dice un ilustrado escritor de nuestros dias—viendo que no podian mantenerse mucho tiempo en el anfiteatro romano (donde se habian refugiado despues del asalto de la ciudad por las tropas de Wamba), y sabiendo que el rey godo llegaria al dia siguiente, acordaron que Argebaldó, obispo de Narbona, amigo de Paulo, saliera al encuentro del monarca para pedirle en nombre de todos el perdon y la vida.

»...El obispo salió á caballo al encuentro del rey, con traje é insignias episcopales; al ver al monarca, se apea, le saluda, y postrado en tierra pide perdon para sí y para todos. Wamba le hace levantar, y ofrece amplio perdon para él. El prelado insiste en que sea completo para todos los culpables, y entónces Wamba exclama con entereza:—«A tí no te corresponde imponer leyes; ¿aún te parece poco perdonarles las vidas? He ofrecido completo perdon para tí sólo: en cuanto á los demas nada prometo.»

»El rey prosiguió su camino. Algunas horas

despues, habiendo entrado ya en Nîmes, varios oficiales principales se dirigen al anfiteatro, en que se guarecia Paulo... Dos capitanes le asieron cada uno de un mechon de su larga cabellera gótica, y llevado así entre los caballos le presentan á Wamba: el miserable se prosterna delante del rey, y se desciñe el cinturon militar en señal de rendimiento. Sucesivamente le fueron presentando los demas rebeldes: Wamba reconviene á todos, los manda poner en lugar seguro, y señala el dia en que serán juzgados á presencia del ejército...

»Al tercer dia se ofrece un espectáculo singular é imponente á los ojos de los habitantes de Nîmes: aparece todo el ejército en órden de batalla: levántase en medio un tribunal presidido por el rey, asistido de los generales y señores de su corte: allí hace comparecer á Paulo y sus compañeros:—«Conjúrote, le dice á Paulo, en el nombre de Dios omnipotente, que en esta asamblea de hermanos entres conmigo en juicio, y me digas si en algo te he ofendido, ó si te he dado ocasion que te pudiera excitar á tomar las armas contra mí, y á levantarte con intento de usurpar el reino.»—Paulo respondió humildemente que confesaba no haber recibido del rey Wamba sino beneficios, y que reconocia no tener su traicion disculpa alguna. La

misma pregunta hizo á todos, y de todos obtuvo igual respuesta. Entónces el monarca hizo leer el juramento de fidelidad que cada uno de ellos habia prestado al rey Wamba; en seguida el otro juramento que habian hecho á Paulo de no dejar las armas hasta que Wamba fuera despojado del trono... El tribunal leyó los cánones de los últimos concilios relativos á los atentados contra los reyes: los jueces pronunciaron sentencia de muerte contra Paulo y veinte y siete cómplices, entre los cuales figuraba el primero el obispo de Magalona, Gulmidio: Wamba entónces usó de la régia prerogativa que los concilios le concedian, conmutando la pena de muerte en la de tonsura y cárcel perpétua.»

Refiriendo despues la entrada triunfal del rey en Toledo, habla así el minucioso cronista, testigo presencial:

«Toda la comitiva se vistió de gala, y marchaba ordenadamente en dos filas. Los jefes de la rebelion iban en carretas, vestidos con trajes oscuros y humildes, los piés desnudos, una cuerda al rededor de la cintura, rapadas las cabezas, cejas y barbas. Distinguíase entre ellos Paulo, con una corona de cuero negro ceñida á las sienas; veíase en seguida al rey con su gran cortejo de oficiales y señores, cubiertos de brillantes armaduras; así atravesó las calles de To-

ledo, entre las aclamaciones de un pueblo alborozado. Paulo y sus cómplices fueron conducidos á la prision que les estaba destinada.»

Así terminó la imponente sublevacion de los condes Hilderico y Paulo; el rey Wamba demostró al combatirla sus grandes dotes militares y su actividad extraordinaria, y manifestó de nuevo la magnanimidad de su ánimo con actos de soberana clemencia.

En los ocho años de su reinado convocó además dos concilios, dictó sábias leyes, protegió las artes, restauró ciudades y ensanchó y embelleció su propia corte, la insigne Toledo.

Y él fué tambien el primer monarca hispano que midió sus victoriosas armas con las de los audaces hijos del Profeta, que avanzaban ya por los desiertos de África hácia la antigua Tingitania, y lanzaban sus naves de guerra contra las indefensas poblaciones de la costa meridional de España.

Capítulo aparte merece este memorable episodio del reinado de Wamba,

CAPÍTULO IV.

Origen del islamismo.—Rápidas conquistas de los sarracenos.—Primera aparición de estos en los mares de España.—Combate naval ganado por los españoles.—Sospechas y dudas.—Fin del reinado de Wamba.

I.

En el último tercio del siglo VI, en 570, según la opinión generalmente admitida, nació en la Meca, famosa ciudad de la Arabia, el fundador del islamismo, Mahoma ó Mahomet, y el año 622 se promulgó solemnemente la ley mahometana, el Alcoran, primer código religioso y político de los islamitas.

Aunque ya parece demostrado que en la confeccion de esta obra tuvieron parte principal el monje nestoriano Sergius, un jacobita llamado Batylas y varios doctores de la religion judaica, el profeta Mahoma, como él mismo empezó á titularse desde entónces, entregó el Alcoran á sus primeros secuaces como un libro divino que le habia dado el ángel Gabriel, en nombre de Dios, para que sirviera de regla de conducta á los creyentes.

Gran conocedor del carácter, de las pasiones

y de los vicios dominantes en los pueblos de la Arabia, llenó Mahoma las páginas de su libro con máximas y pensamientos atrevidos, que eran como seductores halagos de aquellos, como fuego abrasador que encendia en el pecho de los árabes la llama del patriotismo, el volcan de la ambicion y vehementes descos de gloria; y predicando luégo la guerra santa, la guerra contra los infieles, contra todos los pueblos que no reconocian la ley mahometana, se puso á la cabeza de una tribu, y despues al frente de las demas que le siguieron, y en breves años elevó los firmes cimientos de un imperio poderoso.

Hoy se cree por algunos críticos demasiado benévolos que el objeto primordial de Mahoma, al fundar el islamismo en los primeros años del siglo VII de la era cristiana, es decir, cuando en toda la Europa, en gran parte de Asia y en las extensas comarcas del norte de Africa se profesaba ya una religion monoteista, y en casi todas la cristiana, fué sencillamente desterrar de su patria el vergonzoso culto de los ídolos é inclinar el ánimo de sus conciudadanos al reconocimiento y adoracion de un sólo Dios, único y verdadero; y se añade que este generoso pensamiento no logró su completo desarrollo por la situacion anárquica en que se encontraba aquella antigua tierra de los patriar-

cas israelitas, la patria de Abraham, dominada por numerosas tribus de idólatras y aún de judíos, que se profesaban un odio á muerte.

Tal es la nueva faz que quieren dar á los primitivos proyectos de Mahoma varios críticos modernos, entre los cuales hay uno que llega á suponer que la primera idea del Profeta no era sino favorecer la introduccion del cristianismo en aquellas olvidadas comarcas, para derribar los altares paganos que profanaban el primer templo consagrado al Dios verdadero por el patriarca Abraham, padre de los ismaelitas y de los israelitas, y que fué contrariado hábilmente por los enemigos de la religion de Jesucristo, y principalmente por los mismos judíos.

Sea de esto lo que quiera, porque no nos corresponde examinar tal cuestion en este libro, lo indudable es que el estandarte del Profeta y de sus inmediatos sucesores ganó triunfante reinos y naciones: el año 635 de la era cristiana (13 de la Egira), el califa Abu-Bekr entraba victorioso en Damasco, y sometia á su imperio las comarcas del Líbano; tres años despues el califa Omar lanzaba sus legiones á los valles del Jordan y se apoderaba de Jerusalem, la ciudad santa de los cristianos; en ménos de diez lustros, los islamitas eran dueños de las extensas tierras que bañan el Tigris, el Éufrates y el

Nilo y de la antigua provincia de la Mauritania, y sólo se detenían ante las olas del Mediterráneo y del estrecho de Calpe.

Y uniendo una política de paz y conciliación al pavor que infundían sus empresas belicosas, casi siempre coronadas del éxito, enviaban embajadores á los persas, á los coftos, á los abisinios, á los mismos romanos, y muchos de estos pueblos abrazaban la ley del Profeta y reconocían á los califas sus sucesores.

Grande fué el heroísmo de los árabes, y gran parte tuvo en estas rápidas conquistas; pero es indudable que la pronta sumisión de los países cristianos era debida á las discordias que entre estos reinaban, y á que eran víctimas de la herejía, de la contradicción y de la soberbia.

Tampoco puede negarse que el falso Profeta Mahoma, aunque abusó con calculado engaño de la superstición, de la ignorancia, de la sencillez de las gentes orientales, fué un hombre muy superior á su época: hoy es cuando se admira el profundo conocimiento que tuvo de su pueblo, al examinar atentamente los principales hechos de su vida, sin olvidar la terrible matanza de la Meca, y al estudiar sus doctrinas religiosas y sus disposiciones políticas y civiles.

Y dicho está que se hallaban los árabes mahometanos ocupando la costa septentrional

del África durante el reinado de Wamba, y dirigiendo miradas de codicia al imperio godohispano.

II.

Por vez primera se hallaron frente á frente el pendón de los reyes católicos de España y el estandarte de la media luna hácia el año 674.

No consta, sin embargo, la exactitud de la fecha: los dos únicos historiadores que hacen mencion de esta primera amenaza de los mahometanos (los obispos Sebastian, de Salamanca, y Lúcas, de Tuy) se olvidaron de consignar aquella en sus concisas crónicas;—las cuales, por otra parte, fueron escritas siglos despues de los sucesos.

Acababa el rey Wamba de vencer la impo- nente insurreccion de Nímes, y hallábase disponiendo los preliminares necesarios para la celebracion de un nuevo concilio en Toledo, siguiendo los repetidos ejemplos que le habian legado los reyes anteriores, cuando tuvo noticia de que los sarracenos africanos, aprovechándose de la perturbacion general que reinaba en la Península á causa de la sublevacion de los ambiciosos Hilderico y Paulo, presentáronse á la vista de las costas orientales en numerosa ar-

mada de más de doscientos pequeños buques.

Cruzaban el Mediterráneo para llevar sus excursiones piráticas hasta las tierras de Italia; acercábanse á las poblaciones indefensas del litoral y las entregaban al saqueo, y despues las incendiaban bárbaramente; reconocian los puntos en que les hubiera sido fácil poner la planta para lanzarse desde allí á la conquista del territorio, y huian luégo, cuando el peligro y la desconfianza se lo aconsejaban, para volver de nuevo con más alarmante insistencia.

Algun tiempo debió durar esta amenaza osada y con teson mantenida, á juzgar por lo bien preparado que se encontrara el monarca godo cuando trató de castigar la insolencia de los mahometanos.

Reunió una poderosa armada, embarcó en ella muchos y valientes guerreros, púsose al frente de la expedicion, y marchó en busca del terrible enemigo.

Halláronse las dos flotas en el Mediterráneo, cerca ya de la africana costa, si bien las sucintas historias que nos han quedado de aquellos lejanos dias no determinan el sitio preciso: trabóse reñida pelea; los bizarros españoles combatieron con el valor que presta al ánimo el noble sentimiento de la patria, y la turba mahometana quedó completamente derrotada.

Más de cien barcos de los árabes fueron echados á pique é incendiados, y áun el rey Wamba consiguió apresar algunos y traerlos á los puertos ibéricos. La victoria le daba sus laureles en mar y tierra.

Esta fué la primera batalla que las armas españolas sostuvieron contra el casi naciente y ya poderoso imperio otomano; la última, también naval, habia de librarse nueve siglos más tarde en ese mismo mar Mediterráneo, «el mar de los grandes acontecimientos,» como lo designa un ilustre historiador italiano.

Pero entre una y otra, entre la victoria de Wamba y la victoria del egregio D. Juan de Austria, entre la primera amenaza de las armas otomanas y la última grandiosa epopeya de Lepanto, ¡cuán larga serie de extraordinarios sucesos! ¡Cuántos siglos de sangrientos combates! ¡Cuántas dolorosas derrotas y cuántas sublimes victorias, desde Guadalete y Covadonga hasta Alarcos y Granada!

III.

Y surge ahora, al reseñar este acontecimiento con la concision á que nos obligan los breves apuntes que legaron á la historia los antiguos cronistas, una de las cuestiones más oscuras que

se presentan en los anales patrios, y no tan debatida como lo exige la verdadera crítica, para depurar por completo los hechos.

¿Quién fué en aquella ocasion el ángel malo de la patria? ¿Vinieron los árabes por ellos mismos, digámoslo así, cual si les empujara una mano invisible á través de los divididos y discordes pueblos cristianos, ó vinieron acaso acudiendo al llamamiento de algun traidor ambicioso, que anhelaba ceñir sus sienes con la corona del anciano Wamba?

No están de acuerdo los historiadores al tratar esta cuestion.

Ervigio, un palaciego de la corte de Wamba, perteneciente á la familia del rey Chindasvinto, de consejero áulico del victorioso monarca llegó á tener aspiraciones de sucederle en el trono.

Era un hombre ilustrado, muy superior á la turba de próceres ignorantes y de vulgares prelados que rodeaban al vencedor de Paulo, y valiente, y bizarro; pero más todavía astuto y ambicioso.

A éste acusaron algunos de haber sido entonces el ángel malo de la patria, motivando con un llamamiento secreto la presencia de la flota mahometana en las playas ibéricas del litoral de Levante: dicen que se prometia un auxilio po-

deroso de los árabes para arrebatarse la corona á Wamba, realizando así sus ambiciosos deseos.

No hay, sin embargo, ningun testimonio fidedigno que compruebe la maliciosa suposición de los cronistas aludidos.

Por otra parte, si Ervigio pactó con los sarracenos para facilitarles la entrada en la Península, ¿cómo los sarracenos, despues que aquel ocupó el trono de Leovigildo, ni siquiera aparecieron en las costas de la Mauritania con alardes belicosos, ni con exigencias de antiguos tratados, aunque estos ya no hubieren de ser cumplidos?

Para nosotros es indudable que los árabes se presentaron entónces por vez primera ante las costas españolas sin que nadie, ningun traidor á la patria les mostrara el camino.

Es justo borrar de las páginas del reinado de Ervigio aquella infundada sospecha.

Los mahometanos, que en ménos de cincuenta años se habian hecho dueños y verdaderos árbitros de la mitad del viejo mundo, al verse detenidos en su victoriosa carrera por las ondas del Mediterráneo, intentaron audazmente salvar los obstáculos y poner su planta en los verjeles de la Iberia.

Así dominaban otro poderoso reino cristiano; así tenian abierto el camino para las Galias y

tambien para la Italia, cruzando los Alpes, guiados por un nuevo Ansbal; así podrian realizar sus arrogantes pretensiones de fundar un imperio inmenso bajo la altiva enseña del Profeta.

Formaban entónces los árabes un pueblo vigoroso, soberbio, animado por el fanatismo y el deseo de gloria, y por el éxito de cien sangrientos combates; ¿cómo no habian de ambicionar ardientemente la conquista de nuevas tierras, aunque para llevarla á cabo tuviesen que pasar por encima de las inquietas olas del mar Mediterráneo?

La flota sarracena, que amenazó la independencia del imperio godo-hispano en los dias de Wamba, fué como el primer anuncio de lo que habia de realizarse treinta años más tarde: en aquella ocasion, el previsor monarca, que debia de seguir con mirada atenta los movimientos de los árabes, cuando en tan breve tiempo reunió imponente armada, y presentó la batalla, y venció con fortuna, pudo desbaratar los ambiciosos planes de los que, andando los años, habian de ser dueños de la Península ibérica, desde Gádes á Barcino, de Auriola á Iria-Flavia.

IV.

Y ésta fué la postrera hazaña del rey Wamba. Ervigio, el mismo á quien algunos cronistas

acusan de haber llamado á los árabes para que le ayudaran á derribar el trono de aquel monarca y á levantar el suyo, halló un medio, «que tuvo más de lo depravado (dice un escritor moderno) que de lo ingenioso,» para colocar en su frente la pesada corona que Wamba ceñía con tanta gloria.

Con verdad repiten todos los historiadores, que si lo novelesco y lo dramático tuvieron parte no pequeña en la elección del vencedor de Paulo, también lo dramático y lo novelesco intervinieron grandemente en el fin de su glorioso reinado.

¿Cómo había de pensar Ervigio en ceñirse la corona por medios naturales, digámoslo así, por una elección de los próceres, cuando habla ántes que él, y en su misma familia, otros magnates que aspiraban también á sentarse en el trono, favorecidos por sus cualidades personales y apoyados por una parcialidad numerosa y fuerte?

Pero Ervigio fió el éxito á la astucia, y logró por completo su deseo.

Todos los lectores ilustrados conocen este último y extraño episodio del reinado de Wamba: apareció un día el anciano monarca tendido en el lecho y víctima de un letargo; y Ervigio que le había suministrado un fuerte narcótico,

hizo que le cortasen el pelo, ó se lo cortó él mismo, segun consigna un cronista, y que despojándole de las reales vestiduras, le ciñesen al cuerpo un hábito de monje y el grosero cordon de los penitentes.

Una ley habia promulgado cierto concilio toledano en prevision de semejantes casos, que se repetian con frecuencia: el rey á quien se hiciese sufrir la tonsura y vestir la hopalanda monacal, ya no era digno del trono; debia resignarse á abandonarle por las sombrías soledades de un claustro.

Así, practicando una antigua costumbre germánica, que todavía se conservaba entre los suevos de Galicia, el hábil político Leovigildo inhabilitó para el trono al último rey de aquellos, Andeca, el usurpador de la corona de Eborico; así tambien Chindasvinto, alzándose en armas contra su monarca Tulga, el débil hijo de Chintila, tonsuróle y le hizo vestir el traje monacal, y le envió á un monasterio, ántes de ceñirse él mismo la corona.

¡Hasta qué punto debia estar dominado el gran Wamba por el astuto Ervigio! Cuando aquel sacudió su letargo y pudo recobrar el conocimiento, hizo una abdicacion solemne de la corona, que sólo habia aceptado ante sañudas amenazas de muerte; señaló por sucesor suyo

al mismo Ervigio, tal vez para que la patria se viera libre de una cruenta guerra civil, y fué á ocultarse, léjos de los esplendores del trono, en el monasterio de Pampliega, poblacion que todavía existe á pocos kilómetros de la ciudad de Búrgos.

Corria el año de 680, y allí, entregado á la oracion y en recogimiento su alma generosa ante las verdades sublimes de la religion católica, llegó á saber que prelados y magnates, aceptando su consejo, habian elevado sobre el paves al ambicioso Ervigio, á los pocos dias de aquel dramático y singular acontecimiento, y llegó á saber tambien, siete años más tarde, que el mismo Ervigio habia descendido, jóven aún, del trono al sepulcro.

¡Como si la Providencia hubiese querido dar aliento y fuerzas al caduco anciano, para que pudiera conocer el prematuro fin de su sucesor!

CAPITULO V.

Desde Ervigio á Rodrigo.—Aspecto general del reino.

I.

Desde este mismo punto comienza la ruina del imperio visigodo; desde el reinado de Ervigio hasta el desastre del Guadalete, sólo tiene

la historia páginas de tristes desventuras; apenas si alguna vez se levanta sobre el horizonte de la patria, y brilla un momento, la radiante estrella de su dicha.

Aquel reino, que formó con tan distintos elementos el gran Eurico sobre los escombros del derruido imperio romano; aquel reino, que fué el más grande y el más glorioso del viejo mundo durante los días de Leovigildo y Recaredo; aquel reino, cuyos valientes soldados fueron los primeros que castigaron en tiempo de Wamba la osadía de los victoriosos hijos del Profeta, no vencidos hasta entónces ni ante los muros de Damasco, ni en las áridas llanuras de la Palestina por las degeneradas legiones del imperio de Oriente; aquel reino empezó también á desmoronarse por momentos, como si hubiese llegado ya, en los inexcrutables designios de la Providencia, al cumplimiento de su destino.

Diríase que de aquel fuerte muro, como de los muros de Troya, se iban desprendiendo una á una las más sólidas piedras.

Reyes débiles y viciosos, que se olvidaban de la grandeza de sus antecesores; magnates corrompidos, que sólo servían para cortesanos abyectos; un pueblo indiferente, acaso ruin esclavo de bajas pasiones, que observaba con mirada estúpida las miserias de estos y las debilidades

de aquellos, y que no debia creerse capaz de nada grande, de nada heróico para aspirar á la salvacion de la patria: tal es el sombrío panorama que se desarrolla á nuestra vista desde la elevacion de Ervigio al trono de Wamba.

Y en lontananza, cual huracan rugiente que estaba á punto de desatarse sobre los hermosos pensiles de la Iberia, veíanse las apretadas falanjes de los hijos del desierto, de los fanáticos sectarios de Mahoma, que dirigian miradas de codicia al vacilante sólio de los godos, como el ave de rapiña á la descuidada paloma de los bosques.

II.

Tres monarcas ocuparon el trono desde la humilde renuncia de Wamba hasta la elevacion de Rodrigo, en cuyo reinado debia realizarse el hundimiento del imperio visigodo: Ervigio, Egica y Witiza.

¡Y cosa singular! Este último, á quien muchos antiguos historiadores presentan casi como un monstruo, dominado por miserables vicios y autor de repugnantes crímenes, es precisamente el que en tiempos muy posteriores ha sido vindicado por la crítica sensata, y conside-

rado como hombre de talento é ilustracion y como rey justo y benéfico.

El primero de aquellos, Ervigio, colmada ya su ambicion de reinar, procuró ante todo captarse las simpatías y el apoyo de los próceres, y principalmente de los prelados.

Fácilmente pudo conseguirlo, fingiendo primero humildad y favoreciendo luégo las pretensiones de unos y otros.

Convocó el concilio XII de Toledo en el año 681, y apareciendo ante los miembros de la asamblea, más como rendido pretendiente que como rey de un vasto Estado, pidióles que reconociesen y aprobasen su eleccion, de la misma manera que si hubiera sido alzado sobre el paves en virtud de aclamacion unánime de los grandes.

Y el concilio, que con sus disposiciones en favor de Ervigio y contra el retirado monarca Wamba, cuyo sólo nombre infundia aún respeto y casi temor en el ánimo de los veleidosos próceres, no titubeó en anular muchas sábias leyes que habian sido promulgadas en la época de este último soberano, fué el que más contribuyó al desprestigio de instituciones que el pueblo veneraba desde los dias de Recaredo I, y el que más contribuyó tambien á que se extinguiese en el pueblo el espíritu y la energía militar que

se habian reanimado valerosamente durante el período de Wamba. »

Y claro está que semejante pérdida, que fué completa en los dos reinados sucesivos, llegó á facilitar de un modo extraordinario la total caida del imperio godo en la funesta batalla de Guadalete.

Hizo más el concilio XIII, reunido en el año 683, como asamblea política y no religiosa, en la cual se dictaron numerosos cánones « concediendo indultos, condonando contribuciones, estableciendo tribunales y cercenando en todas las prerogativas de la corona. »

¿A quién habia de temer el ambicioso Ervigio, siendo ya rey de los godos, si no por derecho natural y legítimo, por el reconocimiento de un concilio nacional? Al anciano Wamba, al piadoso monje de Pampliega, que aún vivia, y que contaba con el amor de los pueblos.

Pues por eso logró inspirar á aquella asamblea un famoso cánón, el primero, que otorgaba amnistía completa á todos los rebeldes de la odiosa sublevacion de Nímes, los cuales, á pesar de haber sido condenados á muerte por un tribunal de próceres del reino, legítimamente reunido bajo la presidencia de Wamba, debieron la conservacion de su vida á la magnanimidad del monarca ofendido.

La historia no dice si los condes Paulo é Hilderico llegaron á disfrutar del perdon que les concedió aquella asamblea, ó si habian muerto en las prisiones ántes de publicarse el decreto.

El hecho es que el concilio XIII, dictando leyes puramente políticas, y no todas justas, desnaturalizó por completo el carácter que habian tenido hasta entónces en nuestra patria aquellas dignas asambleas, y trazó el camino que debian seguir los prelados en algunos de los concilios posteriores, especialmente en el XVIII toledano; «cuyos decretos (dice afligido el P. Juan de Mariana) ni se ponen ni andan entre los demas concilios, por ser de todo contrarios á las leyes y cánones eclesiásticos.»

Además, ¿no era aquel cánon un acto encaminado á sancionar rebeliones que habian costado á la nacion muchos dias de lágrimas, y la sangre y la vida de muchos hijos leales á su rey y á su patria?

Pero el remordimiento, si no el temor de perder el trono, persiguió constantemente á Ervigio.

Estaba casado este monarca con la princesa Liuvigotona, de antigua alcurnia goda, y tenía de ella varios hijos, siendo el mayor la jóven Cixilona ó Cijilona; y era conde palatino un

pariente cercano del solitario de Pampliega, llamado Egica.

El receloso y á la vez astuto monarca, perseguido siempre por el fantasma del rey á quien habia destronado, halló el medio de asegurar la corona en su propia familia y [dar á ésta al mismo tiempo la proteccion y amparo de la familia de Wamba: hizo que Egica y Cixilona contrajeran matrimonio, y ofreció á su yerno transmitirle aquella corona que tanto le pesaba ya en la frente.

Poco tiempo despues de este acto, autorizado con la presencia de varios obispos y magnates de la corte, fué acometido Ervigio de violenta enfermedad, y falleció en Toledo, despues de abdicar y hacerse vestir un hábito de monje (¡hasta la hora de la muerte siguió acosándole el penoso recuerdo de su crimen!), el año 687, á los cincuenta y nueve de su edad y el sétimo de su reinado.

En pocas líneas puede encerrarse la historia de este desdichado soberano: él, desde su elevacion al trono, sólo procuró obtener el apoyo y la proteccion del alto clero contra la buena memoria de Wamba que el pueblo guardaba fielmente; él, víctima de los remordimientos, apenas si deja escrito su nombre en el magnífico puente romano de Mérida, que hizo restaurar,

y el cual en nuestros días — ¡doloroso es decirlo! — más por incuria de los gobiernos que por las avenidas del Guadiana, había de quedar casi arruinado.

III.

Si grande había sido ya la decadencia de la nación en los siete años del reinado de Ervigio, grandísimo fué en los trece que ocupó el solio el tímido Egica, yerno y sucesor de aquel.

«En verdad (dice un historiador al señalar los pocos acontecimientos dignos de mención que ocurrieron en aquel triste reinado), en verdad que debiera dudarse de si Egica había obrado como obispo ó como rey, ó si era la Iglesia ó era la corona la que había gobernado el reino.»

¿A qué está reducida la crónica de este monarca?

Hojeando las pocas páginas de que consta, adivínase á un hombre de ánimo apocado y corazón débil, que descansa en los brazos de una teocracia omnipotente.

Apénas sube al trono, convoca un concilio en Toledo para consultarlo acerca de los escrúpulos religiosos que dominaban en su pobre espíritu; más tarde, en el año 694, y siempre inspi-

rado en la intolerancia clerical de aquellos dias, reúne otro concilio toledano para castigar más todavía á los oprimidos israelitas, que habian sido objeto de persecucion incesante desde la época de Sisebuto.

Dícese, no obstante, que los judíos españoles mantenian inteligencias con los judíos africanos, y por mediacion de estos, con los árabes; pero el hecho sólo aparece indicado en las actas del mismo concilio, y tambien ligeramente en alguna crónica bastante posterior á la invasion agarena, y escrita por lo tanto bajo la penosa impresion de aquel infausto acontecimiento.

Para demostrar la omnímoda influencia que en tiempo de Egica tenia el alto clero, basta acordarse de la conspiracion de Sisberto, descubierta afortunadamente ántes de estallar, en el año 692.

Era Sisberto un ambicioso prelado que habia llegado á ocupar la sede metropolitana de Toledo, á la muerte del virtuoso y sabio Julian: ora porque aspirase él mismo á ceñirse la corona, ora porque intentase arrancársela al débil Egica para ornar con ella las sienes de algun magnate de su propia familia, ó por otros motivos que la historia se ha olvidado de consignar, fraguó una trama insensata contra la vida del soberano y de sus hijos.

Por circunstancia providencial, uno de los conjurados se arrepintió á última hora, y descubrió al monarca el horrible plan que se habia forjado contra su existencia.

Egica no se atrevió á resolver por sí mismo en este grave asunto, y asegurando en una prision al inquieto prelado, aunque sin imponerle castigo, convocó un nuevo concilio, que tardó cinco meses en reunirse, y sometió el hecho á su fallo.

De ahí resultaron dos cosas: un castigo leve relativamente para el autor de una conspiracion que tenía por objeto asesinar al rey y á sus hijos y á varios magnates palatinos, y que fué probada plenamente, puesto que los prelados reunidos se contentaron con deponer á su conspirador colega y desterrarle, y un halago al mismo rey ofendido, en el cánon que dictaron para que todos los presbíteros, en el acto de celebrar el sacrificio de la misa, rezasen una oracion especial por la salud del monarca reinante.

En nuestra época se reza la oracion *Pro Rege*, siguiendo la costumbre que estableció en el año 693 el concilio XVII de Toledo.

El rey Egica, que habia asociado á su hijo Wítiza á la gobernacion del reino en 696, falleció cinco años despues en la ciudad de Toledo, sin dejar su nombre unido á ninguna empresa memorable.

IV.

¿Cuáles son los verdaderos fastos del reinado de Witiza, hijo y sucesor de Egica?

Para designarlos, despues de estudiadas las crónicas más antiguas y los escritos de historiadores modernos, desde el Pacense y el padre Mariana hasta Mayans y Ciscar y D. Modesto Lafuente, se halla perplejo el ánimo del crítico más severo y concienzudo.

Desde que éramos niños, al recibir las primeras lecciones de la ciencia histórica en las aulas de segunda enseñanza, oíamos pronunciar el nombre de Witiza como el de un monstruo infame que atrajo sobre España la maldicion del cielo; más tarde, siendo ya hombres, hemos leído repetidamente en libros de graves autores que el hijo de Egica fué un monarca ilustrado, justo y benéfico, digno de otros dias ménos calamitosos.

Indudablemente el P. Juan de Mariana es el que más ha contribuido á manchar con negros borrones la memoria de Witiza, porque todos los cronistas posteriores, hasta el último tercio del siglo XVIII, aceptaron sin escrúpulos, y tambien sin exámen, las afirmaciones del insigne jesuita, quien recogió en su *Historia*

todos los cargos que se habian hecho durante ochocientos años contra aquel soberano.

Dícenos Isidoro de Beja, que floreció á mediados del siglo VIII, y que pudo muy bien haber tenido relaciones de amistad con personas que hubieran conocido la corte de Witiza, que este rey «empuñaba las riendas del gobierno en una época de florecimiento para el reino,» y que «toda España, confiando en él absolutamente, se regocijaba con grande alegría.»

Pero el Pacense apenas indica los principales sucesos del reinado, y una crónica extranjera llegó cien años más tarde á culpar severamente á aquel monarca.

Cotejando los pasajes de la *Historia* del P. Mariana que se refieren á Witiza con los pasajes de la crónica Moissiacense y otras posteriores, obsérvase que el jesuita talaverano puso decidido empeño, como ántes hemos dicho, en recoger en las páginas de su libro todas las acusaciones que se forjaron contra el antecesor de Rodrigo.

Segun él, grandísimo es el capítulo de los cargos que deben hacerse á Witiza.

Witiza dió rienda suelta al feo pecado de la lujuria, sin tener respeto á casadas ni á doncellas, á nobles ni á plebeyos; él, para legitimar su ciego desenfreno, y disculparse luégo con el torpe

ejemplo de los demas, promulgó una ley odiosa que autorizaba y favorecia el concubinato, y « aún concedió licencia (dice el P. Mariana) á las personas eclesiásticas y consagradas á Dios para que se casasen; » él, que sospechaba de la fidelidad de sus súbditos, bien puesta á prueba con tan licenciosa vida, dió una órden general para que fuesen demolidas las murallas de las principales plazas, á excepcion de algunas pocas importantes; él convocó un concilio de prelados perjuros y simoniacos, y los obligó á dictar cánones que confirmasen las leyes promulgadas á favor del concubinato y del matrimonio de las personas eclesiásticas de ambos sexos, por cuya razon, « los decretos de este concilio no andan en los demas concilios; » él introdujo un cisma en la archidiócesis toledana, nombrando á su hermano Oppas, que era arzobispo de Sevilla, para ocupar la sede primada, aún en vida y acaso con el consentimiento del arzobispo Sinderedo, que habia sucedido á Gunderico; él rechazó con escarnio á un legado del Sumo Pontífice Juan VII, que á la sazón ocupaba la Sede de San Pedro, y el cual le reprendió públicamente por sus desórdenes y por sus iníquas leyes; él dió motivo para que los sarracenos africanos, que tenian siempre fija su mirada codiciosa en las costas de la Península

ibérica, armasen una flota, como en los tiempos de Wamba, é intentasen un desembarco; él, en fin, odiado por los magnates del reino, por el clero virtuoso y por el pueblo sensato, fué víctima de una sublevacion popular que puso en el trono al jóven Rodrigo, descendiente de Recesvinto é hijo de aquel Teodofredo á quien Witiza habia impuesto años ántes la horrible pena de la ceguera, la misma que el nuevo monarca impuso al rey destronado.

Tal es el desdichado retrato de Witiza que han dibujado poco á poco, en una larga sucesion de años, los cronistas é historiadores desde el siglo IX hasta el siglo XVIII.

A las tintas sombrías de los primeros, añadieron los siguientes otros colores todavía más sombríos, y el P. Juan de Mariana completó el abominable cuadro, presentando á Witiza cual un horrible monstruo de crímenes y vicios.

Pero — ¡cosa singular! — con el curso de los años, el nombre de Witiza, como el de Don Pedro I, como el del mismo Don Felipe II, va saliendo poco á poco de aquel repugnante marco en que lo encerraron los historiadores antiguos, y apareciendo entre la aureola de la justicia y el esplendor de la dignidad.

Ya el prudente Mondejar, en sus juiciosas advertencias á la *Historia* del P. Mariana, de-

mostró cumplidamente que el ilustre jesuita no había dado pruebas de sagacidad crítica al aceptar sin exámen no pocos hechos dudosos, y aún inverosímiles, que deben ser considerados efectivamente, siguiendo la opinion de un académico muy erudito y muy modesto, como nieblas de la historia patria; mas el insigne Mayans y Ciscar, el sabio autor de los *Orígenes de la Lengua española*, se propuso regenerar el nombre de Witiza y vindicar á este monarca de las muchas acusaciones que le dirigieron los historiadores aludidos, y escribió al efecto su famosa *Defensa*, la cual, aunque algun tanto apasionada en ocasiones, destruye por completo muchos errores que hasta entónces habían sido tenidos por verdades inconcusas.

Es más: otro jesuita, el cáustico Juan Francisco Masdeu, en su célebre *Historia crítica de España y de la cultura española*, no vacila en afirmar que aquellas acusaciones son « fábulas injuriosas » y « verdaderas locuras que deshonoran la mente humana, » las cuales sólo tienen por deleznable fundamento varias crónicas modernas relativamente, no anteriores al siglo XIII, si bien esto último tampoco es exacto en absoluto, porque la crónica Moissiacense, verdadero origen de las acusaciones contra Witiza, pertenece á la centuria novena.

El historiador Sr. Lafuente no acepta por completo la defensa del ilustre Mayans y Ciscar, aunque sospecha que el primitivo rey de los godos ha sido en mucho calumniado, «pero respecto á su vida licenciosa (dice) y al ejemplo que hizo cundir en sus súbditos eclesiásticos y seculares, hallámosla tan confirmada en todas las crónicas, desde la Moissiacense, que por nuestra parte no intentaremos libertar su memoria de este cargo, miéntras algun testimonio contemporáneo no aparezca que de esta nota pueda eximirla.»

Nadie ha presentado hasta ahora semejante testimonio contemporáneo, ni es probable que se presente; mas tampoco está justificado, segun nuestro modo de ver, el término medio que adopta en este asunto el erudito autor de la *Historia general de España*.

En efecto: la crónica de Isidoro de Beja, que es casi contemporánea de Witiza, puesto que (como queda consignado en otro lugar) fué escrita en la segunda mitad del siglo VIII, es decir, existiendo aún la generacion que siguió inmediatamente á la del rey, no sólo no menciona los hechos indignos que cronistas posteriores han atribuido á este soberano, sino que le tributa grandes elogios por los actos meritorios que llevó á cabo en los primeros años de su rei-

nado, y no le culpa gravemente por los demas

¿Por qué, pues, aceptar como punto de partida, para fallar con severidad en el proceso de Witiza, los anales Moissiacenses y no la crónica del Pacense? Aquellos, que pertenecen al siglo IX, son los primeros que contienen tales acusaciones, dirigidas, no hay que olvidarlo, por un autor extranjero, y no autorizadas con algun documento histórico de autenticidad incontestable.

Luego la verdad es que si no hay un testimonio contemporáneo que pueda librar á Witiza de las feas manchas que oscurecen su memoria, prescindiendo por completo de la crónica de Isidoro de Beja, tampoco hay uno sólo, áun de escasa valía, que sirva para comprobar la exactitud de los hechos monstruosos que la Moissiacense empieza á atribuirle, y cuyo número los escritores sucesivos aumentaron prodigiosamente; porque sabido es que «al paso que los historiadores (confiesa el mismo Lafuente) se iban alejando de la época de los sucesos, cada cual fué añadiendo un nuevo capítulo de acusacion al catálogo de los crímenes de aquel príncipe, hasta llegar al P. Mariana, que acabó de sombrear el cuadro.»

V.

Comenzó á reinar Witiza aún en vida de su padre, quien le asoció al gobierno del Estado en el año 696, colocándole al frente del antiguo reino de los suevos en Galicia.

Véñse todavía en nuestros gabinetes de numismática numerosas monedas, muy apreciadas por los inteligentes, que corresponden á la época en que Egica tenía su corte en Toledo y Witiza en la memorable Tuy, y que aparecen acuñadas en aquellas dos capitales, en la insigne Emerita, en la hermosa Hispalis, en Cesar Augusta, en Córdoba y aún en la vieja Narbona.

Consta por cierto que el jóven príncipe correspondió dignamente á la confianza que le dispensara su padre y soberano, y que gobernó aquel país con buen tino y con criterio de justicia; y consta además, que á la muerte de Egica, ocurrida en el año 701, segun el Pacense, inauguró su reinado con sábias y conciliadoras disposiciones, ya decretando una amplia amnistía en favor de los magnates y *omnes libres* que habian tomado parte en la conspiracion del metropolitano Sisberto, y tan amplia, que les restituyó sus bienes y sus honores, ya perdonando á los pueblos el pago de muchos impuestos atrasados.

Habla tambien muy alto en favor de Witiza el permiso que concedió á los israelitas que habian emigrado á Africa para volver á la Península ibérica (suponiendo que sea cierto este hecho, el cual constituyete uno de los cargos más graves que los historiadores antiguos dirigen al monarca); y ¡quién sabe si en presencia de la amenaza constante de los sarracenos, desde los tiempos de Wamba, fué aquel permiso una medida de alta política!

Si se tiene en cuenta que los israelitas fueron los mejores auxiliares de las legiones de Tarik en los aciagos dias de la irrupcion sarracénica, ¿no se debe sospechar que el previsor monarca, revocando las durísimas leyes que habian promulgado varios de sus antecesores, sin excluir á su mismo padre Egica, contra los secuaces de la religion mosáica, adivinaba ó conocia exactamente el pacto secreto que existia entre estos y los sectarios de Mahoma, y trataba de desarmar á los unos con actos de generosidad y clemencia, y de debilitar á los otros quitándoles sus aliados, sus consejeros, sus guías, quizá sus principales instigadores?

¡Cuán lamentable es la falta casi completa de auténticas narraciones! Al tomar la pluma para bosquejar los trascendentales acontecimientos de aquellos lejanos dias, siéntese en el

ánimo un vacío inmenso, y divaga libremente la imaginación entre conjeturas é hipótesis, cual si se tratase, no de hechos históricos, sino de abstracta cuestión filosófica.

Ni aún en señalar el término del reinado de Witiza se hallan de acuerdo los historiadores antiguos.

Es indudable, sin embargo, que una revolución poderosa estalló en la Península hácia los postreros días del año 708, ó acaso á principios de 709, según se infiere de la crónica del Paense, que es la que merece más fe.

¿Cuál fué la causa de aquella revolución?

Al decir de los cronistas posteriores, los magnates, los prelados y el pueblo, cansados de sufrir los crímenes del monstruo coronado, subleváronse para colocar en el trono á Rodrigo, hijo de Teodofredo, aquel prócer á quien Witiza había impuesto, no sabemos por cuáles delitos, el horrible castigo de la ceguera.

Mas analizando las pocas frases que consagra Isidoro de Beja á referir este último suceso del reinado de Witiza, parece adivinarse que existía una lucha enconada, aunque latente, desde los tiempos de Egica, entre la raza goda y la raza española ó indígena, hallándose al frente de ésta, ó siendo por lo ménos su representante, el joven Rodrigo.

Pertenecía éste á la familia de Recesvinto, el hábil monarca que habia sabido realizar la unidad civil y social de la patria, sometiendo á todos sus súbditos á las disposiciones de unas mismas leyes, y era amado de los españoles.

«Invadió tumultuosamente el reino (dice el Pacense con exagerado laconismo), por consejo del senado romano.»

Téngase en cuenta, para entender esta frase, que romanos eran llamados, además de los descendientes de los verdaderos romanos que habian dominado en España, los mismos españoles, los indígenas, los que pertenecian á la raza ibérica.

Y dicha frase prueba el gran poderío que llegó á adquirir aquella raza en los tiempos de Witiza, cuando logró tramar y realizar una sublevacion tan poderosa, que bastó para destruir el solio de un monarca y alzar el de otro.

Algunos historiadores afirman que Witiza falleció en Toledo el año 709; otros suponen que nada se sabe con certeza acerca de los posteriores dias de aquel desdichado soberano.

Cayó, en fin, cuando los fieros ismaelitas habian ya realizado dos osadas tentativas para apoderarse de las costas orientales de España, y subió al trono de Leovigildo el que habia de ser, por decreto inflexible de la Providen-

cia, último soberano de los godos españoles.

Ya no era el reino ibérico el más poderoso que se había creado sobre las desgraciadas provincias del romano imperio; ya no existía la política magnánima de Recaredo I, ni la espada salvadora de Wamba; ya estaba reducida la monarquía á un extremo desconsolador de decadencia y postracion miserables.

¿Quién extraña, por cierto, que las legiones agarenas inundasen la Península, arrollándolo todo, como devastador torrente?

CAPÍTULO VI

Estado general del reino al advenimiento de Rodrigo.—
Los árabes en África.—Israelitas españoles emigrados.—
Resumen de las persecuciones contra los judíos.—Alianza de estos con los árabes.]

I.

A pesar de lo que dejamos consignado en el capítulo anterior, si la sana crítica aconseja recibir con desconfianza las relaciones que cronistas apasionados han legado á la posteridad acerca de los vicios de Witiza, el aspecto general que ofrecía el pueblo ibérico al subir al trono el último rey de los godos, era por extremo deplorable; y tal aspecto, sin embargo, tampoco

aparece demarcado con líneas precisas en la única historia casi contemporánea de los sucesos, la crónica del Pacense, aunque sí en las posteriores.

Pero hay que atender aquí al extraordinario acontecimiento que se verificó inmediatamente en el año segundo del reinado de Rodrigo, para deducir despues que efectivamente las costumbres del pueblo hispano habian llegado al postrer período de la corrupcion más miserable, no sólo por la influencia que pudo ejercer en los ánimos el degradado ejemplo de Witiza, si es verdad que este monarca vivió encenagado en un lodazal de inmundos vicios, sino por la que ejercieron desde luégo los tristes reinados de Ervigio y Egica, en cuya época la decadencia del reino se precipitó señaladamente y de un modo funesto.

Y no está exento de igual acusacion el breve reinado del infeliz Rodrigo: era este monarca un hombre de claro entendimiento, de corazón generoso y noble, de ánimo esforzado, y prometian sus buenas prendas un porvenir de prosperidad y ventura á aquel desdichado pueblo que tan rápidamente habia decaido desde los tiempos del gran Wamba; pero, jóven de impetuosas pasiones, y sin voluntad poderosa para refrenarlas, lanzóse por la carrera del vi-

cio y empujó por ella, con su mal ejemplo, al pueblo ya corrompido.

Entónces fué cuando aquel pueblo descreído y completamente enervado llegó al último límite de la desmoralización, la cual, dominando en las sociedades, como en el individuo, mata y destruye los sentimientos más puros, las más grandes cualidades, las esperanzas mejor fundadas.

¿Quién sabe si ejerció también no escasa influencia en el pueblo godo, para que éste se despeñara al fin por igual abismo, el anhelo, la verdadera ánsia de goces que debían de tener los descendientes de aquellas tribus semi-salvajes que se habían posesionado en pocos años de uno de los países más fértiles, más ricos y más hermosos del mundo, y conocido y aceptado poco á poco la civilización romana de la última época de los emperadores?

Había además otra causa poderosa en los postreros años del reinado de Witiza, y después en tiempo del rey Rodrigo, para que el estado del reino fuese bien digno de lástima: la profunda división que existía entre godos y españoles, si así podemos expresarnos, no obstante las leyes de Recesvinto para completar la unidad política y civil en la Península ibérica.

Ningun historiador, que sepamos, ha hecho

esta observacion, la cual merece tenerse en cuenta.

El elemento hispano, ya en el reinado de Witiza, se habia separado en cierta manera del elemento godo, para constituir una rivalidad funesta, declarándose partidario del hijo de Teodofredo, que pertenecia á la descendencia de Recesvinto.

No de otro modo se deben entender las palabras del cronista Isidoro de Beja, cuando éste afirma que Rodrigo, para apoderarse del trono, invadió (*tumultuose*) con sus parciales el reino, siguiendo los consejos del senado romano (*hortante senatu romano*): si romanos eran llamados los indígenas, los españoles y los descendientes de los antiguos dominadores de la Península, segun consta en las mismas leyes del Fuero Juzgo, es claro que el elemento hispano apoyó las pretensiones de Rodrigo, y venció en la lucha contra el elemento godo, que defendia á Witiza.

Y esta division entre españoles y godos se hizo todavía más profunda en los dos años del reinado de Rodrigo: los hijos del monarca destronado, Sisebuto y Ebas, protegidos por el metropolitano hispalense Oppas, hermano del rey Witiza, y tio por consiguiente de los dos jóvenes; aquel mismo ambicioso prelado que,

según refieren algunos historiadores, tomó posesión y ocupó la silla primada de Toledo cuando aún vivía el arzobispo Sinderedo, que era el propietario, dándose el extraño caso de existir simultáneamente, y por espacio de algún tiempo, dos prelados toledanos; estos tres personajes, decimos, que representaban el elemento entonces vencido, el elemento godo, conspiraban incesantemente para arrojar del trono á Rodrigo, á quien consideraban con razón como enemigo.

En suma, como dice el autor de *la Historia general de España*, «ardía la nación en discordias, hervían las ambiciones, y las conjuras traían inquieto al reino y desasosegado al rey.»

¡Tan afflictivo era el estado de la patria en aquellas críticas circunstancias, cuando un pueblo vigoroso y fanático, que se había apoderado ya de la Mauritania Tingitana, dirigía sus miradas á la Península, de la cual le separaba únicamente el estrecho de Calpel

II.

¡Cuán rápidas conquistas las de los mahometanos!

Semejantes á un torrente que se desborda, los sectarios del falso Profeta, levantando en Medi-

na el pendon de guerra contra todos los pueblos del universo, salen impetuosos del centro de la Arabia, inundan en poco tiempo las ciudades más famosas de la Siria, y llegan hasta los límites de la vieja Persia.

Omar, el soberbio califa que entregó á las llamas la biblioteca de los Ptolomeos, guia sus soldados á traves del Egipto, la patria de los Faraones y de Cleopatra, y se apodera de Alejandría y Memphis, históricas ciudades de aquel país de las leyendas; y avanzando siempre como empujados por la mano del destino, sin que ningun pueblo se atreva á disputarles el paso, llegan los victoriosos árabes hasta la Mauritania, y sólo se detienen ante las ondas del inmenso Atlántico.

Era califa de Damasco el prudente Walid sexto de la dinastía de los Omniadas, cuando á principios del siglo VIII de la era cristiana fué encargado el valeroso caudillo Muza (*Ben Nosseir*, ó hijo de Nosseir) de sujetar enteramente la Mauritania, cuyos indómitos habitantes no quisieron someterse al yugo de los mahometanos, y les oponian desesperada resistencia; mas aquellas tribus salvajes, que tenian por patria la miserable choza que les servia de albergue y por toda riqueza las agudas saetas que dirigian contra las fieras de los bosques, y los

ganados que apacentaban en las praderas, llegando á creer que tambien ellos eran verdaderos hijos de Mahomá, como oriundos de un mismo país, convirtiéronse en breve á la nueva religion, consideraron á los árabes como salvadores suyos y formaron con ellos un sólo pueblo.

Aún existe ese pueblo berberisco en la antigua Mauritania, en la misma comarca donde le encontró el caudillo Muza, hace ya cerca de doce siglos, y profesa todavía la religion y las costumbres que recibiera de sus conquistadores.

Y así se hallaban las legiones agarenas al ocurrir en nuestra patria la elevacion de Rodrigo al trono de Recaredo: dominaban desde la lejana Persia hasta la Mauritania, desde las márgenes del Éufrates hasta el Atlántico, desde Tadmor y Damasco hasta la nueva Cairwan, fundada por ellas no léjos de la memorable Cartago, y la histórica Tingi, hoy Tánger, en la misma costa septentrional del Africa, y bañada por las procelosas ondas del estrecho.

¡Pequeño valladar era éste para detener el curso impetuoso del desbordado torrente!

Abu Bekr, el discipulo más querido de Mahoma y su inmediato sucesor, al proclamar la guerra santa en Medina, la ciudad por excelencia, se habia propuesto difundir la nueva reli-

gion, con el auxilio poderoso de la espada, por todos los ámbitos del mundo conocido, logrando en primer término transformar en cohortes de valerosos guerreros á las tribus agrestes de pastores nómadas que habitaban en la Arabia Feliz y en los extensos arenales de la Arabia Desierta.

Prometiales, recitando con vehemente elocuencia los principales pasajes del libro religioso de Mahoma, una eternidad de deleites en la mansion del Altísimo, del único Dios, de Allah Omnipotente, si morian en el campo de batalla en defensa de la religion, y conminaba á los cobardes, á los indecisos, á los tibios en la fe con una eternidad de martirios en la mansion de los réprobos.

¿Cómo habia de detenerse aquel inmenso ejército de soldados valientes, aguerridos ya despues de numerosas campañas, y siempre fanáticos hasta el delirio, ante las fronteras de la Europa meridional?

Cuenta un historiador árabe, Ahmed Al-Makari, que el bizarro conquistador de la Mauritania, despues de haber llevado de triunfo en triunfo el verde estandarte del Profeta hasta la costa occidental del Africa, parándose ante el Atlántico, que se extendia en lontananza como barrera inmensa, levantó su cimitarra y elevó la

mirada al espacio, exclamando con voz poderosa:

«¡Oh supremo Allah! ¡Las olas de este mar que se estrellan á los piés de mi caballo me impiden continuar más allá, hasta los confines del universo, para predicar á las gentes tu santo nombre y las doctrinas del Profeta!»

Tales eran los nuevos conquistadores.

Si en tiempo de Wamba fueron derrotados en el Mediterráneo, si en tiempo de Egica habian sido tambien rechazados, segun afirman algunos historiadores, en su segunda tentativa de invasion de la Península ibérica, luégo, en el reinado del licencioso Rodrigo, buscaron sagazmente auxilios extraños que favoreciesen el desarrollo de sus planes de conquista.

Y por desgracia los hallaron.

III.

Al acontecer la ruina de Jerusalem, cuando las legiones romanas destruyeron el reino de los judíos, arrasaron el templo y no dejaron piedra sobre piedra en aquella ciudad deicida, cumpliéndose así las profecías que estaban escritas en los libros del Antiguo Testamento, las familias de los israelitas que se habian librado del filo de la espada (empleando la frase de un

Padre de la Iglesia), huyeron de su patria, abandonando sus propios hogares, y se dispersaron por el haz de la tierra.

Extrañeza causa desde luégo el hecho de que innumerables fugitivos de la Judea viniesen á parar al país más occidental del mundo entónces conocido, al más lejano, á la Península ibérica; parece como que el terror les daba alas, como si les agujonease el deseo de apartarse más y más del teatro de los sangrientos sucesos, como si ellos mismos hubiesen comprendido, interpretando los sagrados textos, que la verdadera dispersion no habria de cumplirse hasta que hubieran llegado al último confin de la tierra.

Causa fué tambien, sin duda alguna, de que numerosas familias de israelitas considerasen á nuestra patria como puerto seguro de refugio, la cruel persecucion que suscitó contra el pueblo de Israel, á principios del siglo VII, el emperador Heraclio, que reinaba en Oriente: habia anunciado un astrólogo á aquel supersticioso monarca que su trono sería destruido, y él mismo asesinado villanamente, por un pueblo errante y circunciso que aborrecia al pueblo cristiano; y Heraclio, suponiendo desde luégo que el siniestro vaticinio se referia únicamente al pueblo judío, no sólo comenzó á perseguir á

éste en los dominios del imperio, sino que excitó á las demas naciones cristianas para que secundasen la persecucion que él iniciaba.

Sabido es lo que entónces ocurrió en nuestra patria bajo el reinado del piadoso Sisebuto.

Acababa Suintila, general á la sazón, de derrotar por segunda vez á los griegos imperiales que aún dominaban en la costa meridional de la Península, y que aspiraban acaso á dominar en todo el reino, y estaba yá concertada la paz entre vencedores y vencidos, cuando el rey Sisebuto recibió un mensaje del emperador Heraclio aprobando plenamente las condiciones de aquella, siempre que el soberano godo decretase la expulsion de los judíos que habitaban en España.

No se comprende en verdad cómo un monarca de tan generosos sentimientos, que hacía cuidar esmeradamente á los heridos del ejército enemigo y rescataba á los cautivos para darles la libertad, hechos no vistos hasta entónces en las numerosas guerras que habian sostenido los godos, llegase á aceptar la extraña y cruel condicion que le imponia el emperador de Oriente; y no se comprende, ni aún teniendo en cuenta (como opina el historiador Lafuente, para sincerar al monarca visigodo) las ideas religiosas de Sisebuto.

Es más, si en el mismo Fuero Juzgo no constasen los edictos que promulgó este monarca contra los hijos de Israel que moraban en España, si en los escritos del ilustre prelado hispalense Isidoro, honra y prez de la Iglesia godohispana, no estuviese consignada explícitamente la desaprobacion de tales edictos y de la conducta de Sisebuto, habria motivos, dados los antecedentes, para poner en duda, aún para negar en absoluto la exactitud del aquel hecho.

Por desgracia no es así, y hay que aceptarle enteramente.

Apremiado segunda vez por el emperador Heraclio, y acaso mal aconsejado por los próceres palatinos que le rodeaban, el rey godo dictó contra los israelitas en el año 616 esta sentencia terrible: ó declararse católicos y recibir el bautismo en el término preciso de un año, ó sufrir las penas infamantes de la decalcacion y de los azotes, el embargo de los bienes y el extrañamiento del reino. .

Hé aquí varias leyes del código visigodo, copiadas literalmente de la traduccion del *Forum Judicum* ó Fuero de los Jueces que mandó hacer en el siglo XIII el rey D. Fernando III *el Santo*, para darla por fuero á la ciudad de Córdoba, la insigne capital de los califas, despues de la reconquista:

«...por la maldad de los judíos solamiente entendemos que el nuestro regno es ensuciado.., E por ende establescemos é mandamos en esta ley, validera por siempre, que las nuestras leyes que nos ficiemos, é las que hicieron los otros reyes... contra las personas de los judíos, que valan todavía, é sin todo corrompimiento seyan guardadas.» (*Lib. XII, tit. II, Ley III.*)

Ningun judío... non cuide, nin aya fuerza de tornar de cabo á la sua erranza, nin á la su descomulgada ley. Ninguno non tenga en su corazon, nin lo diga de la boca, ni lo amuestre del fecho la engañosa ley de los judíos, que es contrallosa á la de los cristianos.» (*Ley IV.*)

«...ninguno judío en ningun pleyto non pueda seer testimonio contra cristiano, magüer que seya siervo el cristiano; nin en ningun pleyto non pueda facer tormentar el cristiano, nin acusar.» (*Ley IX.*)

«Esta ley... establescemos, que todo judío que quebranta los establescimientos, é los defendimientos que son dichos en las leyes de suso, ó lo asmare de lo facer, manteniendo, segun cuemo ellos, le deven matar con sus manos, ó apedrear, ó le quemar en fuego.» (*Ley IX.*)

«...é los que nascen del ayuntamiento de los cristianos é de los judíos, mandamos que seyan cristianos; é si non quisieren tornar cristianos,

deben ser azotados paladinamente, é sennalados laydamiente (*decalvados*), é dados por siervos por siempre á algun cristiano.» (*Ley XIV.*)

«...todo judío que fuere de los que s'non babtizaron, ó de los que s'non quieren babtizar é non enviaren sus fijos é sus siervos á los sacerdotes que los babticen, ó los padres ó los fijos non quisieren el babtismo, é pasare un anno cumplido despues que *nos esta ley pusie-mos*, é fuera fallado fuera desta condicion é deste pacto estables, reciba C azotes, é esquílenle la cabeza é échenlo de la tierra por siempre, é sea su buena en poder del rey.» (*Tit. III, Ley III.*)

Y otras innumerables que puede leer el curioso en el código visigodo.

Dedúcese de las admirables páginas que nos ha legado el egregio San Isidoro, que más de cien mil israelitas, obligados por los edictos del rey, se resignaron á recibir el bautismo; y decimos que se resignaron, porque tal «bautismo, impuesto por la violencia (dice un historiador), léjos de hacerlos buenos y verdaderos cristianos, los convirtió en enemigos disimulados, pero rencorosos de la religion y del principio que así los trataba, y que habia de traer con el tiempo males bien deplorables á la nacion.»

Cerca de nueve siglos más tarde, el 30 de Marzo de 1492, los Reyes Católicos Doña Isabel I y Don Fernando V, firmaron en Granada otro edicto de expulsión contra los descendientes del pueblo de Israel, que expiaban duramente el gran crimen cometido por sus antecesores, y á aquella época, á la época de Sisebuto, pueden aplicarse perfectamente las palabras que dedica el historiador W. H. Prescott á esta segunda expulsión.

«El golpe terrible que recibían (dice) los judíos, cortaba de una vez todos sus vínculos más fuertes, porque tenían que partir como desterrados de la tierra donde nacieran; de la tierra donde había vivido ó muerto lo que más amaban en el mundo; de una tierra que era para ellos, no adoptiva, sino heredera; de una tierra que había sido la de sus antepasados por siglos enteros, y en cuya gloria y prosperidad estaban, por consiguiente, tan interesados como los mismos individuos de la primitiva población española; y debían ahora salir de ella desamparados é indefensos, con un baldón de infamia señalado sobre su frente, é ir á refugiarse á otras naciones para las cuales siempre fueron objeto del ódio más profundo y del más irri- tante desprecio.»

Y esto último era verdad en la época de

Sisebuto, porque á los fugitivos españoles que intentaron refugiarse en el reino de los francos, el rey Dagoberto, que habia cedido tambien á los deseos del supersticioso Heraclio, dióles cruelmente á escoger entre la abjuracion de sus creencias y la muerte.

Este fué el principio de la persecucion de los judíos en España: desde entónces hasta Egica, segun hemos indicado en otro lugar, pocos soberanos y pocos concilios dejaron de dictar nuevas disposiciones encaminadas al mismo objeto.

El memorable concilio nacional (IV de Toledo) convocado por el rey Sisenando á fines del año 633, si anuló en parte el edicto de Sisebuto, decretó que los hijos de los israelitas fuesen educados en la religion católica, y que todos los individuos que profesasen el judaismo eran inhábiles para ejercer algunos derechos civiles; el sexto concilio toledano, reunido en 638 bajo el reinado de Chintila, renovando la persecucion contra la raza desventurada, promulgó aquel famosó decreto relativo al juramento prévio de los reyes, ántes de ser reconocidos y coronados, de no tolerar en el reino la profesion de las doctrinas judáicas; el octavo concilio toledano, convocado por Recesvinto en el año 652, promulgó nuevos cánones y de-

cretos semejantes á los promulgados por la anterior asamblea religiosa; el duodécimo concilio toledano, que se reunió en 681 por convocatoria del rey Ervigio, confirmó las duras leyes que tambien este monarca habia dado contra los judíos; y el concilio décimo sétimo de Toledo, constituido en 694 bajo la presidencia del mismo rey Egica, tuvo por objeto único dictar nuevas medidas de persecucion, y quizás (aunque esto no aparece bien comprobado en las actas de la asamblea) castigar severamente á los que habian sido sorprendidos en secretas inteligencias con sus correligionarios de Africa, y acaso con los árabes.

En efecto, entre las varias leyes votadas por este sínodo XVII, hay dos que por su crueldad tienen el carácter de severas penas: una, declaraba esclavos á todos los que profesaban la religion de Moisés; otra, ampliando la que habia dictado el concilio cuarto, privaba de sus hijos á los padres, y los entregaba, al cumplir la edad de siete años, á los fieles y á los clérigos, para que fuesen educados en la religion cristiana.

Naturalmente, los judíos españoles, manteniéndose viva la persecucion contra ellos casi por espacio de un siglo, desde el año 616 hasta el 701, y al verse rechazados tambien en los

dominios de los reyes francos, pasaron el estrecho de Calpe, y se refugiaron en África, acudiendo allí en inmenso número despues de promulgados los duros cánones del concilio XVII, y cuando ya dominaban en la antigua Mauritania los conquistadores musulmanes.

¿Quién ha de extrañar, bien examinados estos antecedentes, que los desterrados israelitas, ya para volver á su patria, ya para vengarse horriblemente de sus perseguidores, instasen á los sarracenos á emprender la conquista de la Península, y pactasen con ellos alianzas secretas?

Prueba notable de habilidad política ofreció el acusado Witiza, si es cierto, como aseguran no pocos historiadores, que dió un decreto á favor de los judíos, abriendo á estos desdichados, que se habian convertido en temibles conspiradores, las puertas de la patria, y revocando ántes los cánones dictados en la época de su antecesor.

Mas entónces era tarde para desarmar á enemigos tan rencorosos.

Si es verdad, como se deduce de las actas del concilio XVII de Toledo, que los judíos desterrados de España estaban ya en inteligencias con los árabes para que estos invadiesen la Península y derrocasen el sólio de

los godos, al ver entronizado al disoluto Rodrigo, corrompida la corte, degradado el pueblo, dos partidos frente á frente en lamentables revueltas, el desconcierto, en fin, y la desmoralizacion en el reino, es seguro que los secuaces de la ley de Moisés no querrian faltar á su alianza con los sēctarios de la ley de Mahona, y no la rompieron.

Habia sonado la hora suprema del imperio de los godos.

Nació este imperio con Ataulfo y Walia; constituyóse poderoso y fuerte con Eurico sobre los escombros del romano; llegó á la cumbre de la grandeza en los dias de Leovigildo y Recaredo; brilló todavía con el esplendor de la gloria bajo el cetro del insigne Wamba, y cayo desplomado casi de repente, como herido de un rayo, en los aciagos tiempos de Rodrigo.

El, que habia derrotado á las cohortes romanas; él, que consiguió aniquilar á los alanos, arrojar á los vándalos al África, apoderarse de los dominios de los suevos y destrozar las legiones de los griegos imperiales; él, que supo amalgamarse, confundirse, por decirlo así, con el pueblo indígena, con el pueblo hispano, y que pudo refrenar la osadía de los indomables cántabros; él, en fin, cumplida su mision en el

mundo, iba á ser dominado, casi destruido por otro pueblo más vigoroso que venía empujado, desde los arenales de la Arabia, por el fanatismo y por la ambicion de gloria.

CAPÍTULO VII.

El conde Julian.—La leyenda de Florinda.—Diversas opiniones de los historiadores.—Tentativas de invasion.

L

Contaban los árabes, como queda dicho, para verificar la invasion de la Península y llevar á cabo la conquista del reino godo-hispano, con su propio valor, con su entusiasmo guerrero y con la esperanza (dice un historiador árabe, Al-Kathib) de que tuviese exacto cumplimiento la profecía de Mahoma, segun la cual los hijos de Allah, los buenos creyentes, habian de dominar en el universo mundo, «desde los lugares risueños en que el sol nace, hasta los remotos confines en que el luminar del dia oculta su luz tras las olas de los mares.»

Contaban tambien con la desmoralizacion de la corte y del pueblo godo, que habian sacrificado á la molicie la severa austeridad que regulaba las costumbres en otras épocas, y cuya

energía militar, debilitándose progresivamente en los treinta años escasos que mediaron desde la abdicacion de Wamba hasta la subida de Rodrigo al trono, se habia enervado por completo con los deleites de una vida estragada por el vicio.

Contaban además con el auxilio de los judíos emigrados, que tenian sed de venganza contra una monarquía que, desde los tiempos de Sisebuto, y casi sin interrupcion, dictara contra ellos severísimas leyes, y que no habian querido aceptar el perdon ofrecido por Witiza, político más hábil que sus dos predecesores, quizás porque llegó á comprender en toda su extension la gravedad de la tentativa de invasion que proyectaron, reinando Egica, musulmanes é israelitas reunidos; y comprendiéndola, procuró quitar á aquellos sus más sagaces auxiliares.

Y contaron, en fin, con la traicion.

¿Qué español ignora la vergonzosa historia del conde Julian, cuyo nombre ha pasado á la posteridad cubierto de ignominia, porque á él va unida, como dice muy bien Lafuente, el recuerdo doloroso de la pérdida de España?

Habia sido aquel magnate un conde palatino, de la corte de Witiza (y era algo pariente de este monarca, segun sospechan antiguos cronis-

tas), que ejerció luégo el cargo de gobernador de Ceuta (la romana *Essilisa*), una de las principales plazas de la Mauritania, y que supo conservarlo áun despues de la revolucion que elevó á Rodrigo al trono de los godos.

Ardía en el reino la tea de la discordia, y el partido humillado por aquella revolucion debió de acudir á solicitar el apoyo del conde Julian; abrasábanse los árabes en deseos de conquista, en deseo de llevar sus armas y la religion del Profeta á los hermosos verjeles de Hispania, y despues al mundo de Occidente, y buscaron tambien el auxilio, aunque tenian otros poderosos, de aquel magnate.

Tal vez sea verdad lo que consignan algunos historiadores; esto es, que el conde Julian, solicitado en primer lugar por los revoltosos partidarios de los hijos de Witiza, y acaso por el prelado Oppas, no vaciló en pedir él mismo á Muza-ben-Noseir, que residía en Tingi ó Tánger, que invadiese con sus soldados el reino de Rodrigo.

Porque este rey, que dió rienda suelta á sus pasiones más bajas desde el dia en que ciñó la corona de Witiza, habia ofendido al gobernador de Ceuta, y vilipendiado su honra y su nombre.

Vengóse del rey el conde Julian, y al vengarse, tal vez procurando solamente el destro-

namiento del impuro monarca, llamó sobre su propia patria la maldicion del cielo y tristes días de desolacion y muerte.

II.

Tampoco habrá un español que ignore la tradicional leyenda de Florinda.

Diz que el conde Julian tenía una hija así llamada, que

«Era como una ilusion
del primer amor, hermosa;
pura, como la oracion
de un querube, y virtuosa,
cual doncella de Sion...»

segun la ha cantado un poeta de nuestros dias.

Habitaba en el real palacio de Toledo, como que era dama de honor de la reina Ejilona, á quien el conde Julian se la habia confiado, al marchar por segunda vez á Ceuta para continuar desempeñando el cargo de gobernador de aquella plaza africana, porque la hermosa joven

«...tal honor merecia,
pues, pensándolo despacio,
joya de tan gran val^{or}
sólo una reina debia
guardar en su real palacio,»

Rodrigo, el disoluto monarca, prendado de la hermosura de Florinda, requería de amores á la doncella y ponía asechanzas á su virtud; y como la resistencia aviva el deseo, tomó á empeño el triunfo, y logrólo por mal arte.

Bañábase un día la dama, acompañada de otras jóvenes amigas, en las claras aguas del Tajo, y no lejos del alcázar, en ocasión en que el rey, asomado á una ventana de su palacio, pudo ver «más de lo que el recato y el pudor de Florinda hubieran, si ella imaginase que había quien la mirara, consentido;» y enardecido aún más desde aquella infausta hora, y persiguiendo sin cesar á la hermosa con tiernos requiebros, con súplicas enamoradas, con halagos de seducción y hasta con ruines amenazas, sin que la virtuosa entereza de Florinda se doblegase, determinó el audaz monarca lograr por la fuerza lo que no podía conseguir por medio del amor.

Valióse del engaño, y como «no era día que la requiriese una vez ó dos (como dice el autor de la *Crónica del rey Don Rodrigo*), y ella se defendía con buena razón... y á la cima el rey no pensaba tanto como en esto, un día en la siesta envió con un doncel por ella, y ella vino, y. » halló en los brazos del monarca la pérdida de su virtud y la deshonra de su nombre.

Y allí fué cuando, al decir del insigne Fray Luis de Leon,

„El rio sacó fuera
el pecho, y le habló de esta manera:
En mal punto te goces,
injusto forzador...”

La que hasta entónces habia sido designada con el poético nombre de Florinda, y fuera en verdad flor de pureza y espejo clarísimo de honestidad, llegó á ser despues objeto de ludibrio, y mereció más tarde el grosero dictado de *Cava*, palabra que en el idioma de los árabes equivale á mala mñjer, ó mujer de mala vida.

Hay que omitir aquí las cartas que insertan algunos cronistas árabes, y el autor de la *Crónica* citada, y el mismo P. Mariana, y otros historiadores que no hay necesidad de nombrar, como dirigidas por la cuitada hermosa á su padre, el conde Julian, dándole conocimiento de su deshonra y pidiendo venganza contra el injusto forzador: todas son diferentes, aunque suponen aquellos que la afligida Florinda escribió una sola, y que la suya respectiva es la auténtica.

El hecho es, para dar fin á la tradicional leyenda, que el gobernador de Ceuta, al conocer su propia deshonra en la deshonra de su hija

ardiendo en ira y en deseos de venganza, prestó solemnemente el juramento de lavar su afrenta.

Los hijos de Witiza y el prelado Oppas, los descontentos de España, los judíos emigrados y los agarenos amenazadores, todos, en fin, solicitaron el apoyo del ofendido conde Julian, unos para derribar el trono de Rodrigo, y otros con el verdadero propósito de llevar su estandarte, ornado ya con los laureles de cien victorias, á las regiones que aún no conocian del Occidente de Europa.

Hé aquí la leyenda, á breves líneas reducida, de Florinda ó la *Cava*; esa leyenda que, como dice bien un escritor contemporáneo, ha servido de argumento y materia abundante para innumerables dramas, novelas, romances y composiciones de varias clases á muchísimos poetas nacionales y extranjeros

III.

Pero ¿en que se funda esta leyenda, la cual parece como que señala la verdadera causa de la perdicion de España en el reinado del disoluto Rodrigo?

En la tradicion, en una tradicion popular, constante, no interrumpida ni modificada durante el trascurso de muchos siglos.

Todavía se enseña al curioso en la monumental Toledo, en la orilla derecha del Tajo, un viejo torreón casi desmoronado, que tiene desde tiempo inmemorial el significativo nombre de *Baño de la Cava*, aunque indudablemente es de época posterior al siglo VIII; y es que el pueblo toledano, guardando incólume la tradición de Florinda, ha querido defenderla y como probarla con aquel mudo testigo de edades y hechos que ya pasaron.

La crítica moderna, que sólo concede autoridad á documentos contemporáneos ó de veracidad incontestable, considera como fabulosa la tradición de la Cava, fundándose en que Isidoro de Beja, que escribió su crónica, como hemos dicho en capítulos anteriores, á mediados de la citada centuria, guarda absoluto silencio acerca del hecho.

Las crónicas del monje de Silos y del obispo de Tuy, que fueron escritas algunos siglos después, y las de dos escritores árabes algo anteriores á aquellas, son los primeros documentos escritos que hasta ahora han sido presentados para robustecer la tradición popular.

Pero es notable que los mismos historiadores que hacen caso omiso de la crónica del Pascense y se apoyan en la extranjera Moissiacense y otras posteriores, para manchar con fea

baldon la memoria de Witiza, sean tambien los que, al referirse á la tradicion de Florinda, concedan tan grande importancia al silencio de Isidoro de Beja, aunque este silencio suministre, en último resultado, un argumento puramente negativo.

No hay, y probablemente no habrá jamás, documentos coetáneos irrecusables que decidan la cuestion, ya en favor de los que admiten la leyenda de Florinda, ya en favor de los que la rechazan como apócrifa; pero es lo cierto que el pueblo español conserva esta vieja tradicion con verdadero cariño y cuidadoso celo, hasta en sus pintorescas narraciones de familia y en sus más tiernos cantos populares.

«No negarán (dice el historiador Lafuente) los más duros impugnadores de la tradicion, que si la historia no la hecho evidente, la razon por lo ménos la hace verosímil, y que léjos de repugnar al buen sentido, como otras muchas que se mezclan en la historia de todos los pueblos, el hecho no habria estado en contradiccion con la conducta y costumbres que la generalidad de los historiadores atribuye al rey Rodrigo.»

IV.

«¡Yo quisiera, oh único Allah, que este inmenso mar retrocediese (había dicho un caudi-

llo agareno, al pararse delante del Atlántico), y me dejara libre el camino para ganar las tierras de Occidente, y predicar allí la grandeza de tu nombre y las virtudes de tu Profeta!»

Decididos de esta suerte los árabes á seguir sus conquistas para que tuvieran cumplimiento las predicciones de Mahoma, pequeño obstáculo podia oponerles el estrecho de Calpe.

Eran un pueblo sincero y fuerte, animado por el fanatismo religioso, halagado por la victoria y por la esperanza de mayores triunfos, y tenían por auxiliares, en el momento decisivo, segun hemos dicho, otro pueblo dividido en facciones que se odiaban, una corte corrompida y degradada, y muchos magnates indignos que no vacilaban, á trueque de vengar personales injurias, en hacer traicion á su patria.

La primera tentativa de invasion que organizó el prudente Muza-ben-Noseir, contando ya con la aprobacion del califa de Damasco, fijanla muchos historiadores hácia Julio del 710, ó sea año y medio escasamente despues de la elevacion de Rodrigo al trono de los godos.

Otros historiadores, no obstante, niegan esta primera y pequeña expedicion exploratoria, fundándose en el silencio de los cronistas más cercanos á la época de los acontecimientos.

La segunda tentativa, ó sea la que admiten

sin distincion unos y otros, se llevó á cabo en Abril del año siguiente.

Organizóse en Tingi una flota numerosa, con unos quince mil hombres de desembarco, la mayor parte berberiscos; es decir, naturales de la region septentrional del Africa, pero convertidos á la religion mahometana y tan fanáticos como las legiones que procedian del Yemen, y púsose al frente de ella el caudillo africano Tarik ó Tarek (aunque hay quien supone que estos dos nombres pertenecian á dos diferentes caudillos), el valeroso hijo de Zeyad, uno de los antiguos creyentes.

Muza, el prudente gobernador de la Mauritania, permaneció en Tánger, como en expectativa de los sucesos; pero la flota levó anclas, y tomó rumbo directo hácia la costa meridional de la Península ibérica, fondeando en breve no léjos de Algeciras, llamada así desde entónces, porque los invasores la designaron con el nombre de *Alghesirah Alhadra*, que en su idioma vale tanto como *Isla Verde*.

Todavía la tradicion se muestra aquí severa con el traidor conde Julian, aunque ningun historiador coetáneo, ni siquiera próximo á la época, da noticia del hecho que aquella le atribuye: andaban desorientados los invasores (dícese) despues de su desembarque en aquel

to, por haber circulado entre ellos el rumor de que se aproximaba á marchas forzadas un ejército godo-hispano, y aquel magnate, que acompañaba á los enemigos de su patria, mostróles el camino para dirigirse á Calpe, jén cuya cima no ondea hoy la bandera española!

En Calpe, en tierra ibérica, pudo abrir trincheras el caudillo Tarik, y libre ya de las consecuencias deplorables de una sorpresa, y dirigiendo sus miradas á la fértil y pintoresca tierra que se dilataba hasta el último confín del horizonte, debió de exclamar cual si respondiese al vehemente deseo del famoso Okbah, el primer vencedor de los indómitos berberiscos:

«¡Oh único Allah! Ya se han retirado las olas del mar delante de mi caballo, y hallé paso libre para esta hermosa tierra de Occidentel..»

¡Yo juro no salir de ella hasta que el estandarte de los sucesores del Profeta se alce sobre el trono de los godos, y predicaré tu nombre, tu omnipotencia y tu soberana justicial!»

Aquellas trincheras que mandó abrir el caudillo mahometano en la falda de *Gebal-Tarik* ó *Monte de Tarik*, fueron en verdad como la primera etapa de un largo y penoso camino, como el prólogo de un heroico poema, cuyos cantos son glorias y desastres que duraron siete siglos, hasta la caída de la oriental Granada.

CAPÍTULO VIII.

Oscuridad.—Irrupcion de los árabes.—Teodomiro.—El rey Rodrigo.—Preparativos de combate.—El desastre de Guadalete.—Fin del reino godo-hispano.

I.

Con razon se ha dicho que no es posible adelantar en el estudio de ninguna ciencia si no son conocidas las fuentes de la misma, las bases sobre que descansa, los principios que le sirven como de punto de partida.

Y por lo que hace á la Historia, que es la maestra de la vida, segun Ciceron, preciso es considerarla como ciencia que trata de los hechos realizados por el hombre, en el tiempo y en el espacio, para llevar á cabo un destino providencial, y no como sencillo arte que se limita á exponer los mismos hechos por orden cronológico, sin vínculo que los enlace con el fin último de la humanidad.

El verdadero punto de vista de la Historia ha sido determinado exactamente por el ilustre César Cantú en estas breves líneas:

«La Historia... acrece su importancia cuando considera los sucesos como una palabra sucesiva

que más ó ménos claramente manifiesta los mandatos de la Providencia; cuando los enlaza con una ley eterna de justicia y de caridad, no con la idea de un utilitarismo parcial y mezquino; cuando no se contenta con descubrir las llagas sociales, y contemplarlas tristemente, y envenenarlas acaso con fin siniestro, sino que procura por todos los medios posibles que los grandes dolores sufridos por la humanidad y la leccion provechosa de las grandes desventuras redunden en beneficio de las generaciones venideras, alargando así nuestra existencia á todos los siglos de la posteridad más lejana, y presentando nuestra patria á todas las naciones del mundo culto.»

Pero ¿cuáles son las fuentes, las bases, los principios fijos de esta ciencia, los testimonios que demuestran y comprueban los hechos?

Claro es que debemos fijarlos en la relacion de las personas que los presenciaron, ó que tuvieron conocimiento exacto de ellos, y en los monumentos coetáneos que los atestigüen.

Mas, por desgracia, ¿dónde se hallan unos y otros, esas dos fuentes de la ciencia histórica, cuando se trata de determinar con exactitud los dos principales acontecimientos á que se refiere este modesto libro, el desastre del Guadalete y el triunfo magnífico de Covadonga, ó sea el fin

del reino godo-hispano y el principio de la restauracion y reconquista de la patria?

Desde la época de Witiza comienza un período de oscuridad densísima, en el cual precisamente están comprendidos aquellos dos sucesos; casi la tradicion popular, aunque desfigurada con multitud de fabulosos detalles, sirve de guía al historiador á través de la opaca niebla que le envuelve; y si no se conociesen hoy varias crónicas árabes que eran desconocidas aún á mediados del siglo último, habria que dudar hasta de la sucesion cronológica de los primeros reyes de Asturias.

¡Causa, en verdad, asombro que el cronista Isidoro de Beja, único escritor coetáneo, pase en silencio sucesos de tanta importancia como la victoria de Covadongal

II.

Era hácia el mes de Abril del año 711, cuando los soldados de Tarik, fortificados ya en el quebrado monte de Caspe, anunciaron desde luego con sus hechos que se proponian llevar á cabo la invasion de la Península ibérica.

Allí cerca, en la parte baja de la antigua Bética, habia, sin embargo, un valeroso caudillo godo que intentó resueltamente oponerse

á la invasion, y pelear con valor por la santa causa de la patria: llamábase Teodomiro, y los árabes le designaron con el nombre de *Tadmir ben-Gothos* ó *Hijo de los Godos*, y era el jefe superior de la Bética.

Reunió un pequeño ejército, recorrió los campos cercanos á la costa, desafió con intrepidez á los invasores y presentóles desigual combate: el caudillo agareno, sin abandonar sus posiciones de Gebal-Tarik, envió contra los valientes jinetes de Teodomiro á sus mejores soldados africanos y berberiscos, que no tardaron mucho en desbaratar la línea de batalla del jefe godo, cuyas escasas tropas, huyendo á la desbandada inmediatamente, fueron acuchilladas por los árabes, y perseguidas hasta las mismas márgenes del Guadalquivir.

Convienen casi todos los historiadores en este hecho, aunque algunos le niegan, y nadie señala con pruebas fehacientes el lugar del combate; lo probable es, sin embargo, que se verificase en alguna llanura inmediata á *Algezrah* *Alhaára* (Algeciras), si se tiene en cuenta que el caudillo godo, acaso avisado ya de los propósitos de los musulmanes, vigilaba constantemente cerca del litoral.

Este fué el primer triunfo de los árabes en tierra española despues del desembarque.

Corrió la noticia por todos los ámbitos de la Península con la velocidad del rayo, con la velocidad de las malas nuevas, y gritos de dolor y de angustia resonaron al punto en la córte de Toledo, y se repitieron en todos los pueblos ibéricos.

Entónces fué cuando el derrotado Teodomiro, que llegó á la hermosa Hispalis para llamar á las armas á los descuidados godos, él, que acaso era el único magnate que se hallaba libre de la corrupcion miserable de tan infausta época, dirigió al monarca aquel célebre mensaje que despertó los sentimientos nobles de Rodrigo, que hizo pensar á este descuidado rey en la urgente necesidad de correr á la defensa de su trono y de la patria, que le decidió á abandonar sus placeres y su indolencia por la espada de combate y el corcel de batalla.

Todos los historiadores han copiado aquella famosa carta, y no hace mucho la hemos visto parafraseada gallardamente en hermosos tercetos, por un distinguido vate sevillano, el señor Velarde.

«¡Socorrednos, señor!—decia Teodomiro, en estas ó parecidas frases al rey Rodrigo.—¡Socorrednos pronto, señor, porque la patria querida está en peligro!

«¿Habeis oido hablar de los árabes, de los hijos del desierto? Ellos han venido de la parte

de Africa, y buscan las hermosas playas y las frescas arboledas de la Iberia; ellos quieren olvidarse del viento abrasador de la Arabia, que marchita y devora las plantas, y aman las suaves y perfumadas brisas de nuestra patria; ellos no se parecen en sus rostros ni en sus trajes á los hombres de nuestras razas, y yo dudo, señor, al verlos tan fieros, tan arrogantes, tan osados, si vienen de la tierra, ó si les trae como empujados la mano invisible del destino.

» ¡Triste de mí, que me lancé contra estos invasores con unos cientos de jinetes! Sus corceles galopan como aristas que lleva el viento, y arrolláronme, y me persiguieron atrevidos casi hasta los mismos muros de Hispalis; su impetuosidad rompió las filas de mis soldados, su inmenso número nos envolvió por completo, su corva cimitarra llegó á cercenar muchas cabezas de los leales defensores de la patria.

» ¡Ruégoo, señor, que ampareis en estetrance á esta patria querida! Llamad en su ayuda al poderoso y al siervo, al magnate y al labrador del campo; reunid un ejército fuerte; ceñid la corona de oro de Leovigildo; empuñad la victoriosa espada de Wamba; montad el corcel de batalla y subid en el carro de marfil de la victoria...

» ¡Venid pronto, señor, porque el peligro es grandel,

Así dijo también el preclaro Fray Luis de Leon:

«Acude, acorre, vuela,
traspasa el alta sierra, ocupa el llano,
no perdones la espuela,
no des paz á la mano,
menea fulminando el hierro insano...»

Rodrigo, el desdichado monarca que sólo había vivido hasta entonces en la embriaguez de los deleites, asustado ante la gravedad del mal, y acaso derramando lágrimas de arrepentimiento, sintió que brotaban en su alma el amor á la patria, el amor á la justicia, el amor á la dignidad de rey y de hombre, al resonar en su corazón el eco de la dolorida voz de Teodomiro.

Hay quien afirma que se hallaba en tal ocasión el combatido rey godo al frente de un ejército respetable, ocupado en castigar la soberbia de los revoltosos cántabros, que se habían sublevado de nuevo, por no perder la costumbre, como en los reinados anteriores.

Hay quien dice también que el mensaje de Teodomiro no le sorprendió gran cosa, porque los astrólogos le habían pronosticado, como al emperador Heraclio, que su reino sería destruido por un pueblo de Oriente, nómada y extraño, pero de fuerza incontrastable y poderosa.

Él, sin embargo, reunió inmediatamente su consejo de prelados y condes palatinos, y le expuso la necesidad de llamar al pueblo á las armas; él mismo, al frente de sus mejores soldados, acudió al punto á donde le llamaba su propio honor, y el honor y la salvacion de la patria.

Más de cien mil combatientes marcharon denodados al combate, mandados (como dice un historiador) por el monarca en persona; pero gente lá mayor parte allegadiza y mal armada.»

¡A una sola batalla, á un sólo éxito decisivo iba á fiar el rey Rodrigo la suerte de su trono y la suerte de la desdichada España!

III.

Los árabes habian adivinado, con la derrota de Teodomiro, quién tenía á sus órdenes las tropas mejores, aunque escasas en número, del reino godo, que se les presentaba de improvise la ocasion oportuna de llevar sus victorias á las tierras de Occidente.

Tarik ofreció entonces una magnífica prueba de su valor indomable, y sus soldados ofrecieron otra no ménos señalada de la ciega confianza que les inspiraba aquel animoso caudillo.

Al saber éste los preparativos de Rodrigo, pidió más tropas al gobernador sarraceno de la Mauritania, el prudente Muza-ben-Noseir, mientras enviaba las suyas á los campos de la Bética para que difundiesen por todas partes la alarma y procurasen mantener en el ánimo de los habitantes el verdadero terror que les dominaba desde la derrota de Teodomiro.

Eligieron para teatro de sus correrías los fértiles llanos que se extienden desde las cercanías de Algeciras hasta las riberas del rio Anas, llamado por los cronistas árabes *Al-Guad-Anas* aunque no abandonaron sus atrincheramientos del monte Caspe; y cuando el gobernador africano envió al caudillo los refuerzos que le había pedido, unos cinco mil jinetes berberiscos y algunos cientos de israelitas españoles emigrados, que se unieron á sus correligionarios de Africa y á los sectarios de Mahoma, Tarik, que sólo anhelaba el triunfo, y sin el triunfo creía bien poca cosa la muerte, mandó entregar á las llamas los pequeños barcos que habían trasportado á sus gentes desde la playa de Tingi, y que estaban anclados en la bahía de Algezirah.

Los fanáticos musulmanes debieron de aplaudir con entusiasmo aquel acto de temeridad, inspirado sin duda en el más ciego fatalismo.

El fuego que devoraba las naves sarracenas

tenía para ellos la terrible significacion de una sentencia de vida ó muerte, de victoria inmensa ó de desastre espantoso.

Era aquello lo mismo que decir á los invasores:

«Hemos puesto la planta en tierra de Occidente despues de haber llegado á las fértiles llanuras de Tadmár y á los abrasados arenales de Al-Magreb: ó conquistamos el hermoso país que tenemos delante, para poseer el dominio del Occidente como el de Oriente, ó perecemos en la demanda cual fieles soldados de Allah, y entonces (palabras del Koran) «ganaremos el paraíso, y habitaremos los anchos y espléndidos verjeles donde se halla el trono del Altísimo, y gozaremos de una eternidad de delicias, y seremos amigos de los ángeles, y conversaremos con el profeta Mahoma.»

Acordábase Tarik de la alocucion que dirigió Abubekr á los sencillos pastores de la Arabia, cuando éste levantó en Medina el pendón de guerra y conquista contra todos los pueblos que no profesaban las máximas del Koran; y así logró encender tambien en el pecho de los combatientes el fuego del entusiasmo y vivos deseos de apoderarse de la Península, la cual era, al decir de los historiadores árabes, «tierra maravillosa y fértil como Siria, templada y de

suaves auras como el Yemen, abundante en flores y aromas como la India, parecida al Hegiaz en sus frutos, y el Catay en la producción de metales preciosos.»

Aquel temerario acto de quemar las naves fué el primer paso hácia la gran victoria que los soldados de Tarik ganaron en las márgenes del Guadalete; los musulmanes invasores, aunque muchos ménos que el ejército acaudillado por el rey Rodrigo, tuvieron desde entónces la gran fuerza que presta una resolución desesperada, cuando tiene por origen el entusiasmo religioso, el verdadero fanatismo.

IV.

Eran los postreros días de Julio del año 711, y los ejércitos enemigos se hallaron frente á frente en el extenso campo donde hoy existe la ciudad de Jerez de la Frontera, á orillas del río Guadalete.

A juzgar por lo que afirma el distinguido ingeniero francés M. E. de Balignac, en un reciente folleto intitulado *Puerto de Algeciras*, las dos huestes debieron de hallarse, desde el segundo día del combate, en el campo que después se denominó *La matanza*, entre la mar-

gen izquierda del Guadalete y la laguna de Medina.

«En absoluto está equivocado D. Pascual Madoz (dice M. de Balignac), cuando escribe que fué en Montellano donde se libró la batalla, y no tienen más razon los que dicen que fué sobre las márgenes de los arroyos Fontetar (*Fuente de Tarik*) y Musas (*Arroyo de Musaben-Noseir*). El lugar exacto fué en el punto de confluencia del rio Guadalete con el rio Majajete, al Sud de Arcos.»

Es preciso despues de esto fijar con exactitud la fecha de la batalla, por lo mismo que ha habido durante largos siglos el mayor desacuerdo en este punto entre los historiadores cristianos y los árabes, y aún entre aquellos solos; algunos la habian señalado en el año 714, y daban por consiguiente cinco años de duracion al reinado de Rodrigo; otros la marcaban en 718, y no ha faltado quien, suponiendo que el rey Witiza fué destrozado y murió en 701, lo cual es confundir lastimosamente fechas y sucesos bien comprobados, ha creido que la catástrofe de Guadalete ocurrió en 709.

Sin embargo, hay que aceptar como exacta esta sencilla observacion del historiador. La fuente: «En cuanto al año de la invasion y tiempo en que se dió la batalla (711), creemos

que se marcha ya de acuerdo desde que se ha fijado bien la correspondencia y relacion de los años de la hegira con los de la era cristiana.»

Efectivamente, basta observar que el año 92 de la hegira mahometana (la cual principia el 16 de Julio del año 622 de J. C.) corresponde exactamente á la era 711; y así como los cronistas árabes más autorizados están conformes en afirmar que la batalla de Guadalete se dió en aquel año de la hegira, los historiadores cristianos más dignos de crédito consignan de común acuerdo que el desgraciado acontecimiento se verificó en el año 711 de J. C.

«¿Por qué ha de permitir Dios (exclama el historiador citado) que el acero haya de decidir cuál de las dos naciones ha de triunfar en España?»

Y no obstante, la situacion de uno y otro ejército era bien diferente; los godos debieron de parecer desde el primer instante como vencidos, mientras que los árabes, penetrados de la necesidad fatal de triunfar ó morir, debian tener toda la osadía de los agresores y todo el valor de la desesperacion.

La situacion de los dos ejércitos la determina el expresado ingeniero francés M. de Balignac, de esta manera:

«Tarik... cruzando la sierra de Jimena por el

punto hoy llamado Puerto de Galis, y bajando por Tempul, vino á colocar su ejército sobre el cabo ó promontorio que existe en la confluencia de los rios Guadalete y Majaicete...

«Rodrigo colocó su ejército sobre la margen opuesta del Guadalete, en una llanura, y.... en el primer dia de la batalla quiso atravesar el rio con el propósito de desalojar á Tarik de sus posiciones, y esto causó su derrota.»

Siguiendo en esto la pintoresca reseña de la *Crónica general de España*, no hay inconveniente en describir el aspecto que ofrecían los dos cuerpos ántes de la decisiva batalla: vestían los cristianos lorigas y armaduras, y «una buena cantidad dellos» estaban armados de lanzas y espadas, aunque las grandes masas del ejército sólo tenían hondas y mazas, y no pocos habian confiado su defensa á los utensilios agrícolas que poseian en sus casas al verificarse la leva general; vestían los musulmanes aquellos turbantes y aquellos alquiceles que tanta extrañeza causáran al valiente Teodomiro, y eran sus armas puntiagudas lanzas y aceradas cimitarras.

Rodrigo, el rey godo que habia despertado demasiado tarde de su letargo, al recibir el apremiante mensaje del bravo general de la Bética, hallábase al frente de su heterogéneo

ejército y le infundía valor y esperanza con enérgicas arengas: dice la tradición que el desventurado monarca, ya montado en soberbio corcel de batalla, ya de pie en su carro de combate, y llevando en la cabeza una corona de oro y en sus hombros larga clámide romana, pasó varias veces por delante de sus tropas, y procuró inspirarlas una confianza que tal vez él infeliz! no tenía.

Si la batalla duró tres días, como opinan muchos cronistas (aunque otros dicen que duró ocho), el primer día del combate debió ser el 29 de Julio, que coincide con el tercero de la luna de Xawal de la hegira 92.

Al despuntar el alba, la dos huestes enemigas se arremetieron con furor. «¡Temblaba la tierra (cuenta un historiador árabe) bajo los pies de los combatientes, y resonaba el aire con el estruendo belicoso, con los ecos de las guerreras trompas, con el espantoso alarido de ambos ejércitos,» y cuando las sombras de la noche se extendieron por el haz de la tierra, ni unos ni otros, aunque habían peleado con encarnizamiento, se consideraron como vencedores.

Nuevamente principió la batalla al rayar la aurora del siguiente día, y éste también, aunque «el honor del combate (prosigue el cronista

árabe citado) estuvo encendido desde el amanecer hasta la sombría noche, » llegó á su término sin que se decidiese el éxito de la reñida pelea.

Lució por fin el 31 de Julio, el 5 de la luna de Xawal y el tercero de la batalla; ¡día funesto para el reino de los godos y para la Península ibérica!

Los sarracenos casi habían perdido la esperanza del triunfo, su fé se debilitaba, su entusiasmo se convertía en tibieza, su valor estaba como indeciso.

Entónces fué cuando el valeroso Tarik adoptó una de esas resoluciones extremas que son el último recurso de los grandes capitanes, y que sirven con frecuencia para darles el triunfo.

Arengó á los musulimes vacilantes, y les dijo con ardientes frases, segun cuentan los cronistas árabes:

«¡Nadie retrocedal ¡Nadie huya del campo del combatel Vosotros, los que vencísteis en la Siria, en Egipto, en Al Magreb, ¿por qué habeis de temblar delante de los godos? Nuestras naves han sido devoradas por el fuego, y no podeis volver á las playas de Tingi. ¿Dónde, si huís, hallareis asilo? ¿Dónde hallareis quien os ampare? El mar está á vuestra espalda, y delante teneis al enemigo: no hay remedio sino

en vuestro valor y en la ayuda de Dios. ¡Guallah! Yo acometeré al rey godo, y le quitaré la vida, ó moriré á sus manos.»

Y dicen los mismos cronistas que el arrojado caudillo, clavando la espuela á su caballo, se metió por entre las apretadas filas de los cristianos buscando al rey Rodrigo, y gritando con voz de coraje: ¡Guallah! ¡Guallah!, que significa: ¡Por Dios! ¡Por Dios!

Reanimáronse entónces los abatidos musulmanes y acometieron tambien, siguiendo á su caudillo y con igual encono, al ejército enemigo.

Pero ocurrió á la vez un suceso extraordinario, una traicion infame: los hijos de Witiza y el metropolitano Oppas, que se hallaban en el ala izquierda del ejército godo al frente de sus parciales, de todos aquellos descontentos que deseaban derribar el trono de Rodrigo, abandonaron de súbito las filas de los cristianos, y se pasaron á las de los sectarios de Mahoma, convirtiéndose en enemigos de su patria.

El desaliento se apoderó en seguida de los soldados godos, y la victoria, que ya sonreía á éstos, se declaró por los árabes.

Desde aquel momento comenzó la derrota, porque éstos auxiliados por los traidores, arremetieron con más brio á los cristianos, «á manera de torbellino que empuja el huracan,» y

«ninguno de los infieles (añade otro historiador sarraceno) pudo resistir el ímpetu de los creyentes de Allah.»

Los árabes lo arrollaron todo, los cristianos fueron víctimas de espantosa carnicería, el campo de batalla quedó cubierto de cadáveres, y las aguas del rio corrieron teñidas con la sangre de los vencidos. «¡Le duró muchos dias al Guadalete (dice un cronista) el correr teñido en ellal!»

«¡Cuánto yelmo quebrado!

¡Cuánto cuerpo de nobles destrizado!»

Así exclama Fray Luis de Leon en su citada oda *La Profecía del Tajo*.

¿Cuál fué la suerte del último rey de los godos?

Peleó Rodrigo con valor sin igual, dando ejemplo de arrogante fiereza á sus súbditos y soldados; pero ó la lanza del intrépido Tarik le arrancó la vida al par de la corona, como afirman unos, y luégo fué enviada su cabeza al gobernador de Tingi en señal de la gran victoria que habian conseguido los sarracenos á orillas del Guadalete, ó pereció ahogado, como opinan otros, en las aguas de este rio, al querer atravesarle para ganar la márgen derecha, y reorganizar su derrotado ejército.

Sabido es, sin embargo, que algun historia-

mor supone haberse hallado cerca de Viseo, dos siglos despues, un viejo sepulcro que tenía esta inscripcion latina: *Hic requiescit Rudericus, ultimus rex Gothorum.*

¿Quién se atreverá á decidir, en presencia de tantas contradicciones, cuál de aquellos es más digno de ser?

V.

Caminando casi á oscuras á través de tan extraordinarios sucesos, porque faltan documentos coetáneos que merezcan entero crédito, el historiador tiene que buscar ayuda en esos medios morales que sirven para guiarle hasta el descubrimiento de la verdad, porque se apoyan en la verdadera tradicion, en la tradicion primitiva; tales son la universalidad y la perpetuidad.

Y apoyados en ellas, así como debe admitirse la leyenda de Florinda, despojándola primero de los novelescos episodios con que la han adornado los poetas en el largo trascurso de doce siglo escasos, hay que admitir la traicion del conde Julian, y la más repugnante de los hijos de Witiza y del metropolitano Oppas en la misma batalla de Guadalete.

Numerosos historiadores han consignado es-

los hechos desde tiempos antiguos, y el consentimiento unánime de las gentes los confirma.

La razon no los rechaza tampoco: ¿quién ha de extrañar, acordándose de las circunstancias que mediaron para que Rodrigo subiese al trono de Witiza, que los hijos y el hermano de este rey destronado, si consideraban como auxiliares suyos á los árabes, creyesen que habia llegado el momento oportuno para llevar á cabo sus planes de venganza?

Tal vez no adivinaron ellos mismos que en una sola batalla iba á perderse para siempre el trono de los godos; tal vez supondrian que era empresa fácil hallar la corona de su odiado rival en las aguas enrojecidas del Guadalete, levantarla de entre el cieno y la sangre, y ceñírsela á su frente; tal vez no comprendieron que la denodada hueste de Tarik, vencedora en el combate, vencía al par á los leales y á los traidores, y se hacía dueña y señora de la Península ibérica, como los mismos godos tres siglos ántes, desde Gades hasta Barcino, de Auriola á Iria-Flavia.

VI.

¿Cuándo se ha verificado una catástrofe más espantosa, una revolucion más terrible?

Un reino poderoso todavía, aunque debilita-

do por la desmoralización y la indolencia; un reino que había tenido capitanes tan animosos como Leovigildo y Wamba, y legisladores tan sabios como Eurico y Recaredo; un reino que legaba á la posteridad la brillantísima gloria de sus asambleas religiosas, y los nombres de varones tan esclarecidos por su virtud y su saber como los prelados toledanos Ildefonso y Eugenio, los hispalenses Leandro é Isidoro, los cesaraugustanos Braulio y Tajon, el consejero áulico de Chindasvinto, y otros muchos; un reino, en fin, que había sido el vencedor de los romanos, el vencedor de los hunos, el vencedor de los suevos, el vencedor de los griegos imperiales; este reino, esta gran nación, que apareció durante largos años cual la más poderosa de todas las que fundaron los pueblos del Norte sobre los escombros del imperio de Augústulo, se vió casi de súbito invadida y dominada por otro pueblo más fuerte, nuevo, atrevido, valiente y ambicioso.

¡En un sólo día se desplomó la grandiosa obra de tres siglos!

«¡Allí, de inaudito modo,
por azar del hado incierto,
fué aplastado el reino godo
entre la sangre y el lodo
por el corcel del desierto!»

Así exclama, despues de describir en gallardos versos la catástrofe de Guadalete, el poeta á quien hemos aludido en el capítulo precedente.

Y el rey Don Alfonso X, *el Sabio*, aplicando á la patria las frases lastimeras de una profecía de Jeremías, lloraba de este modo cinco siglos más tarde:

«España mezquina cató la su muerte; fué quitada, que solamente non fincó aquí ninguno que la llantée: llámenla dolorida, é mas muerta que viva.

«Suená la su voz como en el otro siglo, é sale la palabra así como de so la tierra; é diz non la gran cuita:

«*Los omes que pasades por la carrera, parades mientes, é ved sy hai cuita nin dolor que semeje non el mi dolor.*»

1850

1850

LIBRO SEGUNDO

COVADONGA

CAPÍTULO PRIMERO.

Irrupción de los árabes en España.—Muza y sus hijos.— Toma de Córdoba, Málaga y Tol do.— Resistencia heroica de Mérida.— Conquista de la Península.

I.

Hemos visto en el libro anterior cómo el imperio godo-hispano llegó á adquirir inmenso poderío y el más brillante esplendor de la gloria, y cómo luégo, de desdicha en desdicha, pasando por los reinados del meticoloso y débil Egica, del imprudente Witiza y del disoluto Rodrigo, ardiendo en intestinas discordias, y dividido en parcialidades ambiciosas, corroido por la desmoralizacion, minado por enemigos implacables y vendido por infames traidores, cayó de golpe en la espantosa catástrofe de Guadalete, al empuje del ejército mahometano,

como viejo edificio que se desploma repentinamente á los soplos de huracan sañudo

Reñida lucha mantuvieron los romanos durante dos siglos con el pueblo ibérico, ántes de que nuestra patria fuese declarada provincia tributaria del imperio, y sufrieron ademas los *tres terrores*: el terror de Viriato, el vencido de Vetilio y de Fabio Máximo; el terror de Numancia, la heroica ciudad que humilló á Quinto Rufo, á Marco Popilio Lœnas, á Cayo Mancino á Publio Fulvio Filon y al mismo Escipion *el Africano*; el terror de Sertorio, en fin, quien peleó valerosamente contra Metelo y Pompeyo, y que habria renovado las hazañas de aquel héroe lusitano si no hubiera sido víctima, como él, del puñal de un asesino.

Reñida lucha tambien, y ademas habilísima política, sostuvieron los godos por espacio de dos siglos, desde que Ataulfo y Walia, arrojando á la vez á las huestes romanas y á los pueblos del Norte que habian invadido el territorio, empezaron á constituir un reino independiente, hasta que Leovigildo encerró en un monasterio al intruso rey de los suevos, Andeca, y el afortunado Suintila arrojó para siempre á los griegos imperiales y completó la unidad nacional en el año 624.

Pero los árabes se pasearon triunfantes por

todas las provincias del reino godo-hispano en ménos de dos años, y las redujeron á la obediencia.

Muza-ben-Noseir, el gobernador de la Mauritania Tingitana á nombre de Al Walid, califa de Damasco (el sexto de la dinastía de los Omniadas), apénas tuvo noticia del inaudito triunfo que habia conseguido su enviado Tarik en los campos que riega el Cuadalete, reunió el mayor número de tropas que pudo, unos veinte mil combatientes, más de la mitad de caballería, y se dispuso en breve para venir á la Península, aconsejado por la ambicion y por la envidia.

Y en efecto, en el primer tercio de la hegira 93, año 712 de J. C., atravesando el estrecho y desembarcando en las mismas playas que habian servido de puerto de entrada al animoso Tarik, en Alghecirah Alhadra, hizo público su propósito de continuar él mismo la conquista del reino godo tan felizmente por aquel empezada.

Tres hijos tenía Muza-ben-Noseir, el gobernador africano: Abdelazis ó Abdelasis (*Badagis* le llama el autor de la *Crónica general*), que en pocos años llegó á ser uno de los más intrépidos capitanes agarenos, y que fué villanamente asesinado en Sevilla, en la hegira 97, por sus mismos correligionarios, y sin duda por

orden del califa de Damasco; y Abdallah é Abdelola y Mertuan-ben Muza, que siguieron también á su padre en la campaña ibérica, y que luégo desempeñaron altos cargos en la misma España y en la Mauritania Tingitana.

Sin embargo, los propósitos del ya anciano Muza no se realizaron por completo, porque el vencedor Tarik, siguiendo el consejo que le dieron los capitanes que con él habían triunfado en Cuadalete, prosiguió sin detenerse en la comenzada empresa; y al efecto, dividiendo su pequeño ejército en tres cuerpos, confió el mando de uno de ellos al célebre Mugez, según unos, Magez, según la *Crónica general*, y Mugeiz, según los autores árabes, cristiano renegado á quien los árabes llamaban *el Rumi*, esto es, *el Romano*; puso el segundo á las órdenes del caudillo Zaide-ben Kesadi, que se había distinguido por su valor en Guada'ete, y ántes por su serenidad en Alghezirah, y se encargó él mismo del tercero para dirigirle contra la capital del antiguo reino.

Los otros dos jefes, el Rummy y Zaide, se encaminaron hácia Málaga y Córdoba.

II.

Era tan grande el estupor de las gentes, que pocas ciudades, áun de las más principales del

reino, ofrecieron séria resistencia á los progresos de la invasion; mas aquellas cuyos habitantes empuñaron las armas para defenderse, aquellas que no querian ver la media luna de los pendones mahometanos sobre la cruz de Jesucristo en las cúpulas de los templos, y aquellas que todavía conservaban, á pesar del estrago que habia causado la desmoralizacion, algun resto de la energía militar de los godos y algun recuerdo de la fiera resistencia de los iberos á la dominacion romana, dieron tan insignes ejemplos de valor y entereza, que causaron la admiracion de los mismos invasores.

Es de advertir, para que quede bien probado el hecho de que los judíos, los rencorosos enemigos de los godos, eran los mejores auxiliares de los árabes, que estos les entregaban confiadamente la custodia de las mejores plazas que caian en su poder: así, el caudillo Zaide ben-Kesádi, habiéndose apoderado de casi toda la comarca que se extiende desde Ecija hasta Málaga, hizo distribuir armas y caballos á los isrealistas que le seguian y á los que moraban en los pueblos de aquella, y les encomendó la defensa del territorio conquistado.

Córdoba, la patria de Trajano, la que todavía en el reinado de Leovigildo tuvo alientos para sublevarse contra la dominacion de los go-

dos, renovó entónces el ejemplo de la heroica Numancia.

Apénas quinientos hombres la defendian, y estaban decididos á morir ántes que á rendirse; y así, cuando las avanzadas del cuerpo de ejército que obedecia á Magueiz *el Rummy* se presentaron delante de los muros de la plaza, y ofrecieron condiciones de capitulacion «no muy duras» (dicen las crónicas), el gobernador, cuyo nombre ha olvidado la historia, interpretando la opinion unánime de los defensores y de los habitantes, rechazólas con altivez y energía.

Pero en Córdoba hubo tambien un traidor, y cuando por él supo el caudillo mahometano cuál era el punto vulnerable de la ciudad, «dispuso en una noche tempestuosa y de lluvias (dice Lafuente, siguiendo al Tudense) pasar el rio á la cabeza de mil jinetes que llevaban á la grupa otros tantos peones... y las ramas de una enorme higuera, que al pié de la muralla crecía, sirvieron á un árabe para escalarla, y el turbante desplegado de Magueiz sirvió á otros para subir á lo alto del muro.»

Coronaron los adarvés más próximos los audaces agarenos, pasaron á cuchillo á los descuidados centinelas, y abrieron las puertas de la ciudad; entónces penetró de improviso, dando espantosos alaridos, toda la hueste que espera-

ba en las afueras, y la insigne Córdoba quedó en poder del invasor.

Pero ¿qué había sido de sus entusiastas defensores?

Ocurrió pocos días después un suceso espantoso, y al referirle, se deplora más todavía el silencio que guarda el Pacense, único historiador coetáneo, acerca del nombre del denodado jefe de aquellos.

Encerráronse apenas unos cuatrocientos hombres con este valeroso jefe en cierta iglesia que estaba consagrada á la Reina de los Angeles; defendiéronse heroicamente durante once días: rechazaron de nuevo las proposiciones de capitulación que les ofreció otra vez con empeño el caudillo agareno;—y éste, desesperado ante aquella inaudita resistencia, y no pudiendo tomar al asalto el edificio, mandó que fuese incendiado.

Allí perecieron todos los defensores del templo; ellos, como los saguntinos ante las huestes cartaginesas, como los hijos de Numancia ante las legiones de Escipion *el Africano*, quisieron mejor perecer en las llamas que entregarse á los enemigos de su patria.

Aún existe en Córdoba la *Iglesia de la Hozuera*, en la cual, según la tradición, ocurrió aquella catástrofe.

No explica del mismo modo este horrible suceso la *Crónica general de España*.

Conviene en el hecho del traidor, diciendo que «algunos de la hueste (de Mugeiz ó Maged) prendieron á un pastor de ganados, e preguntáronle por nuevas de como estaba la villa, e dixoles que todos los mayores de Córdoba era todos ydos para Toledo, e que fincara y el señor de la cibdad con cuatrocientos caballeros, e que la villa era cercada de buen muro e fuerte, sino que cerca de la puente de la otra parte del rio era y un poco derribado, e avie y un portillo...»

Continúa refiriendo el suceso de la fatal sorpresa y el excelente éxito que tuvo para Mugeiz y los suyos, y añade:

«Maged... lidió con los de la ygresia fasta que los venció e los prendió, e de sy cortóles las cabezas; e de allí fue dicha aquella ygresia la ygresia de los captivos... e al señor de la villa, que tomaran, llevaronlo e presentaronlo al Miramomdin Wid su señor.»

Mugeiz encomendó tambien la custodia de Córdoba á los isrealitas.

No se defendió de igual manera, ni mucho ménos, la córtè de los reyes godos, la ciudad de los concilios, la famosa Toledo, llamada por los árabes *Toleitola* ó *Tolaitola*.

Allí, despues de la rota de Guadalete, se habian refugiado numerosos soldados que tomaron parte en la desgraciada batalla, y que en su dispersion no se detuvieron hasta hallarse dentro de la capital del reino, y muchas familias y habitantes de las ciudades de la Bética, como hemos visto que consigna la *Crónica general* con referencia á Córdoba.

Mas al presentarse el ejército de Tarik, que se habia unido con el de Zaide-ben-Kesadi, realizada ya la rendición de las principales ciudades de la comarca malagueña, los toledanos, poseidos de verdadero estupor, ni siquiera intentaron defenderse: al contrario, recibieron humildemente las condiciones que impuso vencedor, y franqueáronle las puertas de la ciudad de Wamba.

Todos los historiadores antiguos y modernos afirman este hecho, y a'guno de aquellos, como el obispo Lucas de Tuy, acaso avergonzado de que la capital de España, que por su noble historia y su fuerte posición estaba más obligada á la defensa, pidiese capitulación inmediatamente y sin combate, intenta disculparla de extraña manera, describiendo una sorpresa de todo punto inverosímil.

Dice que las huestes mahometanas se presentaron inopinadamente delante de la capital

sin que ningun fugitivo de la comarca invadida llevase la fatal noticia; que celebrándose á la sazón la festividad de Santa Leocadia, hallábanse casi todos los vecinos cristianos en el templo dedicado á aquella insigne Patrona de la ciudad, en el cual se habian celebrado los más famosos concilios nacionales, y en sus alrededores, para dirigir preces al cielo por la salvacion de la patria; que los judíos, únicos que conocian los proyectos de Tarik y la situacion próxima de las fuerzas mahometanas, creyendo oportuna la ocasion de favorecer á los invasores, cerraron las puertas de la banda occidental de la ciudad para impedir la entrada de los cristianos que estaban en la vega, y abrieron las de la parte oriental á los sarracenos.

No sin cierta ironía expone esta relacion del Tudense el autor de la *Crónica general de España* que mandó escribir el rey sabio.

Tarik entró en la capital de España; alojóse en el alcázar de los reyes godos y se apoderó de muchos tesoros que habia en él guardados, entre ellos, veinte y cinco coronas de oro guarnecidas de jacintos y otras piedras preciosas y raras, porque veinte y cinco eran los reyes godos que habia habido en España, y era costumbre que cada uno á su muerte dejara depositada

ana corona en que escribía su nombre, su edad y los años que había reinado.»

No puede dudarse de este curioso hallazgo, por más que el historiador Lafuente, si bien acepta, aunque de mal grado, el hecho de las coronas, supone que «no es verosímil que estas fuesen veinte y cinco, porque desde Leovigildo, primer rey godo de quien se sabe que usara corona, hasta Rodrigo, apénas pueden contarse diez y siete reyes.»

Y decimos que no puede dudarse (por más que sea muy respetable la opinion del Sr. Lafuente), porque así lo consignan precisamente dos historiadores contemporáneos; cristiano y español el uno, Isidoro de Beja, y árabe el otro, á quien se refiere el erudito D. José Antonio Conde en su *Historia de la dominacion de los árabes en España*.

¡Ojalá tuvieran igual fundamento otros hechos de más importancia para la historia patria, que se olvidaron de apuntar en sus breves anales los cronistas antiguos, incluso el mismo Pacense!

Por otra parte, tampoco fueron apénas diez y siete los reyes godos desde Leovigildo á Rodrigo, como dice el Sr. Lafuente, sino veinte, contando entre ellos á Hermenegildo, que se tituló rey y á quien su irritado padre Leovi-

gildo, al sorprenderle en Córdoba, *hizo despojar de las insignias reales que llevaba puestas*, según el testimonio del Viclareense, autor contemporáneo, y á Recimero, de cuya breve existencia (entre Suintila y Sisenando) no es posible dudar en nuestros días.

Además, ¿no existen monedas acuñadas en Tarragona y en Narbona, que pertenecen (á juzgar por sus caractéres y detalles) á la revuelta época de Wamba, que son perfectamente auténticas, y en cuyo exergo se lee sin dificultad esta inscripcion: *Achila rex?* ¿No menciona la misma *Crónica general de España* á un rey *Acosta* ó *Aconsta*, fuese legítimo ó usurpador, entre Witiza y Rodrigo, y «cosa es esta (dice el honrado Ambrosio Morales en su *Crónica*) que tiene fundamento, y tuviéralo muy grande si fueran de este rey, según algunos piensan, las monedas de cobre que se tienen por suyas?»

III

Mientras el activo Tarik y el valeroso Mugeiz el *Rumi* conquistaban las grandes comarcas de Málaga, Córdoba y Toledo, el gobernador mahometano de la Mauritania habia desembarcado en la famosa *Isla Verde* ó *Alghe-*

zirah Alhadra, al frente de su lucido ejército.

Ya hemos dicho que Muza-ben-Noseir, enviado de las glorias de Tarik, había ordenado á éste que no llevase adelante la conquista de la Península; aparentemente, para no comprometer el magnífico triunfo de Guadalete, pero en realidad con el objeto de «atribuirse á sí mismo el mérito de tan venturosa jornada,» y, como es consiguiente, el de las sucesivas.

«Muza (dice con sencillez laconismo la *Crónica general*) tomóle envidia é celos, é pasó la mar en el mes que dicen Ramadan, é vino á España é traxo consigo más de doce mill omes de armas.»

Con ellos emprendió en seguida la marcha hácia «las tierras de Niebla, é de Veger, é de otras partes,» y se presentó delante de la hermosa Hispalis, la antigua capital de la Bética.

No sucedió allí como en Toledo: cerraron los hispalenses las puertas de la ciudad al gobernador agareno, rechazaron la propuesta de capitulación, defendiéronse durante largos días, cerca de un mes, segun afirman algunos historiadores; y cuando se habían agotado los víveres y se había perdido toda esperanza de socorro, porque acaso los hispalenses confiaban en el auxilio del bizarro Teodomiro, rindiéronse á las condiciones que les impuso el sitiador y

entregaron á Muza la insigne patria de los Leandros é Isidoros.

El caudillo árabe no perdió el tiempo en aquella ciudad hermosa, aunque sus soldados anhelaban detenerse en ella, porque el calor era sofocante.

Y prosiguiendo la marcha dirigióse á la comarca lusitana y puso sitio á la capital de la antigua provincia, la célebre Emerita Augusta.

Dicen las crónicas árabes que al hallarse Muza enfrente de aquella «gran cibdad, que y avie muchas labores é muy preciosas,» exclamó con vivo entusiasmo:

—¡El dia en que consiga hacerme dueño de tan magnífica ciudad será el más feliz de mi vida y el más glorioso para los fieles creyentes de Allah.

Al tratar de la conquista de Mérida por Muza-ben-Noseir, obsérvase notable desacuerdo entre los cronistas antiguos y, como es natural, entre los de siglos posteriores, y aún entre los modernos, segun aceptan ó rechazan las diversas opiniones de aquellos.

Miéntas Lúcas de Tuy y los cronistas sarracenos que cita el autor de la *Historia de la dominacion de los árabes en España*, consignan que el sitio de Mérida fué largo y penoso, y dió ocasion á sangrientos combates y al terrible desas-

te de la *Torre de los mártires*, el autor de la *Crónica general de España* supone sencillamente que la toma de la ilustre capital de la Lusitania por los árabes fué obra de pocos días, y aún cuestion de temores supersticiosos y pueriles.

Segun los primeros, cuando Muza se presentó delante de los muros de la ciudad é intimó la rendición á los defensores de ella, estos rechazaron altivamente la terminante demanda y se dispusieron á reñida pelea.

Aquel, Muza-ben Noseir, que no quería comprometer el éxito de la lucha, envió un mensajero urgente al jóven Abdelasis, su hijo primogénito, que permanecía en Cairwan ocupando el puesto que le confiara su padre al venir á España, para que atravesase cuanto ántes el estrecho de Calpe con las gentes de guerra que reunir pudiera en breve plazo, y acudiese en auxilio de la ya mermada hueste del sitiador de Mérida.

Porque los sitiados se defendían con arrogancia y fortuna, y los mejores guerreros árabes perecían con el martirio de la espada (según palabras de un cronista), y el laurel de la victoria no se iba con los hijos de Allah.

Hubo de emplear el caudillo agareno, después de varios días de porfiados é indecisos

combates, una estratagemas que tuvo resultado favorable.

Cerca de la ciudad existia una profunda caverna que tal vez fué fabricada siglos atras por los dominadores romanos, y que los sitiados habian abandonado imprudentemente á las tropas árabes; y en ella dispuso Muza que cierta noche lóbrega se escondieran los más valientes soldados de su hueste.

Horrible lucha y desastrosa para los cristianos se trabó al amanecer del siguiente dia, cuando estos, al desafiar á los sitiadores, segun diariamente lo verificaban con más valor que cordura, fueron rechazados por la masa principal del ejército de Muza y á la vez acometidos por los árabes que estaban ocultos en la caverna, y que salieron de repente y se arrojaron contra ellos en momento oportuno: no dicen los cronistas cuántos fueron los desdichados emeritanos que en la dura pelea sacrificaron su vida en aras de la patria, aunque algun historiador árabe escriba con horrible laconismo que casi todos fueron degollados.

Vengáronse bien pronto los cristianos: habíase apoderado el enemigo de un torreón importante de la plaza, desde el cual los ballesteros berberiscos ocasionaban gravísimo daño á los sitiados; resolvieron estos apoderarse nueva-

mente de la formidable defensa, que tenía guarnición numerosa; acometiéronla durante una oscura noche, con sin igual empuje; tomaronla por asalto, y pasaron á cuchillo á los musulmanes que en ella encontraron, «sin que se librase del martirio de la espada (vuelve á decir el cronista árabe) ni siquiera uno de ellos.»

La *Torre de los mártires* fué llamado en lo sucesivo aquel torreón de las fuertes murallas de Mérida.

Sin embargo, la resistencia de esta ciudad heroica debía terminar en breve.

Reducidos á corto número los defensores de la plaza, postrados por la fatiga de diarios combates, faltos de víveres y víctimas de una cruel peste que se habia desarrollado, vieron con el mayor desaliento que el ejército sitiador recibia poderosos refuerzos: Abdelazis, el hijo de Muza, llegó al campamento de su anciano padre á la cabeza de doce mil combatientes.

Entónces fué cuando los valerosos emeritanos se decidieron á pedir capitulacion, y la alcanzaron, aunque de condiciones muy duras: el ejército de Muza, en fin, entró en la ciudad el último dia de la pascua de Ramadan, en la he-gira 94, el cual corresponde al 11 de Julio del año 712 de J. C.

Y aquí es oportuno hacer notar las contra-

dicciones que se hallan en las historias antiguas.

Si «Muza pasó la mar en el mes que dice Ramadan, é vino á España,» segun afirma la *Crónica general*, ¿cómo habia de entrar en Mérida, despues de la porfiada resistencia de Hispalis y de aquella capital, en el dia postrero de la pascua del mismo nombre, segun consignan el obispo Lúcas de Tuy y varios cronistas árabes?

Lo que debe advertirse como probable es, á nuestro juicio, que el autor de aquella confundió la llegada de Muza á las costas españolas con la llegada del jóven Abdelazis, hijo del caudillo agareno, coincidiendo precisamente el número de soldados que seguian á aquel, siete mil jinetes y cinco mil peones, con los «doce mil omes de armas» que la misma *Crónica* señala, y con el de los combatientes de Muza, quien desembarcó en Alghezirah á la cabeza de diez y ocho mil hombres, diez mil jinetes y ocho mil peones.

Pero unos y otros refieren que los parlamentarios emeritanos aconsejaron á sus compatriotas la entrega de la plaza, porque les produjo «estupor y espanto» el hecho, para ellos inexplicable, de que el caudillo agareno tuviera cabellos blancos la primera vez que les recibió en su tienda para tratar de las condiciones

de la capitulación, y cabellos negros dos días después, cuando le visitaron de nuevo con el mismo objeto. «¡Moro de gran virtud es este Muza (dice la *Crónica general* que exclamaron los parlamentarios al dar cuenta de su misión á los defensores) cuando aller parecia viejo y enfermo, y hoy es jóven y arrogante!»

Apénas debíamos conceder crédito á este suceso, aunque la rudeza de los tiempos y la ignorancia de las gentes de aquella época justifiquen y disculpen *el espanto* de los parlamentarios por un hecho tan trivial, si no estuviere consignado en casi todas las crónicas.

Así se rindió á los árabes la famosa ciudad de Emerita Augusta.

Al año justo de la rota de Guadalete, el caudillo Mugueiz habia sometido las comarcas de Málaga y Córdoba, los caudillos Tarik y Zaide se habian apoderado de la capital del reino, y los caudillos Muza y Abdelazis habian entrado triunfantes en la monumental ciudad de la Lusitania.

Flotaba en la mayor parte de la Península el estandarte del Profeta, y las correrías incessantes de los árabes iban á extenderse hasta más allá de la provincia Tarraconense y de la Galia Narbonense, y muy en breve hasta las llanuras de la Aquitania

Los conquistadores no se olvidaban de la halagadora promesa de Mahoma, y querían extender su dominio de Oriente á Occidente.

¡Compárese esta rápida carrera, de triunfo en triunfo y en pocos años concluida, con los reñidos combates que habían sostenido, por espacio de siglos enteros, los romanos y los godos!

CAPÍTULO II.

Discordias entre los jefes árabes.—Teodomiro y su pequeño reino.—Abdelaziz y Egilona.—Primeros emires de España.—Abderraman el *Gafeki*

I.

Ya hemos dicho en el capítulo anterior que Muza-ben-Noseir, el gobernador de Africa, al tener noticia de la gran victoria que habia conseguido Tarik sobre el ejército godo «en los campos de Asidonia, que agora llaman Xerez,» segun se expresan los antiguos cronistas, ordenó al vencedor que no llevase adelante la conquista de España hasta que el mismo emir africano pasase el estrecho de Calpe al frente de nuevas tropas.

«Muza (dice lacónicamente la *Crónica general*) tomóle envidia e celos.»

Y hemos dicho tambien que el caudillo Tarik, habiendo pedido consejo á los capitanes que le seguian y que con él vencieron en Guadalete, é instado por ellos mismos, determinó proseguir la conquista y dominar si era posible en todo el reino, ántes de que los godos se repusieran de la sorpresa, cobraran nuevos alientos y se reorganizaran para oponerse á su marcha victoriosa.

Faltaba á la obediencia que debía á su superior inmediato, de quien habia recibido la órden para venir á España; pero contaba con sus altos hechos para hallar gracia, en caso necesario, ante el califa de Damasco.

Despues de la rendicion de Mérida al walid de Africa, y coincidiendo aquel hecho con una afortunada correría que llevó á cabo el activo Tarik por tierra de Toledo, habia llegado el momento de avistarse los dos caudillos agarenos.

Era Muza, además de envidioso, hombre de mucha codicia y amigo de atesorar grandes riquezas, y Tarik, que lo sabia de antemano, tenía dispuestas hermosas joyas y botin riquísimo para ofrecérselo todo, cual digno presente, al enojado anciano walid.

Mencionaremos de pasada la famosa mesa verde de Suleiman, toda de una sola pieza y

guarnecida de piedras preciosas, que habia sido hallada por Tarik en Medinaveltia, segun la *Crónica general*, ó en la antigua Complutum al decir de otros autores; Tarik, como es natural, tenía propósito de regalársela tambien á Muza.

En *Medina Talbera*, hoy Talavera, se hallaron los dos conquistadores,

«Tan luégo como el vencedor de Guadalete (refiere el Sr. Lafuente) vió al anciano walid, apcósese respetuosamente de su caballo.

»La entrevista fué fria y severa.

»—¿Por qué no has obedecido mis órdenes? le preguntó Muza con altivez.

»—Porque así lo acordó el consejo de guerra, le respondió Tarik, á fin de no dar tiempo á los enemigos para reponerse de su derrota, y porque así creia servir mejor la causa del Islam.

»Y presentóle las alhajas que llevaba, y que el codicioso Muza aceptó.»

Constan los testimonios irrecusables de historiadores árabes, citados por el señor Conde, y no es posible dudar de las discordias que existieron entre Muza y Tarik desde el primer dia despues del triunfo de Guadalete.

Tarik fué destituido y encerrado en una prison; mas el califa de Damasco ordenó al poco

tiempo que el mismo Muza entregara á su adversario el mando del ejército que habia vencido en Guadalete, y aquél, olvidando agravios pero siempre receloso, se puso de nuevo al frente de sus soldados, atacó á la heróica César-augusta y sometió á las armas agarenas toda la comarca oriental del reino desde la antigua *Lucentum* hasta el Ebro: en pocas semanas cayeron en su poder las más florecientes ciudades de aquella comarca, cuyos habitantes estaban poseidos del pánico más grande, y no tenían alientos para oponerse á la invasion.

Al mismo tiempo el anciano Muza verificó una atrevida marcha hácia el país de Salmántica; volvió luégo contra Zaragoza, que se defendia valerosamente de los ataques del ejército de Tarik; dirigióse en seguida por la provincia Tarraconense hasta Gerunda y Ampurias, y sin detenerse más tiempo que el necesario para asegurar la dominacion del Islam en todas las poblaciones que encontraba á su paso, confiando á los israelitas su custodia y defensa, encaminóse desde allí hácia el antiguo reino de los suevos, y despues á la Lusitania, sin hallar resistencia en la mayoría de las poblaciones.

Muza y Tarik, los dos conquistadores de España, se odiaban, sin embargo, mútuamente, y cada uno intentaba perder á su rival en el áni-

mo del califa de Damasco; y cuando el anciano Al-Walid les ordenó que se presentasen en la corte á dar cuenta de su conducta, el primero tuvo que sufrir hasta la infamante pena de azotes por el injusto encono con que habia perseguido á su adversario; y el segundo, aunque absuelto por entónces de las acusaciones que se le habian dirigido, quedó para siempre en la desgracia y su nombre no vuelve á aparecer en las páginas de la historia.

«Parecia destino de los conquistadores de España (dice un escritor de nuestros dias) perecer ingratamente recompensados por sus pueblos. Aníbal y Escipion, Muza y Tarik, todos tuvieron un fin poco digno de sus gloriosos hechos.»

II.

Y mientras esto sucedia, el insigne Teodormiro, aquel bravo general que fué el primero en oponerse, aunque inútilmente, á la invasion de los sarracenos, era el único que conseguia permanecer independiente, en cierto modo, sobre las ruinas del imperio godo-hispano y en medio de los invasores.

Al hijo de Muza-ben-Noseir, al bizarro Abdelazis, le cupo en suerte la conquista del litoral de la provincia cartaginense, y allí se habia

retirado el valiente *Tadmir-ben-Gothos*, como los árabes apellidaban á Teodomiro, despues de la catástrofe de Guadalete con los restos del destrozado ejército del rey Rodrigo.

La romana Auriola, hoy Orihuela, era la capital del pequeño reino, si así puede decirse, en que dominaba el general godo.

Avanza el jóven y arrogante caudillo agareno, rodeado de otros jóvenes árabes tan ilustres y distinguidos como él mismo, y al frente de lucidas tropas, á través de la quebrada sierra y de las extensas llanuras de aquel país, ya obligando á retroceder á los escasos soldados de Teodomiro, ya alcanzándolos en sus correrías y acuchillándolos bárbaramente, hasta obligarles á encerrarse en aquella desde entónces famosa ciudad.

Aquí la historia, sin dejar de ser historia, se trasforma en caballeresca leyenda, y de ella habria que dudar acaso, si los hechos no hubiesen sido referidos, aunque con laconismo deplorable, por el honrado obispo Isidoro de Beja, cronista coetáneo, y otros historiadores.

Abdelazis aparece ante los muros de Auriola, y el animoso caudillo tiene el propósito de asaltar la ciudad y destruir el pequeño reino.

Mas hé aquí que aquellas imponentes murallas aparecen coronadas de guerreros godos,

que se apoyan tranquilamente en sus lanzas y en sus espadas desnudas, y amenazan con saña al invasor.

¿Pero tal vez no hemos dicho que la hueste de Teodomiro había sido acuchillada sin piedad por los jinetes mahometanos en las campiñas de Lurcat, y que son pocos los defensores de Auriola?

Disponiéndose, no obstante, los sarracenos para dar el asalto, sin que les intimide la fiera actitud de los guerreros auriolenses, en aquel momento, cuando los impacientes árabes se abrasaban en deseos de plantar el estandarte del Profeta sobre la cruz de los templos de Auriola, ábrese una puerta de la ciudad, y sale de ésta un apuesto mancebo que se dirige en son de paz y amistad al campo de Abdelazis.

Es un mensajero de Teodomiro y solicita conferenciar con el general agareno; lleva proposiciones de paz; suplica que le sean aceptadas; indica, en fin, que se hallan dispuestos los defensores de la plaza á sepultarse bajo las ruinas de las murallas, ántes que consentir en firmar un tratado ignominioso.

El valor y la dignidad ejercen una atracción irresistible, y el jóven Abdelazis, prendado de la dignidad y del valor del mensajero de Teodomiro, acepta en seguida el convenio en los

mismos términos que el caballero cristiano se lo propone.

Así como la historia nos ha conservado las capitulaciones de Córdoba, Toledo y Mérida, ha guardado también en sus páginas inmortales la capitulación de Orihuela.

Véala el lector, traducida en castellano:

«En nombre de Dios clemente y misericordioso, rescripto de Abdelazis, hijo de Muza para Tadmir-ben-Gothos, séale otorgada la paz, y sea para él una estipulación y un pacto de Dios y de su profeta, á saber: que no se le hará guerra ni á él ni á los suyos; que no se le desposeerá ni alejará de su reino; que los fieles (*esto es, los árabes*), no matarán ni cautivarán, ni separarán de los cristianos sus hijos ni sus mujeres, ni les harán violencia en lo que toca á su ley; que no serán incendiados sus templos, sin otras obligaciones de su parte que las aquí estipuladas; entiéndase que Tadmir-ben-Gothos ejercerá pacíficamente su poder en las siete ciudades siguientes: Auriola, Balentila, Lecante, Mula, Bicareas, Aspis y Lurcat; que él no tomará las nuestras, ni auxiliará ni dará asilo á nuestros enemigos, ni nos ocultará sus proyectos; que él y los suyos pagarán un *dinhar* ó aureo por cabeza cada año, cuatro medidas de trigo, cuatro de cebada, cuatro de mosto, cua-

tro de vinagre, cuatro de miel y cuatro de aceite; los siervos pagarán la mitad.—Fecha el 4 de *redjeb* del año 94 de la hejira (12 de Abril de 713 de J. C.).—Signaron el presente rescripto Otman-ben-Abi-Abdah, Habid-ben-Obeida, Coiris-ben-Maceira, y Abulcain-el Mozeli.»

Estos cuatro signatarios del tratado de paz entre Abdelazis y Teodomiro eran ilustres y bravos jóvenes árabes que habian acompañado al hijo de Muza desde la Mauritania, para tomar parte en las empresas militares contra Mérida y Auriola.

De manera que el generoso Abdelazis autorizaba la creacion de un reino cristiano casi independiente.

Continúa aquí todavía la historia como si hubiese sido trasformada en novela.

Quiso el caudillo sarraceno conocer á Teodomiro, y rogó al mensajero que se lo participase al general godo.

—Yo soy, señor,—dijo entónces el mismo enviado,—yo soy Teodomiro, que imaginé este medio para librar á mi pueblo de los horrores de un sitio.

Abrazáronse entónces los dos jóvenes guerreros, y determinaron entrar juntos en Auriola.

En efecto, al día siguiente los habitantes franquearon las puertas de la ciudad á la hueste

de Abdelazis, y al frente de ella marchaban los dos caudillos.

Veíanse pocos hombres y muchísimas mujeres.

—Pero ¿dónde están, preguntó á Teodomiro el hijo de Muza, aquellos guerreros de lengua barba que coronaban ayer los muros de Auriola?

—No eran hombres, contestóles el magnate godo, eran mujeres las gentes que habia sobre las murallas: habiendo sido muertos y heridos mis soldados en la rota de Guadalete y en los combates que hemos sostenido ántes del sitio de esta plaza, y quedando en ella pocos defensores, imaginé que la mejor manera de sacar partido de la generosidad del vencedor era hacer vestir de guerreros á las mujeres y mandar que se colocasen en los muros, á la vista de vuestro ejército. Este ardid ha tenido un éxito excelente, porque la capitulacion es favorable para nosotros, y honrosa para todos.

«Aplaudieron los árabes la ingeniosa ocurrencia (diremos con Lafuente, traduciendo al cronista Isidoro de Beja), riéronse de su mismo engaño, y todo contribuyó á que se entablara una especie de confraternidad entre Teodomiro y el hijo de Muza-ben Noseir.»

Formado así el pequeño reino cristiano de Auriola, digámoslo así, cuando todas las demas

provincias del derruido imperio godo-hispano se sometían con escasa resistencia á las armas del vencedor, no es extraño que algunos historiadores y críticos, entre ellos el jesuita Masdeu, consideren á Teodomiro como el primer rey del período de la reconquista.

III.

La historia, despues de narrar detalladamente estos hechos, que parecen, como ya hemos dicho, episodios de una leyenda, se olvida casi por completo del bizarro *Tadmir-ben-Gothos*, principalmente despues de haber confirmado el califa Suleiman el rescripto de Abdelazis, y ni siquiera consigna en sus páginas la más sucinta noticia acerca del fin de este ilustre guerrero.

En cambio nos refiere con gran copia de detalles la triste suerte que tuvo el valiente Abdelazis

Siguió este jóven caudillo su triunfal carrera desde las murallas de Auriola hasta la misma Málaga, sometiendo la extensa comarca de la parte meridional de la Bética, y regresó en seguida á la hermosa Hispalis, á donde le llamaban los deseos de su corazon enamorado.

¿Quién era el objeto de su pasion?

La reina Egilona, viuda del rey Rodrigo.

Si los acontecimientos que vamos á describir en breves líneas no estuviesen perfectamente comprobados con testimonios de historiadores coetáneos, como el Pacense entre los cristianos y los cronistas musulmanes que citan el autor de la *Historia de la dominacion de los árabes en España* y el de las *Cartas para ilustrar la Historia de la España árabe*, habria que dudar de si eran ficciones de rica fantasía ó sucesos verdaderamente históricos.

Egilona, la hermosa viuda del último rey de los godos, residia en la capital de la antigua Lusitania, Emerita Augusta, desde el desastre de Guadalete; y cuando Muza y su hijo, el emir Abdelazis, entraron en la ciudad al frente de sus tropas y recibieron como rehenes las más distinguidas familias que en ésta residian, cayó en poder de los caudillos la que habia sido reina infortunada de España, que allí encontró refugio y amparo despues de la sangrienta batalla.

Continúan aquí todavía los episodios novelescos de la conquista, que están garantizados, sin embargo, con testimonios irrecusables de historiadores contemporáneos y fidedignos.

Era Egilona, como hemos dicho, jóven y hermosa, aunque altiva y llena de ambicion, y era jóven tambien el hijo de Muza, de vehe-

mentés pasiones y siempre resuelto á satisfacer los deseos de su corazon, por irrealizables que parecieran.

Vió el mancebo á Egilona cuando esta dama fué presentada al vencedor de Mérida como uno de los rehenes, y amóla desde entónces con loco frenesí; y habiendo correspondido ella al amor entusiasta del emir sarraceno, pronto fueron esposos, segun la ley mahometana, los dos jóvenes amantes.

¿Qué le importaba á ella el asombro de los cristianos, aunque algunos cubrieron de ceniza su cabeza al ver á la que habia sido su reina, la viuda de Rodrigo, siendo esposa del enemigo de su religion y de su patria; y qué le importaban á él, vencedor y casi omnipotente, la sorpresa y las manifestaciones de desagrado de los mahometanos ante aquel acontecimiento inaudito?

Era ya Abdelazis emir ó gobernador de España, (cargo correspondiente al de *duque* ó *dux* que tenian los godos en las más importantes provincias) y así como se habia hecho amar de sus compatriotas y correligionarios por su valor y pericia en los combates, se habia hecho amar tambien de los cristianos por el régimen de tolerancia y generosidad con que inauguró su gobierno.

Pero desde que elevó al tálamo nupcial á la que debia ser su esclava, segun la ley del Islam, se atrajo sobre sí la enemistad de los mahometanos fervorosos, que le consideraban como perjuro y como traidor á su patria.

Autores árabes han afirmado que Abdelaziz llegó á profesar la fe de Jesucristo, y de ello puede convencerse el que hojee la obra que ántes hemos citado: *Cartas para ilustrar la Historia de la España árabe.*

Los dos esposos vivian en las cercanías de Hispalis, á la sazón capital del emirato, entregados á las delicias de su amor, cuando sobre ellos se cernia ya la tormenta donde estaba oculto el rayo que habia de aniquilarles.

No tardó mucho en estallar la cólera del califa Soliman ó Suleiman-ben-Abdelmelek, sétimo de los Omniadas, que sucedió á su hermano Al Walid en el trono de Damasco: odiaba de muerte el nuevo soberano á Muza, que aún permanecía en desgracia, y á sus hijos, y en particular á Abdelaziz, y al recibir noticias exageradas de la conducta de éste en España, segun las cuales el jóven emir trataba de proclamarse rey independiente, (y así lo indica Isidoro de Beja, aunque presenta como principal culpable á la ambiciosa Egilona), decretó la muerte del confiado caudillo árabe, y dió órdenes ter-

minantes para que fuese ejecutado inmediatamente el sanguinario decreto.

Por un cruel capricho de la suerte, el joven capitán Habid-ben-Obeidah-El Fehri, uno de los más leales amigos de Abdelazis, que había acompañado á éste en su victorioso paseo por la comarca meridional de España, y el mismo cuyo nombre aparece en el rescripto de la rendición de Auriola, fué el encargado de la ejecución, con otros cuatro compañeros suyos.

¡Cuán desprevenido se hallaba el desgraciado emir! ¡Cuán léjos estaba de creer que el feroz califa de Damasco había de sacrificarlo á su odio y á sus celos insensatos! ¡Cuán poco sospechaba que uno de sus mejores amigos, y miembro del consejo ó *divan* que había creado para el mejor gobierno de la comarca, era el encargado de clavarle, por orden de su soberano, la espada de la justicia, convertida entónces en puñal de asesino!

Era una mañana del mes de Mayo; el sol resplandecía en el ancho espacio; el aire estaba empapado en perfume de olorosas flores; los pájaros alzaban himnos de paz y de amor.

¿Dónde está el desdichado Abdelazis, á quien buscan sus fanáticos verdugos, que llevan desenvainada la corva cimitarra?

Cerca de la poética morada que habían tras-

formado en nido de voluptuoso amor los dos jóvenes esposos, alzábase una mezquita donde el infortunado emir rezaba fervientemente la *azalá* ú oracion del alba: vénle al punto los crueles emisarios, amedrentan á sus defensores, arrojándose sobre él y le dan horrible muerte.

Habib, el mismo Habib recibe el penoso encargo de conducir hasta los piés de Soliman la ensangrentada cabeza de Abdelazis, en señal de que las órdenes del feroz califa habian sido fielmente ejecutadas.

Todos estos detalles aparecen confirmados por los historiadores de la época, tanto cristianos como árabes.

«Cuéntase (añade el Sr. Lafuente al llegar á este punto, aceptando la relacion de un cronista agareno), que habiendo entrado Muza, el anciano padre de Abdelazis, en el palacio del califa, éste, al tiempo que examinaba la cabeza de su víctima, tuvo la horrible crueldad de preguntarle:

—¿Conoces, Muza, esta cabeza?

—Sí (contestó altivamente el anciano walid): la reconozco: ¡la maldicion de Dios caiga sobre el asesino de mi hijo, que valía más que él!

Y salió del palacio, y partió para Waltichorra, su patria, donde á poco tiempo murió oprimido de pesar.»

Así pereció, tan desastrosamente, el segundo emir de España, Abdelazis-ben-Muza, considerando como el primero á Muza-ben-Noseir, su padre, en Mayo del año 716 de J. C., que corresponde al 97 de la hegira mahometana, despues de haber gobernado sabiamente durante diez y ocho meses.

La memoria de este emir es aún hoy día objeto de cariño para los pueblos meridionales de nuestra patria, que conservan el nombre del desventurado Abdelazis unido á numerosas tradiciones.

Un poeta moderno le ha dedicado un bellísimo romance:

«¿A dónde va Abdelazis
por esa vereda angosta,
montado en negro caballo,
vestido de blancas ropas?
—¡Corre, corcel mio, corre!
(dice con voz anhelosa).
¡Cruza el Batis! ¡Llega á Esbillia!...
¡Que allí me espera Ejlona!
.....»

El fin de esta desdichada reina, desdichada con Rodrigo y más desdichada aún con el infeliz Abdelazis, no le cuentan los historiadores coetáneos, ni cristianos, ni árabes.

IV.

No dependia entónces directamente de los califas de Damasco el gobierno de España, sino del emir superior de Africa, que residia en la nueva ciudad de Cairwan, y otras veces en Tingi; aunque el califa, como jefe supremo de la vasta nacion musulmana, ejercia el dominio absoluto sobre todos los creyentes, segun se llamaban los agarenos.

Despues de la muerte de Abdelazis, que figura como el segundo emir de España (si bien algunos cronistas le cuentan el tercero, poniendo en segundo lugar á Tarik-ben-Zeyad, el vencedor en Guadalete), fué elegido por los caudillos árabes, en Hispalis, que ya se conocia con el nombre de *Esbilia*, un pariente del mismo Abdelazis, llamado Ayub-ben-Habid, el cual, en su gobierno de un año, ejerciendo la tolerancia y administrando justicia con severa imparcialidad, fué sinceramente amado por los españoles.

El Horr-ben-Abderraman, hombre por extremo violento, pero dotado de cualidades extraordinarias de valor y energía, fué el sucesor inmediato de Ayub: dispuso una expedicion contra la Galia Gótica, apoderóse de Narbona,

paseó su triunfante enseña por la extensa comarca que está comprendida entre el Garona y el Ródano, y regresó á España en el año 719, para ser depuesto por el califa Yezid-ben-Abdelmelek, hermano de Suleiman y sucesor de Omar-ben-Abdelazis.

El nuevo emir de España, Alsamah-ben-Melek, despues de haber dado notables pruebas de inteligencia en el gobierno y la administracion del país, diólas tambien de bravura en los campos de batalla; reunió un poderoso ejército de árabes y berberiscos, penetró en la Galia hasta el corazon del ducado de Aquitania, puso estrecho cerco á la ciudad de Tolosa y presentó batalla al duque Eudes, que acudia al frente de numerosa hueste para defender sus estados. Poca fortuna tuvo entónces el emir Alsamah: despues de hacer prodigios de valor, quedó muerto en el campo de la pelea, y los árabes perdieron una victoria que ya casi habian logrado.

Pocos dias despues fué elegido emir de España el memorable Abderraman-el-Gafeki, ó de la tribu de Gafeki, hallándose en la capital de la Septimania árabe, Narbona, organizando las destrozadas huestes de Alsamah, y despues de un gobierno de tres años (721 á 724) fué depuesto por el emir de Cairwan, quien nombró

en su lugar al sabio y valeroso Ambiza-ben-Schin.

Este bravo emir fué el terror de la Galia; quiso vengar la muerte de su antecesor Alsamah y la derrota del ejército árabe en los campos de Tolosa, y poniéndose á la cabeza de entusiasta hueste, invadió la Septimania, tomó las principales ciudades de la comarca, avanzó hasta Lyon y entró á sangre y fuego en el país de los borgoñones, saqueando á Autun y otras poblaciones importantes.

Poco más de un año duró el gobierno del emir Ambiza-ben-Schim, quien murió en 724, llorado por sus soldados y aún por el pueblo cristiano de España y de las mismas comarcas francesas que habia conquistado.

Seis emires más hubo en España en el corto período de cinco años, desde la muerte de aquél hasta el segundo gobierno de Abderraman-el-Gafeki, y ninguno de ellos merece particular mención.

Este último ha legado su nombre á la Posteridad, ceñido de brillante aureola de gloria, aunque al ser derrotado en la famosa batalla de Poitiers perdieron los árabes para siempre sus risueñas esperanzas de llevar el estandarte del Profeta más allá de la Galia Narbonense: reúne un ejército numeroso; entra en la Galia, invade

la Aquitania, apodérase de Burdeos y entrega la ciudad al saqueo, derrota á las huestes del duque Eudes, y acampa en la llanura de Poitiers, delante de los muros de la plaza.

Entónces fué cuando el animoso Cárlos, llamado despues *Martell*, hijo de Pepino de Herestall, capitaneando tambien numeroso ejército de francos, austrásios y aquitanos, acomete al caudillo sarraceno con ímpetu incontrastable, y le derrota.

El mismo Abderraman, dice el Pacense, que intentaba con heróico esfuerzo detener á sus fugitivos soldados, queda muerto en el campo de batalla y atravesado por infinitas lanzas de los cristianos.

-Corria el año 732 de J. C. y reinaba en Damasco el califa Hixem-ben-Abdelmeiek, décimo de los Omniadas.

CAPÍTULO III.

Los españoles refugiados en Astúrias.—El país de Astúrias. Pelayo.—La cueva de Cavadonga.

I.

A la rota de Guadalete y á la irrupcion de los árabes, siguió una huida de los habitantes del interior de la Península hácia aquellas co-

marcas que estaban más distantes de los lugares que eran hollados por la planta del fiero invasor.

Tal como sucede cuando un caudaloso río se desborda é inunda los valles y los campos, que los sorprendidos habitantes buscan un refugio en las montañas vecinas y llevan consigo sus alhajas y los objetos más preciosos de sus viviendas, así los españoles huían, llenos de pavor, delante de las huestes musulmanas que avanzaban arrogantes por el interior de la desgraciada patria, enarbolando su pendon victorioso en las murallas de Toledo, de Mérida, de Sevilla, de Córdoba, de Zaragoza, de Salamanca, de casi todas las principales ciudades del destruido reino de los godos.

No se tenía en cuenta que Tarik y Abdelaiz, y aún el mismo Muza, habían inaugurado su gobierno con un régimen de tolerancia y generosidad que hasta entónces no habían empleado los árabes en los pueblos vencidos: sabíase que los invasores victoriosos eran enemigos de la religion de Jesucristo y enemigos de la independencia de la patria, y esto bastaba para alejarse de ellos, para huir á sitios ocultos y apénas accesibles, para buscar refugio en las más ásperas montañas, y aún en suelo extranjero.

Dirigiéronse unos á la Galia Gótica, los ménos, y corrieron otros á los países de los galáicos, de los cántabros y de los astures.

Prelados y clérigos, magnates y siervos, huyendo del fiero invasor, y llevando consigo las reliquias de los santos, y los vasos sagrados de los templos, y la riqueza mobiliaria de sus casas, se refugiaron en inmenso número en el poético país de Astúrias, y hallaron acogida afectuosa y asilo seguro entre los generosos habitantes de aquella quebrada comarca.

Á tal extremo se vió reducida la poco ántes poderosa nacion godo-hispana.

Aquella misma que habia vencido á las legiones romanas, destruido el reino de los suevos, arrojado á los griegos imperiales al otro lado del Mediterráneo, humillado á los mismos árabes en dos importantes hechos de armas, ahora, invadida y conquistada por otro pueblo más fuerte, yacía, por decirlo así, medio sepultada entre las fragosas montañas de Astúrias.

II.

Como hemos dicho en una monografía de Covadonga, aquel bellissimo país de Astúrias, llamado en nuestros dias por algunos escritores *Suiza Española*, era en verdad muy digno de

servir de puerto de refugio á los españoles en la deshecha borrasca de aquellos calamitosos tiempos, no sólo por sus condiciones topográficas, sino por la bondad natural de sus habitantes y por su misma historia.

Esta se halla todavía grabada en páginas de piedra, como ha dicho Víctor Hugo, en innumerables vestigios de las edades pasadas.

Vense aún en la antiquísima *Luco* y en el Promontorio Scítico carcomidos restos de túmulos celtas y grandes *dolmens* druídicos, á semejanza de los que todavía existen en la provincia de Alava, y que fueron consagrados por los primitivos habitantes de Asturias, segun dice Silio Itálico, «á un dios desconocido y sin nombre (*Deo ignoto et nomine carente*), cuya grandeza no podia encerrarse en templos construidos por los hombres,» y en honor del cual se celebraban misterios religiosos á la luz de la luna, acompañados de cruentos sacrificios y de grotescas danzas; en muchas partes, y principalmente en las cercanías de Corao, de Colunga, y en el valle de Jove, la reja del arado descubre con frecuencia medallas y monedas antiguas, romanas unas, y otras por completo desconocidas, y piedras con inscripciones sepulcrales de la época de Augusto y posteriores; existen aún los postreros restos de

las *Aras Sextianas*, monumentos famosos en todo el orbe que dominaban los romanos, al decir de Ptolomeo y Pomponio Mela, que fueron consagrados á Júpiter por el cónsul Lúcio Sextio; hállanse, en fin, las ruinas de la vetusta Concana, citada por el insigne Horacio en una de sus inmortales odas, no léjos de la actual Cangas de Onís, la antigua *Canicas*, primera corte de los reyes de la reconquista.

En aquel hermoso país, cuyos linderos son las olas del Océano y los altos montes de la cordillera cantábrica, « como si el dedo del Eterno (dice un escritor asturiano) le hubiera señalado para seguro depósito en todos los tiempos, de nuestra fe y de nuestras tradiciones y costumbres; » en aquella tierra clásica de la independencia, cuyos fieros moradores, *guerreros hasta el delirio* (segun Josefo Flavio), como los galáicos, los lucenses y los cántabros, fueron casi los últimos pueblos que sujetó el pretor Tito Carisio, después de la guerra que llenó de espanto á Roma y de pesares á Augusto; en aquel inexpugnable alcázar de la libertad ibérica, « país cortado en todas direcciones por inaccesibles y escarpadas rocas, espesos bosques y estrechas gargantas y desfiladeros, una de las postreras regiones del mundo en que lograron penetrar las águilas romanas, no muy

dócil al dominio de los godos, contra el cual apenas cesó de protestar por espacio de tres siglos, allí fué donde se refugiaron los despavoridos españoles, para librarse de la saña de los invasores, y donde el gran Pelayo, enarbolando la enseña de la reconquista de la patria, aquella *Cruz de la Victoria* que, como lábaro santo, presidió desde entónces en los combates, dió principio á la magnífica é incomparable empresa de

«..... fundar otra España y otra patria,
más grande y más feliz que la primera.»

III.

Era Pelayo un distinguido magnate de la corte de Rodrigo, y áun pariente de este monarca, al decir de varios historiadores, que ejercia en Toledo, ántes de la invasion de los árabes, el cargo de jefe ó *conde* de la guardia palatina.

Suponen aquellos historiadores que era nieto del rey Chindasvinto, quien parece que tuvo otros dos hijos, Teodofredo y Favila, además de Recesvinto, que le sucedió en el trono. Teodofredo fué padre de Rodrigo, y Favila de Pelayo.

El P. Mariana, que no se cuidaba gran cosa

de examinar la verosimilitud de los sucesos descritos en los antiguos cronistas de su devoción, no tiene inconveniente en afirmar que aquellos dos hijos de Chisdasvinto fueron víctimas de las arbitrariedades de Witiza; sorprendió este rey, dice, una conspiración en la cual se hallaban complicados Teodofredo y Favila, y si castigó al primero con la horrible pena de la ceguera, al segundo, es decir, al padre de Pelayo, le quitó la vida de un bastonazo.

Añadiremos, que, según el jesuita historiador, algunos sospechan que el rey cometió aquel crimen para gozar más libremente de la mujer de Favila, de la cual andaba torpemente enamorado.

Más probable sería entonces que el padre de Pelayo y de Rodrigo (dice el Sr. Lafuente) fuesen hijos de Recesvinto, y no de Chindasvinto; y de este parecer son algunos cronistas.

La tradición popular, encariñada con el héroe de Covadonga, ha adornado á Pelayo de las cualidades personales más excelentes: él era tan noble como bizarro; su valor lo había demostrado con brillantes proezas en el desastre de Guadalete; su confianza, su fe en Dios y su amor á la patria, las demostraba también entonces de un modo indudable, presentándose á los afligidos españoles como el futuro salvador

de España, abrazando la cruz de Jesucristo empuñando la espada vengadora de la reconquista, y alentando a aquellos en su desmayo.

Allí, en los riscos de Astúrias, entre las ásperas breñas de aquel país fragoso, se había reunido todo lo que ya quedaba de la poderosa monarquía goda: un pueblo casi siempre rebelde, que á duras penas había sido sometido por los romanos y por los godos, pero que entónces, ante la desgracia de la patria, recibía con los brazos abiertos á los fugitivos del interior, y se identificaba con ellos, y olvidaba antiguos rencóres, y hacía causa común con los que hasta poco ántes había considerado como dominadores tiránicos.

Tenian fe y patriotismo, y unidos todos ya bajo la denominacion de españoles, se disponian á la defensa de la religion de sus padres y á la defensa de su patria, tan infortunada como querida, contra las gentes extrañas que erigian templos á otro Dios y enarbolaban en las murallas de las principales ciudades ibéricas el verde estandarte de los creyentes del Profeta.

En verdad que es digno de ser admirado eternamente el levantamiento de los cristianos españoles en Astúrias: ellos solos, sin auxilio y sin consejo de otras gentes, lanzan á los poderosos invasores un reto á muerte que debió durar siete siglos, y apenas tenían otras armas

que su fe y entusiasmo por la santa causa de la patria. ¡Ninguna nacion del mundo puede presentar en su historia un ejemplo de tanta grandeza!

Era á la sazón emir de España, por nombramiento especial del califa de Damasco, el injusto y duro Alhaur-ben-Abderraman, llamado vulgarmente *El Horr ó Alahor*, quien se habia propuesto anular por completo las tolerantes y generosas disposiciones adoptadas por sus predecesores en el mando, el desgraciado Abdela-zis y su primo Abyub-ben-Habib, para granjearse el afecto, como lo consiguieron, de los habitantes de la nacion conquistada: y dictaba cada dia órdenes opresoras contra los desventurados españoles, favoreciendo así el movimiento de huida hácia la region cantábrica y hácia la Septimania, y encendiendo en el corazon de los fugitivos vehementes deseos de venganza.

Corria el año 718, siete despues de la batalla de Guadalete, y hallábase el emir al frente de numeroso ejército en la extensa comarca comprendida entre el Ródano y el Garona, donde tomó las antiguas ciudades de Narbona y Nímes, y convirtió en Septimania árabe la que habia sido durante tres siglos Septimania gótica.

Al recibir allí la primera noticia de la actitud rebelde de los españoles en Astúrias, el emir,

que se consideraba desde el principio como dueño absoluto de toda la nacion ibérica, y que habia abandonado la conquista de aquel país fragoso por creerla innecesaria, expidió las órdenes convenientes para que un ejército musulman, mandado por Alkamah ó Alkaman, como le designan nuestras crónicas, avanzase hasta el interior del país sublevado contra la dominacion árabe, y talándolo á sangre y fuego, le redujera en breve á la obediencia.

Sin duda alguna ya los mahometanos intentaron anteriormente la conquista de Astúrias, pues consta que dominaban en varios pueblos del litoral ántes del levantamiento de Pelayo, y entre otros en Gijon, la famosa *Gijia Augusta* de los romanos, donde se hallaba de gobernador el rudo africano Othman-ben-Abu Neza, ó sea el Munuza de las crónicas cristianas, que despues fué el octavo emir de España, sucesor de Hodeifa-ben-Alhaus; mas ya por la resistencia que les opusieron los astures, lo cual no está bien comprobado, ya porque hallasen desierta aquella montañosa comarca del interior, que es lo más probable, debieron de desistir de completar la conquista.

Entre tanto, el ejército musulman que habia organizado Alkamah avanzaba contra los pocos fervorosos cristianos y valientes españoles

que proclamaban la independencia y la libertad de la patria en aquellas montañas, que eran el último baluarte de la rendida España.

IV.

¡Covadonga!

¿Qué español no se siente dominado por el más noble entusiasmo al oír pronunciar el venerando nombre de Covadonga?

En Covadonga, en aquel lugar escondido entre elevadas montañas, que son como su natural defensa, como inexpugnables muros que le resguardan, tuvo principio la reconquista de la patria perdida y la restauración del derribado trono, y él fué cual un santuario providencial que custodió siempre encendida la antorcha esplendorosa de la fe.

Allí, entre breñas y desfiladeros, entre abismos profundos y quebrados peñascos, entre la aspereza y fragosidad casi fantástica de aquellos sitios, se verificó el acontecimiento más grandioso que registran los anales de todos los pueblos del mundo.

Todo en Covadonga es sorprendente.

Valles amenísimos y encantadoras colinas cubiertas de vegetación espléndida; montañas gigantescas que tienen sus altas cimas coronadas

de frondosos bosques de castaños y abedules; rocas amarillentas, descarnadas, llenas de grietas, que dan testimonio efocuente de un sacudimiento terrestre que la historia desconoce y la ciencia adivina; rios de cristalinas aguas, el Bueña, el Rinazo y el Deva, históricos desde aquellos gloriosos días, que se despeñan desde angostas quebraduras y corren por largas cañadas; el lago de Enol, lago verdaderamente misterioso, que se agita sobre la ancha meseta del Auseba, y brama cual leon encadenado; el Monte de la Virgen, en fin, aquel maravilloso Auseba, desmesurado gigante que se apoya en cimientos volcánicos y eleva su gallarda frente hasta perderse en la vaguedad de las nubes.

Todo en Covadonga es grandioso, todo es sublime, todo es poético.

Y al ver aquellos memorables sitios hay que enmendar y corregir la frase de Víctor Hugo que ántes hemos citado: allí no sólo se lee en páginas de piedra la historia de los primeros días de la reconquista; allí se lee esa épica historia, como ha dicho elegantemente un escritor asturiano, la crónica exacta de los primitivos y gloriosos hechos de la restauracion española, en las montañas, en los rios, en las breñas, en las ásperas gargantas de los valles, hasta en los mismos troncos de los árboles.

Allí está el sitio del milagroso triunfo de Pelayo, «donde Alkamah y sus fieles (dicen los cronistas árabes) sufrieron el martirio de la espada;» allí está la llanura de *Re-Pelayo*, donde los vencedores españoles, parándose despues de la victoria como para mirarse llenos de asombro, cual si dudasen todavía del éxito, bendiciendo al Dios de los ejércitos, «alzaron sobre el pavés,» á la usanza de las antiguas leyes del reino godo, al heróico vengador del desastre de Guadalete; allí está el *Campo de la Fura*, donde los victoriosos españoles, prelados y magnates, clérigos y siervos, prometieron fidelidad y obediencia al providencial campeón de la fe y de la patria que les habia deparado el cielo; allí está el bullicioso Deva, que corre por intrincado laberinto de cañadas y hendiduras, «el rio que creció y se hizo grande con la sangre de los moros (cual dice la crónica del Salmanticense), y le duró muchos dias el correr teñido en ella,» como al Guadalete con la sangre de los godos; allí está, en fin, el sitio del triunfo de Pelayo, el valle sombrío de Covadonga, «lugar de una aspereza y escuridad espantosas (segun el testimonio del piadoso Ambrosio de Morales, que le visitó en el siglo XVI por órden de Don Felipe II), cuya vista hace pensar en la misericordia de Dios, que manifestamente cegó á los mo-

ros para que no mirasen cómo se metían en tal estrechura de breñas, donde poca gente podía pelear por igual, muy á su ventaja, con grande ejército.»

Y despues de recorrer el escabroso y angosto valle de Covadonga, cortado por enormes peñascos, rodeado de pardas y amarillentas rocas, y como escondido entre enmarañada maleza, hállase la gigantesca peña donde existe la memorable cueva.

«A la extremidad de un sombrío valle (dice únicamente el Sr. Lafuente para describir aquellos inmortales sitios), al Oriente de Cangas, que torciendo un poco hácia Occidente, forma una cuenca limitada por tres cerros, se levanta una enorme roca de ciento veinte y ocho piés de elevacion, en cuyo centro hay una abertura natural que constituye una caverna ó gruta, entonces como ahora llamada por los naturales *Cueva de Covadonga*.

En aquella «peña tajada é cercada en derredor (segun se expresa la *Crónica general de España*) en manera que non ha combatimiento que lo puede empescer, é es un logar tan seguro como si Dios lo ficiera para ello;» en aquella peña que «aunque es tajada no es derecha (como sencillamente escribe el cronista Ambrosio de Morales), sino algo acostada hácia fuera, así que

pone miedo mirarla... por parecer que se quiere caer sobre los que allí están contemplándola; en aquella peña hueca en su interior, y que presenta una abertura, á modo de entrada, de unos dos metros, guarecióse el ínclito Pelayo con los bravos españoles que le seguian, para dar comienzo á la maravillosa epopeya de la reconquista.

CAPÍTULO IV.

La victoria de Covadonga.—Narracion de dos historiadores.—Oppas y los hijos de Witiza—Muerte de Pelayo.—Un templo en el aire.

Al poco tiempo de haber recibido Alkamah la orden del emir Alhaur-ben-Abderraman para reunir numeroso ejército y marchar á las montañas de Asturias, una hueste sarracena, mandada por el mismo Alkamah y por Suleiman, se presentó en las inmediaciones de Canicas, hoy Cangas de Ons, en persecucion de los españoles que acaudillaba Pelayo.

Iban los dos jefes árabes en la confianza del triunfo, y mantenian inteligencias con el gobernador de *Gijia* ó *Gegio*, el africano Otman-ben-Abu Neza.

Mas el caudillo cristiano retiróse astutamente delante de las falanjes agarenas, y se internó

en la fragosa comarca que allí mismo comienza y no termina hasta la formidable peña donde está la cueva de Covadonga.

Pero al retirarse, protegiendo con sus pocos hombres de armas la retirada de las innumerables gentes que allí se habían refugiado, muchedumbre inmensa de hombres inermes, ancianos, clérigos, mujeres y niños, dispuso que la gran mayoría de aquellas se posesionase de las alturas inmediatas á Covadonga, y ocupase el angosto y sombrío valle por donde había de pasar el ejército de Alkamah y Suleiman.

Corría el año 718 de J. C., que corresponde al 99 de la hegira mahometana.

Y es de advertir, ántes de continuar la relación, que esta fecha resulta hoy perfectamente comprobada: como el Pacense, único historiador cristiano de aquella época, guarda absoluto silencio acerca de los sucesos de Covadonga, si bien se cree que trató de ellos en otro libro distinto é independiente de su apreciable *Crónica*, y que se ha perdido, los historiadores posteriores no estuvieron de acuerdo para determinar aquella.

La opinión general sostenía el año ya citado; algunos analistas señalaban el de 714; otros creían que el memorable acontecimiento había ocurrido en el de 724; y últimamente, los crí-

ticos Pellicer y el jesuita Masdeu, «amigos de novedades, más que amantes de la verdad,» según opina un distinguido literato asturiano, suponían que la victoria de Covadonga no se había alcanzado hasta el año 756.

Hoy, como dice cuerdamente el autor de la *Historia general de España*, después de la publicación de historias árabes que aquellos no conocieron, ha sido confirmada la cronología generalmente recibida.

Avanzó Alkamah imprudentemente hasta el angosto valle, y encaminó á sus tropas por la cañada que forman altos montes, cuya falda lame la corriente del Auseba.

Y en verdad que al visitar aquellos lugares, el hombre más despreocupado tiene que repetir las frases, ya copiadas anteriormente, del piadoso Ambrosio de Morales: «La vista de una aspereza y escuridad tan espantosas hace pensar en la misericordia de Dios, que manifiestamente cegó á los moros para que no mirasen cómo se metían en tal estrechura de breñas, donde poca gente podía pelear por igual muy á su ventaja con grande ejército.»

Loz árabes dieron principio al combate arrojando espesa nube de flechas contra los cristianos que se habían guarecido en la cueva.

Y en tal instante, la muchedumbre de espa-

ñoles que coronaba las alturas, á lo largo del estrecho valle, empezó á lanzar por ambos lados grandes piedras y enormes troncos de árboles, que rodaban por la pendiente del monte, y causaban horrible estrago en las apretadas cohortes musulmanas.

En las breñas, en las hendiduras de los peñascos, en los huecos de la montaña, en los mismos espesos bosques del Auseba habia esforzados españoles que arrojaban enormes piedras sobre los flancos del ejército invasor; y mientras tanto, «el poder de Dios (dice la *Crónica general*) lidió por los cristianos que yacían encerrados en la cueva,» porque las saetas y piedras que lanzaban los ballesteros y honderos musulmanes, rebotando en la imensa peña, volvian sobre los sitiadores, y les causaban mucho daño, «é ellos matáronse assi mismos.»

Era la media tarde cuando estalló una tempestad espantosa.

Caia la lluvia á torrentes, desbordábase el impetuoso Deva, se rompian los peñascos y rodaban hasta el abismo, se hundia el suelo bajo las plantas de los amedrentados árabes que intentaban retroceder y huir de aquel lugar de horrores.

Allí pereció casi todo el brillante ejército que guiaban Alkamah y Suleiman, y estos dos cau-

dillos quedaron tambien muertos en el campo del desastre, ó ahogados en las aguas del Deva (como cree un historiador), «para que se viera la mano de Dios en la semejanza de la primera victoria de los cristianos, con la última batalla que dieron y perdieron los godos sobre las márgenes del Guadalete.»

No es extraño que los cronistas de los siglos medios, el obispo Sebastian de Salamanca, el Silense, el Albeldense, el arzobispo don Rodrigo, el autor de la *Crónica general* y otros, atribuyan á milagro del cielo esta primera victoria de Pelayo, cuando hasta los mismos historiadores árabes la describen con verdadera asombro y declaran que «las pérdidas de los fieles hijos de Allah en el combate con *Belay-el-Rumí* fueron tan grandes como las estrellas del lado de Oriente.»

Pero ¿quién se atreveria á precisarlas?—Mientras el Salmanticense afirma que perecieron en el primer combate ciento veinte y cuatro mil hombres, y en la retirada setenta y tres mil, *exercitus caldeorum*, hay un cronista mahometano, Ebu-Haigan, citado por Ahmed Al-Makari, que sostiene una opinion contraria á la de todos los demas historiadores árabes, afirmando que casi todos los españoles que se refugiaron en la cueva perecieron de hambre.

Tal fué la gloriosa hazaña del gran Pelayo, el primer florón de la riquísima corona de la reconquista, el primer canto de aquella magnífica epopeya que tuvo su página postrera, siete siglos más tarde, ante los muros de la ciudad de Boabdil.

II.

Tan grandioso es el hecho de Covadonga, que nos vamos á permitir copiar aquí, para la mayor ilustración del asunto, el texto de dos historias bien distintas: el de la primera crónica que se escribió en romance, por orden del rey Don Alfonso X, el *Sabio*, y el de la última *Historia general de España*.

Dice el primero:

«E vino así que quando el rey don Pelayo sopo d' aquella hueste que Tarif enviara, e que venia contra él, acogióse á una cueva que y avie, al un cabo del monte, e en aquel monte nasce un rio que dicen Ausova, e lleva el monte el nombre del rio; otrosí, e aquella cueva es toda de peña tajada, e cercada enderredor de aquella misma peña, en manera que non ha combatiemento ninguno que le puede empescer, e es en un lugar tan seguro como si Dios gelo fiziera para ello; pero es tal cueva que no pueden ca-

ber en ella mas de mill omes. (*Trescientos*, dicen los cronistas árabes.) E el rey don Pelayo tomó estónce de los omes que eran consigo, e que vido que eran mejores para armas, e metiólos consigo en la cueva; e á los otros mandóles que se subiesen suso al monte.»

Supone desde luégo que acompañaba á los árabés el traidor arzobispo Oppas, y despues de referir la llegada de «Alcaman y Orpa con gran compañía de fonderos e ballesteros e otros omes á pié,» y de dar cuenta al pié de la letra, segun costumbre del cronista, de las «fablas» que mediaron entre el prelado Oppas y el rey Pelayo, añade:

«E despues que al rey don Pelayo esto ovo dicho, metióse dentro en la cueva con aquellos que con él estaban, muy espantados porque tan grande hueste vieron yaxer aderredor desí,...e Orpa el arzobispo cuando vido que no le prestaba nada el su predicar, e vido el esfuerzo que el rey don Pelayo avie en Dios, tornóse á los moros, e díxoles: Este ome que aquí yaze encerrado es ya desesperado, e persevera en su mal, e non face aquí al menester sy no que lo combatamos. E desí díxoles: yd a la cueva, e combatid y de recio, ca menos de armas non lo podemos conquirir.

»E Alcaman mandó luego á los fonderos e

los ballesteros que combatiesen la cueva, e ellos combatiéndola con las piedras e con las saetas, lidió el poder de Dios por los chistianos que yazien encerrados, ca las piedras e las saetas e los tragazetes que los moros lanzaban á la cueva, por virtud de Dios tornáronse á ellos que las lanzaban; e matábanse assí a sy mismos; e por el plazer de Dios que fizo este milagro tan grande e tan extraño murieron allí mas de veinte mill moros, e los otros que de allí escaparon fueron assi ciegos e turbados, que non sabian de sy parte nin mandado.

»E el rey don Pelayo quando esto vido..... salió de la cueva con aquellos que con el estaban, e mató á Alcaman e a muchos de los moros que con el eran, e los moros que pudieron escapar de allí huyeron de al suso en el monte de Ausova, e vinieron los otros chistianos que dejara el rey don Pelayo en el monte contra ellos, e mataron muchos dellos, e los que de allí pudieron escapar,..... sobieron en lomo del monte, e el monte dexose caer con ellos, á yuso en fondon del rio, e murieron allí todos so el agua e so las peñas, e el monte cayo sobre ellos.

»E este nuevo milagro fizo Dios a pro de los de España para librarlos del quebranto e astringamiento de los moros en que estaban.....»

Dice el segundo:

«.....Noticioso Alkamah de la retirada de Pelayo, orgulloso y confiado, hizo avanzar su ejército encajonado por aquella cañada, no pudiendo presentar sino un frente igual al que oponían los refugiados en la cueva, quedando sus inmensos flancos expuestos á los ataques de los que en las colinas laterales se hallaban emboscados.

»Entónces comenzó aquel ataque famoso, cuya celebridad durará tanto como dura la memoria de los hombres.

»Las flechas que los árabes arrojaban solían rebotar en la roca y herir de rechazo á los infieles, mezcladas con las que desde la gruta lanzaban los cristianos. Al propio tiempo, los que se hallaban apostados entre las breñas, hacían rodar á lo hondo del valle enormes peñascos y troncos de árboles, que aplastaban bajo su peso á los agarenos, y les causaban horrible destrozo.

»Apoderóse el desaliento de los musulmanes tanto como crecía el ánimo de los cristianos, á quienes vigorizaba la fé y alentaba la idea de que Dios peleaba por ellos.

»Cuando Alkamah vió sucumbir á su compañero Suleiman, intentó ganar la falda del monte, Auseba, y ordenó la retirada. Embarazábanse

unos á otros en aquellas angosturas. Levantóse en esto una tempestad que vino á aumentar el espanto y el terror en los que iban ya de vencida. El estampido de los truenos, cuyo eco retumbaba con fragor por montes y riscos, la lluvia que se desgajaba á torrentes, las peñas y troncos que de todos lados sobre los árabes caían, el movedizo suelo que con la lluvia se aplastaba y hundía bajo los piés de los que habían logrado ganar alguna pendiente, y que caían resbalados por aquellos senderos sobre los que se rebullían confusos en el valle, y que perecían ahogados en las desbordadas aguas del Deva, todo contribuyó á hacer creer que hasta los montes se desplomaban sobre los soldados de Mahoma.

»Horrible fué la mortandad: hay quien afirma no haber quedado un sólo musulman que pudiera contar el desastre: de todos modos, el triunfo cristiano fué glorioso y completo...»

Todavía las aguas del Deva (dice el Sr. Castor de Caunedo en su bonito *Album de un viaje por Asturias*), cuando las crecientes descarnan las faldas de las colinas, arrastran huesos casi petrificados de los sarracenos que perecieron en aquel desastre.

Y todavía se guarda en la Cámara Santa de la catedral ovetense la cruz de roble que sirvió

de enseña al gran Pelayo, hecha á imitacion de otra brillante cruz que, al decir de los piadosos cronistas de la edad media, se apareció al valeroso caudillo el dia ántes de la batalla, como dijo un coplero popular del siglo XVII en los siguientes versos:

«Cuando Pelayo venció
en Covadonga excelente,
á la sarracena gente
este milagro acaeció...
Y es que el fuerte caballero
vió en el cielo señalada
la cruz blanca y colorada
muy ricamente esmaltada...»

Aquella cruz, llamada desde entónces *Cruz de la Victoria*, fué depositada por el rey Favila en la iglesia de Santa Cruz de Cangas, como consta de la famosa inscripcion votiva que aún existe en aquel antiquísimo templo, y el rey D. Alfonso III, *el Magno*, la hizo guardar en otra rica y artística cruz de oro macizo, guarnecida de piedras preciosas, que se labró en el célebre castillo de Gozon, en el año 17 del reinado de este insigne monarca, era 916, año 878 de J. C.

III.

Mas ¿qué diremos acerca de la presencia del metropolitano Oppas en Astúrias, acompañando al caudillo árabe Suleiman?

Cronistas antiguos hay que no sólo admiten este hecho, sino que sostienen también que en el combate del Auseba, peleando contra el restaurador de España, perecieron los hijos de Witiza y el conde Julian.

Excusado es decir que el P. Mariana admite sin reparo el hecho, y siguiendo el ejemplo que le ofrece el autor de la *Crónica general*, pone en boca de Pelayo y del arzobispo Oppas largos y atildados discursos, como si hubiesen sido pronunciados ántes de darse principio á la batalla.

«Lo cual (opina el canónigo Ortiz) tiene un sello de falsedad tan evidente, que da vergüenza hablar de ello.»

La verdad es que, aunque la historia se olvida por completo de aquellos personajes desde la batalla de Guadalete, no debe suponerse que siguieron á los árabes en sus victoriosas campañas de Córdoba, Toledo y Mérida, y ménos en la para ellos desventurada de Covadonga.

Hay una frase en la crónica del Pacense, con

temporáneo, que permite suponer otra cosa muy diversa.

El prelado Oppas se hallaba en Toledo después de la entrada de Muza en la ilustre ciudad que fué corte de los reyes godos, y acaso también conspiraba contra los mismos árabes, como había conspirado contra el rey Rodrigo; porque el cronista citado cuenta que varias personas principales de la ciudad, de noble alcurnia, fueron condenadas á muerte por aquel caudillo árabe, «á causa de haber protegido la fuga del prelado.»

¡Tan mal pago tuvieron su traición y la traición de los hijos de Witizal

«La suerte de esta malhadada familia (dice el Sr. Lafuente) ha quedado envuelta en el misterio.»

IV.

El insigne Pelayo, después de la victoria de Covadonga, fué alzado sobre el paves en el sitio llamado desde entonces de *Re-Pelayo* (como ya hemos dicho en el capítulo precedente), y jurado por los magnates y el pueblo como rey de Asturias en el histórico *Campo de la Fura*.

Allí se verificó la restauración de la monar-

quía, á la sombra de los laureles ganados en la primera campaña de la reconquista.

Poco á poco fué creciendo inmensamente aquel pequeño reino, que tuvo su córte en la antigua Canicas, hasta llegar á ser, andando los siglos, uno de los más poderosos que registran los anales del mundo.

Pelayo, el heróico vengador de la catástrofe de Guadalete, despues de un reinado de diez y nueve años, falleció en la citada villa de Cangas, el de 737 de J. C.

Y en el lugar donde alcanzó su gloriosa victoria el inmortal campeón de la reconquista, el rey Alfonso I el *Católico* hizo construir la celebrísima iglesia de Covadonga para depositar en un sencillo túmulo de piedra, en el interior de la cueva y al pié de un altar consagrado á la Virgen María, los restos mortales del vencedor de Alkamah, los cuales, sin embargo, continuaron sepultados, con los de la reina Gaudiosa, en la iglesia de Santa Eulalia de Abamia ó de Belapnio, cerca de Cangas, donde permanecieron hasta el reinado de Alfonso X, *el Sabio*, restaurador de la iglesia de Covadonga, quien los hizo trasladar á aquel túmulo.

Así lo atestiguan los más diligentes y verídicos historiadores de Astúrias, como el jesuita Carballo, Ambrosio de Morales, Trelles y

otros; y se equivoca, por lo tanto, el Sr. Lafuente al indicar que las cenizas de Pelayo fueron trasladadas á la cueva en el año 756, al ocurrir el fallecimiento de Alfonso I *el Católico*.

El jesuita Luis Alfonso de Carballo, historiador de Astúrias, describe de este modo aquel venerando templo, tal como existia á principios del siglo XVII:

«.....Se sube—dice—por unas gradas de noventa pasos, parte de cal y canto y parte de madera, y algunos de ellos labrados en la misma peña... y de lo llano y suelo de la misma cueva salen unas vigas hácia fuera, haciéndoles sobre ellas un suelo igual con el de la cueva; y la iglesia está parte sobre estas vigas y parte dentro de la concavidad de la misma peña, y con todo esto tiene su capilla mayor y colaterales, y coro alto, y alguna manera de crucero, con no tener toda la iglesia más que 28 piés de largo y poco ménos de ancho... y las vigas salen tanto hácia fuera que, sin ningun poste ni subtenientes, parece «milagro» no caerse con toda la máquina que sustentan.»

Ambrosio Morales, que visitó aquellos famosos lugares por orden del rey Don Felipe II, continúa en esta forma la descripción del histórico templo:

«Hay manera de capilla mayor con su arco

labrado de piedra y otro al lado que parece hace nave; mas todo tan pequeño, que estando el sacerdote y ministro en la misa, no cabe nadie más dentro de lo que es capilla...

»En lo interior de la iglesia está una covacha alta hasta la cinta y que entra como doce piés; en esta capilla está una gran tumba de piedra, más angosta á los piés que á la cabeza; el arca es de una pieza y la cubierta de otra, todo liso, sin ninguna labor ni letra; ésta dicen todos es la sepultura del rey Don Pelayo...

»Dentro de la capilla mayor, al lado de la epístola, está otra tumba de piedra lisa, alta, que aún parece más antigua que la pasada; y unos dicen que está allí su hermana del rey Don Pelayo, y otros que su hijo Don Favila; lo que yo creo de cierto es que está allí el rey Don Alonso el Católico, porque así lo dice el obispo de Oviedo, Pelayo (el cronista), que es grave autor...»

El pueblo asturiano llama á la iglesia de Santa María *el Milagro de Covadonga*.

«Por eso quiere allí (exclama el Sr. Cortés Llanos) un templo en el aire!»

Así existió Covadonga hasta la noche del 18 de Octubre de 1777, en que un violento incendio, ocasionado por chispas eléctricas, cebándose en la maleza de los alrededores de la crip-

ta, redujo á cenizas el armazon de madera que servia de cimientoy sosten á la iglesia de Santa María.

Consternóse España entera como si hubiese sido víctima de calamidad terrible.

Reinaba entónces el generoso Carlos III, y al ver un dia arrodillado á sus plantas al abad de Covadonga, que le presentaba llorando la espada de Pelayo, el hierro invicto que humilló á los árabes «e mató á Alkaman, é á muchos moros que con él eran,» único trofeo que adornaba el humilde túmulo del héroe y única joya histórica respetada por el voraz elemento, el ilustrado monarca, profundamente conmovido, concibió el proyecto de fundar en Covadonga uno de esos grandiosos edificios que forman época en la historia artística de un pueblo, y dió á D. Ventura Rodriguez, el clásico arquitecto, encargo de realizar su proyecto.

En medio de una ancha plaza, limitada por tres escalinatas de mármol, debía levantarse un severo panteon cuadrado del órden greco romano, para enterramiento de los capitulares de la colegiata de Covadonga, en el centro de esta sólida plataforma, un túmulo griego, terminado por una pirámide, habia de guardar las venerandas cenizas del restaurador de España; sobre este sepulcro se edificaria un airoso templo,

con espacioso vestibulo, arrogante cúpula y magnífica columnata del orden corintio.

Esta soberbia concepcion de Ventura Rodriguez, «obra originalísima y atrevida (dice Cean Bermudez), verdadera maravilla artística á cuyo lado formaria contraste admirable la sublime y poética rusticidad de Covadonga,» fué aprobada completamente por el rey Carlos III, y los primeros trabajos se comenzaron al punto.

«¡Qué magestuoso contraste (decia el insigne Jovellanos, en su *Elogio* del arquitecto Ventura Rodriguez, ante la Academia de Nobles Artes de San Fernando) no ofrecerá á la vista tan bello y magnífico objeto, en medio de una escena tan hórrida y extrañal ¡Ojalá llegue un dia en que, reunidos estos prodigios del arte y de la naturaleza, atraigan de nuevo allí la admiracion de los pueblos!»

Por desgracia, la muerte acortó los dias del generoso monarca, y quedaron al punto suspendidas las obras costosísimas que se habian comenzado con tanta actividad, al amparo de la real munificencia.

Hoy, despues de otra catástrofe semejante á la que ocurrió en la noche del 18 de Octubre de 1777, existe el proyecto de construir en Covadonga un magnífico templo románico.

«Será del estilo más puro (dice un periódico

ovetense que tenemos ante la vista) y de proporciones grandiosas. Levantada esta basílica en sitio más alto que la cueva y en majestuoso anfiteatro, se llegará á ella por espaciosos caminos y terraplenes, que presentarán á la vista, bajo diferentes aspectos, la gallarda traza del edificio. Las obras están en vías de ejecucion.»

Por lo visto, al tratar ahora de construir una basílica en Covadonga, se ha prescindido por completo del magnífico proyecto de Ventura Rodriguez.

Aquel sitio, de todos modos, inspirará siempre veneracion y acatamiento á los buenos españoles.

CAPÍTULO V.

Breve bosquejo histórico.—Emires de España hasta el califato de Córdoba.—Favila.—Reinado glorioso de Alfonso I el Católico.

I.

Así como en el libro anterior, ántes de pararnos á examinar el reinado de Wamba, en cuyos dias se presentaron por vez primera cerca de las costas de España las naves de los sarracenos, hemos bosquejado á grandes rasgos la

historia de nuestra patria desde la caída del imperio romano, conviene en el presente, descrito ya el maravilloso triunfo de Covadonga, bosquejar de igual manera la historia del naciente reino de Asturias hasta la definitiva conquista de Leon, la cual fué garantía segura de la independencia de aquel reino.

Y hay que tener en cuenta que desde aquel triunfo hasta la toma de Granada por los Reyes Católicos Doña Isabel I y Don Fernando V, existieron en la Península ibérica dos pueblos enemigos irreconciliables: el pueblo cristiano, el vencido en Guadalete, que hacía poderosos esfuerzos por reconquistar la patria perdida, y el pueblo árabe, el vencido en Covadonga, que defendía palmo á palmo, con entereza y bravura, el hermoso país que habian sometido al dominio del califa de Damasco las victoriosas huestes de Tarik, Muza y Abdelazis.

Y así como el pueblo cristiano llegó á dividirse andando el tiempo en varias naciones independientes, aunque animadas todas por el vivo anhelo de vencer á los árabes y obligarlos á repasar el estrecho de Calpe, así el pueblo sarraceno, que se mantuvo unido bajo el cetro de los califas cordobeses por espacio de tres centurias, dividióse luégo en multitud de pequeños reinos, tambien independientes, aunque

unidos por el mismo sentimiento de ódio á las naciones cristianas de la Península.

II.

Siete emires gobernaron en la España árabe desde la muerte de Abderraman el Gafeki, ocurrida, como queda dicho en un capítulo precedente, en la famosa batalla de Poitiers en 732.

Abdelmelek-ben-Cotan, refugiado en Narbona después de aquella batalla, es elegido emir por los Jefes de las tropas agarenas, y defendiendo heroicamente la antigua capital de la Galia Narbonense, que habia sido cercada por el jefe de la raza Carlovingia, Cárlos Martell, el vencedor en Poitiers; mas al dirigirse á la Aquitania en busca de venganza, después de la retirada del ejército francés, atacándole impetuosamente los pueblos españoles de las vertientes del Pirineo, y tiene que lamentar una nueva derrota.

Un jefe sirio, de gran valor y osadía, Ocha ben-Alhegah, es nombrado entonces emir de España por el emir superior de Africa, que disponia ya de la suerte de la Península ibérica con entera independencia del califa de Damasco; mas el bizarro Ocha, que habia dado pruebas irrecusables de ser al par valiente guerrero y

entendido hombre de gobierno, es llamado á la Mauritania para dirigirse contra las insurreccionadas tribus berberiscas, y al regresar cinco años despues á su gobierno, fallece prematuramente en Córdoba.

Baleg ben-Basir y Thaalaba-ben-Salema, sirios tambien, ejercieron sucesivamente el cargo de emir: el primero, aclamado por sus propios soldados, volvió las armas contra su protector Abdelmelek, apoderóse de Córdoba, cogió prisionero á este anciano, que tenía el mando por segunda vez desde el fallecimiento de Ocha, y mandó cruelmente que fuese ahorcado entre un perro y un cerdo, en venganza de un hecho semejante que Abdelmelek habia ejecutado con un jefe sirio; el segundo, cuando Baleg fué muerto por la lanza de Abderraman-ben-Alkamah, en la batalla de Calatrava el año 743, recibió la investidura del emirato de manos de sus propios soldados, que le eligieron por aclamacion, y en el breve plazo de un año, durante el cual dió rienda suelta á sus feroces pasiones, fué depuesto, como usurdor que era, por el emir de Africa, quien envió para sucederle al prudente Albukatar-Hassanben-Dhirat.

En tiempo de este nuevo gobernador de España, recuerda por última vez la historia el pequeño reino que habia formado Teodomiro en

la comarca de Auriola y tierras adyacentes; regíale á la sazón el godo Atanagildo, y cuando Albukatar repartió las provincias entre los diversos pueblos mahometanos que habian invadido nuestra desgraciada patria, árabes, sirios, persas, egipcios, berberiscos y otros muchos, tocóles á los primeros la fértil comarca donde estaba enclavado aquel reino, el cual desapareció en seguida como ahogado entre los pueblos orientales.

El jesuita Masdeu, que considera á Teodomiro como el rey primero de la época de la reconquista, cuenta á Atanagildo el segundo y á Pelayo el tercero, confundiendo lastimosamente los hechos; porque una cosa es el efímero reino, tributario de los árabes, que consiguió formar Teodomiro por virtud de su célebre pacto con Abdelazis, que fué confirmado por el califa Suleiman-ben-Abdelmelek, y otra cosa muy distinta es el reino independiente que empezó á formar Pelayo en Astúrias, despues de la victoria de Covadonga.

Un jefe árabe, Thueba-ben-Salema, de la tribu yemenita de Hazemi, y otro jefe sirio llamado Samail-ben-Zeyad, subleváronse contra el emir Albukatar, y le presentaron batalla en las cercanías de la capital: pelearon con sin igual valor los dos ejércitos enemigos, «no hubo

lanza que no se rompiera (dice un cronista árabe) ni espada que no se doblase; y el mismo Albukatar quedó muerto en el campo de la pelea.

Poco tiempo se halló el vencedor Thueba ejerciendo el poder supremo, porque los notables de Córdoba, los más ilustres ancianos musulmanes, asustados ante el desconcierto general que reinaba en los dominios árabes, congregáronse en solemne asamblea, y confirieron la investidura de emir al enérgico Yussuf-ben-Abderraman, de la tribu de Fehri, quien comenzó á desempeñar su alto cargo con sabiduría y justicia, dividiendo la España que poseían los árabes en cuatro grandes emiratos, dependientes del emir soberano: Córdoba, Toledo, Mérida y Zaragoza, y además el de Narbona, al cual estaba agregada una extensa parte de la antigua provincia Tarraconense.

Ya el sucesor del desventurado Abdelazis, Ayub-ben-Habid, había hecho la primera división de la España árabe en cuatro grandes comarcas, que se llamaron: del Norte (*Al Gub*), del Mediodía (*Al Keblah*), y de Oriente (*Al Sharkyab*), y de Occidente (*Al Garb*), cuyo nombre lleva todavía una provincia del vecino reino lusitano.

Mas era tan vehemente la rivalidad y tan

profundo el encono que existían entre las innumerables razas y tribus orientales que dominaban en España, que los mismos notables cordobeses depusieron al emir Yussuf algunos años más tarde, para fundar el califato de Córdoba, eligiendo unánimemente al último vástago de los Omniadas, al ilustre Abderraman el Beni-Onaeya.

Corría el año 756 de Jesucristo.

III.

Desde luégo debe suponerse que los cristianos de Astúrias supieron aprovecharse de las turbulencias intestinas de la España musulmica para ensanchar el reducido reino que había fundado el gran Pelayo.

Sucedió á este rey su hijo Favila, quien no correspondió á las legítimas esperanzas que en él habían fundado los próceres electores, «por que nada hizo (escribe el autor del *Cronicon salmanticense*) que sea digno de la Historia.»

En breves líneas describe la *Crónica general de España* el efímero reinado del jóven hijo de Pelayo.

«Cuenta la estória (dice) que este rey Favila fué ome muy liviano de seso, é amaba la caza más que otro ome; é yendo corriendo monte un

dia fallóse con un oso; é defendió á todos los suyos que á el solo gelo dexasen, é atreviéndose en su fuerza á lidiar con el uno por otro; é fué así por la su mala ventura que lo mató el oso.»

Apénas habria memoria de este infortunado monarca, que murió tan desastrosamente en el monte de Olicio, hoy Osuna, el año 739, si no existiese todavía la celeberrima iglesia de Santa Cruz que, como se ha consignado en el capítulo anterior, hizo construir en Cangas para custodiar la Cruz de la Victoria, y la cual era, ántes de las *restauraciones* que ha sufrido «un templo de pulidos sillares y maravillosa hechura,» al decir del Salmanticense, aunque Ambrosio de Morales, que la vió en el siglo XVI, afirma que «no hay en ella nada que merezca el encarecimiento.»

El autor del *Album de un viaje por Astúrias*, Sr. D. Nicolás Castor de Caunedo, afirma que el templo de Santa Cruz de Cangas, que pertenecia en 1857 al señor conde de la Vega del Sella, estaba convertido en establo.

¡Vergüenza es decirlo!

Hay algo en él, sin embargo (y dicho sea con el respeto debido á la honrada memoria del autor del *Viaje santo*), que vale más para la historia que la fábrica del templo, y es la ins-

cripcion votiva que en el mismo existe, y que debiera conservarse como oro finísimo entre dobles, por ser el monumento histórico más antiguo de los primeros días de la reconquista.

Véanse los principales datos que revela al historiador en malos versos latinos.

**Resurgit á proceptis divinis hæc machina sacra*

.....
Demonstrans figuraliter signaculum almæ Crucis.

Sit Christo placens hæc aula, ob Crucis trophæum sacrata.

Quam famulus Favila sic condidit fide probata.

Cum Froiliuva conjuje, ac suorum prolium pignora nata.

.....
Discurrente era DCCLXXVII.»

De esta fecha se deduce que la iglesia fué concluida en el tercero y último año del reinado de Favila, ó sea en el 739 de Jesucristo.

Los vecinos de Cangas colocaron una tosca cruz de madera en el sitio donde el hijo de Polayo fué despedazado por el oso, y en tiempo de Ambrosio de Morales «estaba así señalado aquel lugar, de muy antiguo, con una Cruz.»

IV.

Eligieron los magnates (pues todavía se conservaba la forma electiva para la sucesion en el trono) al insigne Alfonso I, noble godo, que

estaba casado con Ermesinda ú Ormesinda, hija de Pelayo.

El reinado de este monarca es una serie no interrumpida de atrevidas empresas y de gloriosos triunfos.

Arengó á los españoles que le rodeaban, exhortándolos á pelear contra los árabes por la santa causa de la religion y de la patria; organizó un pequeño ejército; enarboló el pendon de la reconquista, y dió principio, con ánimo esforzado, á su anhelada empresa de extender hasta donde fuera posible los reducidos límites de su reino.

Dirigió su primera campaña hácia las tierras de Occidente, y trasponiendo los altos montes, en breve tiempo recorrió las principales ciudades de los galáicos, del antiguo reino de los suevos y de la Lusitania: Lugo, Tuy, la ciudad de Witiza, Braga, la córte de Ebórico y Andeca, Flavia y Viseo, insignes capitales fundadas por los romanos, recibieron con júbilo la visita del valeroso rey de Astúrias.

Dirigió despues sus campañas sucesivas hácia el Mediodía y el Oriente, y llegó con sus soldados hasta más allá del Duero y hasta los mismos Pirineos, tomando numerosas poblaciones.

En estas correrías hizo guerra de devastacion

y exterminio en tierras dominadas por los árabes: talaba é incendiaba los campos, entregaba las ciudades al saqueo, pasaba á cuchillo á los defensores de ellas, llevábase cautivos á las mujeres é hijos de los agarenos, los cuales no tenían valor para oponerse á los estragos que causaba el atrebido caudillo.

Los historiadores árabes llaman á Alfonso I *el hijo de la espada, el matador de hombres, el terrible*, y los cristianos le designan con los nombres de *el Piadoso y el Católico*.

Restauró templos, instituyó preladados en las sedes antiguas, renovó el culto en innumerables iglesias, fundó monasterios, entre otros el de Santa María de Covadonga, y dió principio á la construcción de torres ó *Castellæ* en los puntos más indicados para la defensa de los territorios que conquistaba.

Alfonso I, que reinó diez y ocho años, pudo decir, al rendir su alma á Dios en la corte de Cangas de Onís, el año 756, que el diminuto reino de Pelayo era entónces una nacion que comenzaba á engrandecerse despues de las desgracias sufridas.

Por una coincidencia providencial, en igual año acaecieron la muerte del primer Alfonso y la institucion del califato de Córdoba en la persona de Abderraman el Beni-Omeya.

CAPÍTULO VI.

El califato de Córdoba.—Abderaman I y su hijo Hixem I.
—Reyes de Asturias hasta Alfonso II *el Casto*.

I.

Verificóse á la sazón en Damasco, que era la capital del imperio musulmico, una revolucion de inmensa trascendencia para España.

Las disensiones, las turbulencias, las guerras civiles que ensangrentaron el suelo de nuestra patria durante los últimos emires, desde Abdelmelek hasta Yussuf, eran, sin embargo, livianos hechos en comparacion con los terribles acontecimientos que ocurrieron en la corte de Damasco.

En poco más de un año, desde 743 hasta mediar el 744, sucediéronse en el trono supremo de los mahometanos nada ménos que cuatro califas, y el último, Meruan-ben-Muhamad «estaba predestinado por el grande Allah (como dice resignado un escritor árabe) para ser víctima de tristísima suerte.»

Habíase apoderado del trono musulmico en el año 660, despues de la muerte de Ali, cuarto califa de los agarenos, el célebre Moavia-ben-

Abi-Sofian, descendiente del valeroso caudillo Yezid-ben-Abi-Sofian, el que recibió de Abubekr, discípulo y sucesor del mismo Mahoma, el encargo de conquistar la Siria, á la vez que Kaled-ben-Walid recibia la orden de llevar el verde estandarte de los Fatimitas hasta los confines de Persia.

Aquel Moavia fué el verdadero fundador de la dinastía de los Omniadas, que fué tan reciamente combatida durante un siglo por los tenaces partidarios los Beni-Alabas, ó raza de los Abassidas, los cuales se vanagloriaban de ser descendientes del falso Profeta de la Meca.

Los dos partidos, ambos poderosos, animados por el odio y ferozmente crueles, se hallaron frente á frente en el reinado del infeliz Meruan: éste, á la cabeza de los Omniadas, tenía levantado el pendon blanco que triunfó en la Siria, en Persia, en Egipto, en la Mauritania y en España; Abul-Abbas, de la tribu de Seffah, descendiente directo de aquel Abbas que contrajo matrimonio con Fátimah, la hija de Mahoma, habia enarbolado el pendon negro de los Abassidas.

Corria el año 750 de J. C., y en una reñida batalla que sostuvieron los dos ejércitos enemigos, aunque correligionarios, en las cercanías de Damasco, el infortunado califa Meruan-ben-

Muhamad perdió la vida á manos de Sahel-ben-Abdallah, tio de Abul-Abbas, y éste se apoderó del trono.

Los individuos de la noble raza de los Omniadas, los ilustres Beni-Omeyas, fuéron perseguidos de muerte por los rencorosos y crueles Abassidas, por la raza vencedora de Beni-Alabas: noventa e iballeros de aquella familia fuéron degollados por los esclavos de Abul-Abbas en el palacio de este mismo califa, y otros tantos sufrieron igual suerte en Bassorah, siendo arrojados sus cadáveres á los perros y á las aves de rapiña.

Pero no consiguieron los Abassidas acabar con la raza de los Beni-Omeyas.

Un jóven é ilustre miembro de ésta, Abderraman-ben-Moawiah, nieto del califa Hixem-ben-Abdelmelek, pudo huir del general degüello decretado contra los Omniadas, pasó á Egipto, anduvo errante largo tiempo, refugióse en un aduar de beduinos, huyó poco despues, siempre perseguido por los verdugos del califa Abul-Abbas, y consiguió llegar sano y salvo á la ciudad de Tahart, capital de la tribu de los *senetes*, en la Mauritania, y patria de su madre.

Este era el príncipe que habia de fundar el califato de Córdoba.

Porque como Yussuf-ben-Abderraman, el

Fehri, no habia logrado poner fin á las guerras civiles que asolaban las comarcas españolas, otra vez reunidos los notables de aquella ciudad en solemne asamblea, acordaron unánimemente enviar un mensaje al jóven nieto del califa Hixem, para ofrecerle el emirato de España, el cual era ya de hecho independiente del califa de Damasco y del walid de la Mauritania.

Aceptó el príncipe, y pocos dias despues, al mediar el año 755 de J. C., desembarcaba en *Almunecab*. (Almuñecar) al frente de algunos cientos de jinetes que le habian acompañado de Tahart, siendo recibido con entusiasmo por los nabitantes de las principales poblaciones, como salvador del imperio musulmico en España.

No es nuestro ánimo trazar siquiera á grandes rasgos el memorable reinado de Abderraman I, porque este reinado merece por sí sólo un tomo entero, que escribiremos algun dia, Dios mediante, para esta misma BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA POPULAR ILUSTRADA; diremos en resúmen, que el último esclarecido vástago de los Omniadas, venciendo varias veces á Yussuf y sus hijos, que protestaron contra el acuerdo de los notables cordobeses, alzándose en armas y llevando la desolacion de la guerra á diversas provincias; triunfando tambien en la reñida contienda que promovieron los califas de Damasco,

los cuales no perdonaban todavía al príncipe de la sangre de los Beni-Omeyas; desbaratando luego los ambiciosos planes de los partidarios de Yussuf, quienes, llamándole usurpador é intruso, aspiraban á arrojarle del trono, y destrozando sucesivamente las revoltosas huestes de Hixem-ben-Adra y de Abdel-Gafir, walid de *Mekuassah* (Mequinez), en la Mauritania, que habia venido á España en auxilio de los descontentos, pudo, en fin, asegurarse en el trono, fundar el califato de Córdoba, dedicarse con noble anhelo á las artes de la paz, y promover el florecimiento y la prosperidad de su reino.

II.

Descuidáronse mientras tanto los reyes de Astúrias, si bien tampoco tuvieron auxiliares decididos en los pueblos que habia visitado el valeroso Alfonso I *el Católico* al frente de sus soldados.

Si se hubiesen aprovechado los cristianos de las intestinas disensiones que reinaban en el país dominado por los musulmanes, la obra de la reconquista habria adelantado en pocos años más de tres siglos.

Por desgracia no fué así, y aún los monarcas que subieron al nuevo trono, hasta Alfonso II,

no siguieron invariablemente el glorioso camino que les dejó trazado el yerno del inmortal Pelayo.

Fruela I sucedió á su padre en el año 756.

Hombre de valor, religioso enérgico, era también por extremo violento y no poco envidioso.

No refieren detalladamente las crónicas cristianas los hechos de armas que llevó á cabo este monarca en las campañas que sostuvo contra los sarracenos, y se limitan á decir lacónicamente que ganó victorias y consiguió triunfos; mas las crónicas árabes, por el contrario, mencionan una larga correría que verificó el califa Abderraman I por tierras de Galicia y Asturias, en la cual «los fieles hijos del Profeta (dice una de ellas) hicieron sufrir el martirio de la espada á muchos enemigos de Allah.»

Cuéntase también que el rey Fruela realizó una afortunada expedición á la Vasconia en el año 760 para sujetar á los indómitos habitantes de aquel país, y allí conoció á la noble joven que habia de ser su esposa. Munia, que así se llamaba, hija de uno de los principales jefes cántabros.

No se olvidaba el monarca asturiano, á pesar de los afanes de la guerra, de la organización interior de su pequeño reino y de las obras de

la paz: dictó disposiciones severas para reformar las costumbres públicas, que aún conservaban aquel sello de corrupcion que habian recibido en los reinados de Witiza y Rodrigo; fundó la ciudad de Oviedo. llamada entónces Ovetum, que desde Alfonso II *el Casto* fué córte de los reyes de Astúrias; mandó edificar el templo romano de San Salvador, que luégo habia de ser, reinando Alfonso II, la famosa basílica ovetense, episcopal y metropolitana, de la cual existen todavía magníficos restos, aunque posteriormente restaurados, en la celeberrima cripta denominada *Cámara Santa*, donde se conservan las innumerables y preciosas reliquias que fuéron halladas más tarde en el Monte-Sacro.

Por desgracia, la memoria de Fruela I aparece en la historia con la mancha de un horrible fratricidio.

Otro hijo de Alfonso *el Católico*, el noble Vimarano, se habia granjeado el afecto de los magnates y el pueblo con su carácter afable y generoso, por todo extremo opuesto al iracundo genio y crueles sentimientos del rey Fruela: odiaba éste á su hermano, teniale envidia y rencor profundo, sospechaba acaso de su fidelidad, y habiéndose suscitado una cuestion en cierto malhadado dia entre los dos hermanos, Fruela

arrebatado por la ira clavó un puñal en la garganta del desgraciado Vimarano.

«Quien á hierro mata, á hierro muere,» dice la Sagrada Escritura.

Y entónces se cumplió esta terrible sentencia: poco tiempo despues, tramada una conspiracion en el propio palacio de Fruela, los conjurados, que eran los principales próceres del reino, asesinaron villanamente al rey de Astúrias, al matador de su hermano Vimarano, y el asesino «recibió en justicia (dice el obispo Sebastian de Salamanca) la pena del talion.»

Era entónces el año 768 de J. C., y cumplíanse once y cinco meses del reinado de Fruela.

Apénas si mencion merecen en estas páginas los cuatro monarcas siguientes:

Aurelio, primo del asesinado Fruela I é hijo de otro Fruela, hermano de Alfonso I *el Católico*, y á quien acompañó en sus victoriosas expediciones á Galicia y por tierra de infieles, fué elegido por los magnates para ocupar el trono de Pelayo, y su breve reinado de seis años fué un período de paz, bien poco oportuna para el reino de Astúrias. Silo, yerno del primer Alfonso y descendiente de una nobilísima familia goda, fué alzado sobre el paves por los próceres asturianos, y apénas si en su reinado de nueve

años fué turbada la paz por una sublevacion imponente de los galáicos, que fueron derrotados y reducidos á la obediencia. Mauregato hijo de Alfonso I y de una hermosa esclava mora llamada Sisalda, al decir de las leyendas antiguas, usurpó el trono al hijo de Fruela I y de Munia, el que habia de ser, andando el tiempo, Alfonso II el *Casto*, el *Piadoso*, el *Querido de Dios y de los hombres*, como le denominian las crónicas cristianas, y el cual habia sido proclamado por la viuda de Silo y algunos grandes. miéntras otros, que odiaban aún la memoria del asesino de Vimarano, entronizando á aquel bastardo, obligaban al jóven príncipe á refugiarse en las montañas de la Vasconia. Veremundo I, hermano del difunto rey Aurelio y hombre de ánimo generoso, fué elegido por los nobles del reino, aunque estaba investido del órden del diaconado, y habiendo llamado al hijo de Fruela I para confiarle el mando del ejército, dos años despues de su eleccion, en el de 791, hizo abdicacion de la corona en favor del príncipe Alfonso, y se retiró voluntariamente á un monasterio.

Entónces ya los magnates asturianos, que habian conocido las altas prendas personales de este príncipe, reconocieronle por rey, y lo alzaron sobre el paves de Pelayo.

«Falta hacía al pobre reino de Asturias (diremos con el Sr. Lafuente), después de tantos monarcas indolentes ó flojos, un príncipe enérgico y vigoroso que le sacara de aquel estado de vergonzosa apatía, é hiciera respetar otra vez á los infieles las armas cristianas, como en tiempo de Pelayo y de Alfonso el *Católico*.»

Y logrólo por cierto en el reinado del segundo de los Alfonsos, como veremos en el capítulo siguiente.

III.

¿Qué acontecía entretanto en la España musulmana?

Abderraman-ben-Moaviah, el primer califa de Córdoba, al par que se dedicaba con asiduo celo á afirmarse en el trono, venciendo á los rebeldes y desarmándolos muchas veces, unas con su bondad y otras con su entereza y energía, procuraba también llevar á cabo la organización interior de su imperio, y promover el fomento de las ciencias, las letras y las artes.

Él mismo era un vate inspirado, y sus sentidas poesías, de las cuales nos han legado algunos modelos escogidos los historiadores árabes, que han sido traducidos en castellano y puestos en romance octosílabo por el autor de la *His-*

toria de la dominacion de los árabes en España, el erudito orientalista D. Juan Antonio Conde, revelan claramente al hombre de corazon generoso y de ánimo esforzado.

Demostrado aparece esto último al examinar los hechos principales de su agitada vida: desbarató los ambiciosos planes del antiguo emir Yussuf y sus revoltosos hijos Cassim y Abul Asuad, vencéndolos en numerosos combates, juntamente con los rebeldes aliados que les protegían y acompañaban; dominó á la faccion poderosa de los Abassidas y reprimió con mano fuerte las turbulencias que promovian en el reino las indómitas tribus berberiscas; sujetó al caudillo Hussein-ben-Yahía y al traidor Ben-Alarabí, que se sublevaron en Sarkosta ó Zaragoza, el primero enarbolando el pendon negro de Abul Abbas, y el segundo, que trataba de declararse independiente, llamando en su auxilio á Carlo Magno, el nieto de Cárlos Martell, cuyo ejército, numeroso y brillante, al retirarse á las Galias despues de frustrada su empresa, fué sorprendido y horrorosamente acuchillado en los desfiladeros de Roncesvallés por los esforzados vascones.

Él fundó academias, liceos y escuelas para mostrar á sus sucesores el camino que debían seguir hasta lograr que la capital del califato

Omniada de España fuese, andando el tiempo, el emporio del saber y de la cultura; él construyó alcázares y grandiosos jardines; él concibió el proyecto, y comenzó á ejecutarle, de fundar la soberbia mezquita cordobesa, que aún hoy es la admiracion de propios y extraños, y cuya conclusion estaba reservada á su hijo y sucesor Hixem I.

Abderraman I, llamado por los historiadores árabes *el Justo, el Victorioso, el Hijo de la gloria*, falleció en la capital de la antigua Lusitania, Emerita Augusta, á los sesenta años de su edad y treinta y tres de reinado, en Setiembre de 788, que corresponde al 171 de la hegira mahometana.

Parecia como que los primeros califas cordobeses estaban destinados á pelear contra súbditos rebeldes.

Apénas fué proclamado Hixem I, el hijo menor de Abderraman, cuando sus dos hermanos, envidiosos de la preferencia que su padre habia concedido á aquel, promovieronle sañuda guerra: el mayor, Suleiman, se proclamó emir independiente de Toledo, y el otro, Abdallah, emir de Mérida; mas reunió Hixem, que era valeroso, aunque de carácter afable, un crecido ejército, y consiguió derrotar al de sus rebeldes hermanos, y vencer á estos al mismo tiempo

con las armas y la generosidad de su ánimo.

En seguida, y despues de reprimir otras sublevaciones ménos importantes, llevó el pendon de guerra al país de los cristianos: invadió la Septimania, llegó hasta la misma ciudad de Narbona, venció al duque Guillermo de Tolosa, y regresó con brillantes laureles y con botin riquísimo á la capital del califato.

Entónces fué cuando se dedicó á terminar la magnífica *aljama* de Córdoba, que habia sido comenzada en el reinado de su padre, y la cual, segun el parecer de los cronistas árabes, nada tenía que envidiar á las más famosas del Oriente.

Dícese que el prudente y previsor Abderramán quiso construir aquel templo con sujecion á un plan muy semejante al de la soberbia *aljama* de Damasco, para que los agarenos españoles llegaran á considerar la mezquita cordobesa como la Meca de su patria, y con el objeto de evitar las peregrinaciones anuales á la Santa Kaaba.

Hixem I, que fué desgraciado en sus campañas contra el rey de Astúrias, como luégo veremos, presintiendo que se aproximaban sus postreros dias, propuso á los notables del imperio musulmico en España que reconociesen por sucesor al jóven príncipe Al-Hakem, su hija

primogénito, el cual habia mostrado ya su valor y pericia en los combates, persiguiendo á la cabeza de un ejército á su rebelde tío Suleiman por los campos de Murcia, y participando de la gloria de su padre en la campaña afortunada de la Septimania.

A mediados de 796 de J. C., despues de un breve pero glorioso reinado de ocho años, falleció en Córdoba el segundo califa Omniada de España, «el cual (dice un moderno escritor religioso, despues de comentar las instrucciones y consejos de buen gobierno que dió á su hijo Al-Haken), si no era cristiano, como algunos sospechan, debia haberlo sido por la rectitud de su juicio y por sus magnánimos sentimientos.»

El citado autor de la *Historia de la dominacion de los árabes en España* nos ofrece en las interesantes páginas de su libro algunas bellas poesías del hijo de Abderraman:

«Mano franca y liberal
es blason de la nobleza,
que el apañar intereses
las grandes almas desdeñan;
floridos huertos admiro
como soledad amena,
y el aura del campo anhelo
sin codiciar las aldeas.
Todo lo que Dios me da
es para que á darlo vuelva,

y en los tiempos de bonanza
infundo mi mano abierta
en el insondable mar
de grata beneficencia.»

Esta ingenua poesía de Hixem I la copian casi todos los historiadores modernos, porque permite adivinar toda la bondad de sentimientos que atesoraba en su corazón generoso el segundo califa cordobés.

CAPÍTULO VII.

Alfonso II *el Casto*, rey de Asturias.—Sus victorias y sus fundaciones.—El sepulcro del Apóstol Santiago.

I.

La grandiosa obra de Pelayo y Alfonso *el Católico*, que por espacio casi de medio siglo había quedado paralizada, iba á recibir notable impulso durante el largo y gloriosísimo reinado del hijo de Fruela I.

Aquel reducido reino, que tuvo su cuna, digámoslo así, en la cueva de Covadonga y creció entre los breñales del alto Auseba, y que ya en los días del primer Alfonso, *el Hijo de la espada*, como le llamaban con terror los agarenos, se había ensanchado hasta más allá de las

montañas de Galicia y hasta los campos góticos y las mismas riberas del Duero por la parte de *Castella*, segun se empezaba á designar el país que le servia de frontera, habia de tener sus límites, bajo el cetro del segundo Alfonso, en los campos cercanos á Lisboa, aunque desgraciadamente no subsistieron largo tiempo.

Y este valeroso monarca, venciendo á los musulmanes en reñidas batallas, pudo ya celebrar tratados de paz, de igual á igual, con los poderosos califas de Córdoba.

La primera pelea que sostuvieron los asturianos contra el ejército de Hixem I se verificó en el año 794: habia predicado este califa la guerra santa, imitando la conducta de Abubekr en Medinah, despues de reducir á la obediencia á sus dos hermanos, á los rebeldes berberiscos y á algunos walies de la antigua provincia Tarraconense que se habian declarado independientes; organizó un fuerte ejército, cuyo mandó confió al caudillo Yussuf-ben-Bath, que llevó á cabo por tierra de Astúrias una invasion tan general y más cruel que la de Alkamah en tiempos de Pelayo.

No estaba desprevenido el monarca asturiano: al contrario, esperó al enemigo en posicion conveniente, retiróse astutamente hasta el sitio que le convenia para dar la batalla, hasta el

antiguo *Lutus*, hoy Lodos, y en seguida le atacó bizarramente.

Aunque era grande el valor de los sarracenos, el resultado del combate fué una verdadera catástrofe para ellos; perecieron allí en inmenso número, y quedó también muerto el jefe Yussuf-ben-Bath.

Hacia el año 797 consiguió Alfonso otra señalada victoria.

Reinaba ya en Córdoba Al-Hakem I, el hijo de Hixem, á quien disputaron la corona sus dos tíos Suleiman y Abdallah, y el rey de Asturias, aprovechándose de la ocasion favorable que le deparaban las discordias de los agarenos, acometió una empresa parecida á las que con tanta fortuna llevó á cabo el primer Alfonso: á la cabeza de buena hueste de jinetes, salva las montañas de Galicia, avanza por los campos de la Lusitania, llega hasta Lisboa y regresa despues con botin riquísimo á sus estados.

Otras dos victorias no ménos afortunadas que la de *Lutus* ganó á los musulmanes el animoso Alfonso II; la primera en las cercanías de Naharon y la segunda á orillas del sosegado Ariceo, segun el Salmanticense.

Desempeñaba el cargo de wali en la parte oriental de España, el hijo primogénito de Al-Hakem I, llamado Abderraman, jóven entusias-

ta, que habia heredado, al parecer, el generoso espíritu de su bisabuelo Abderraman-ben-Moaviah, fundador del califato de Córdoba; y alentado por el brillante éxito que habia tenido, cuando apenas contaba cuatro lustros de edad, en su primera campaña contra los soldados del hijo de Carlo-Magno, que invadieron á principios del siglo IX la antigua provincia Tarraconense, y que fueron derrotados por los musulmanes y arrojados hasta Barcino con grandes pérdidas, verificó una expedicion á la misma provincia al comenzar el año 810 de J. C., en la cual ganó mucha gloria y ricos despojos.

Mas cuando regresó á Córdoba en el año siguiente, supo que el califa Al-Hakem I, su padre, disponia una expedicion semejante por la parte occidental de España, dirigida principalmente contra los cristianos de Astúrias, que habian llevado sus afortunadas correrías, como ya hemos dicho, hasta las orillas del Tajo.

No dice la historia si el jóven Abderraman fué el caudillo superior del ejército agareno en esta nueva expedicion, aunque atestiguado está por cronistas árabes que los dos mejores generales de las tropas de aquel, los que habian ganado más laureles en la empresa acometida contra el rey franco Ludovico Pio ó Luis *el Piadoso*, se pusieron á la cabeza de la preparada hueste.

Desgraciados fuéron entónces los dos generales musulmanes, que se llamaban Abdallah y Abdel-Kerim: si mucha gloria habian ganado en la Tarraconense, toda la perdieron, y ademas la vida, en su campaña contra los cristianos de Astúrias y Galicia.

Apénas supo Alfonso II la tempestad que se levantaba en la España musulímica, reunió un ejército bien organizado y tan numeroso como reunirle pudo, y franqueando las montañas de Galicia, fijó sus reales en la márgen derecha del Miño.

Hasta allí mismo llegó el ejército mahometano en breve tiempo, no hallando resistencia y talando é incendinado los feraces campos lusitanos.

Mas Alfonso II usó en esta ocasion de una estrategia parecida á la que le proporcionó un éxito tan brillante en la batalla de Lutus: quando observó que aquél se acercaba, levantó el campamento é internóse, á modo de fugitivo, en las montañas; siguiéronle allí los musulmanes, dando pruebas de grande imprudencia, aunque fuera más grande que esta la confianza que en su valor tenian, y dueño fué, por lo tanto, el rey asturiano de elegir y fijar él mismo, como en Lutus, el campo del combate.

Era el año 813, y hallábanse frente á frente

las dos huestes enemigas en los alrededores de un pueblo que los cristianos denominan Naharon y los cronistas árabes no citan.

Describe así uno de estos, en la *Historia de la dominacion de los árabes en España*, del señor Conde, la sangrienta batalla:

«...Los cristianos vencieron al caudillo Abdallah-ben-Malehi en la frontera de Galicia, y sufrieron los musulimes cruel matanza, y el esforzado Abdallah murió peleando como bueno, y su caballería huyó en desórden, llevando el terror y el espanto á la hueste que acaudillaba Abdel-Kerim, y á pesar del valor de éste huyeron desbaratados, y por huir se atropellaron, y muchos murieron ahogados en un rio...»

Es de suponer que este rio fuese el Anceo, aunque el escritor árabe lo ignora, y en tal caso debe supoñerse tambien cuán horrible estrago ocasionaron los cristianos en las filas mahome-tanas, víctimas de tan espantoso pánico.

Confiésanlo así los escritores árabes.

«Acogíanse los musulimes (dice otro) á los cercanos bosques, y subíanse sobre los árboles, y los ballesteros enemigos, por juego y donaire, los asaltaban y se burlaban de su triste suerte.»

Dias despues se verificó la segunda batalla.

Persiguieron los cristianos á los fugitivos, que

hicieron alto despues de cruzar el Anceo, y las dos huestes se dispusieron á nueva pelea: mandaba la musulmana Abdel-Kerim, á la cual se habian agregado los restos de la de Abdallah, y continuaba al frente de la cristiana el rey Alfonso II *el Casto*.

«Cuenta el cronista Iza-ben Ahmed, *el Razi* (dice el Sr. Conde), que... en una escaramuza que se empeñó por ambas partes, fué herido de un bote de lanza Abdel-Kerim, y dos dias despues murió.»

Y añade otro que los conturbados agarenos, viendo muerto á su jefe, emprendieron la fuga hácia el Mediodía de España, llevando como fristes despojos de las dos derrotas los cadáveres alcanforados de Abdallah y Abdel-Kerim.

El historiador Lafuente, que copia el primer texto que hemos consignado, supone que los cristianos debieron apoderarse, por resultas de estas victorias, de todo el país comprendido entre el Miño y el Duero.

Tales fuéron los cinco principales triunfos que ganó el segundo de los Alfonsos, aquel á quien aún en nuestros dias se consagran aniversarios y memorias piadosas, como en agradecimiento de haber sido uno de los más preclaros monarcas de la reconquista, por su valor y por sus virtudes.

Pero ocurrieron tambien otros dos hechos importantes en el reinado de Alfonso II *el Casto*: envió este monarca, tan valiente capitán como hábil político, dos embajadas con magníficos presentes, honrosos trofeos de sus victorias, al emperador Carlo-Magno y al príncipe Ludovico Pío, que entónces residia en Lisboa; y cuando el hijo de Al-Hakem regresó de su expedición á la provincia Tarraconense para dirigirse á la comarca de Galicia, despues de las derrotas de Abdallah y Abdel-Kerim, los dos príncipes enemigos, Alfonso y Abderraman, pactaron solemnemente de igual á igual, una tregua de tres años, que fué religiosamente respetada.

El primero de estos dos hechos, que tanto disgustó á los altivos é independientes guerreros asturianos, por suponerse infundadamente que significaba un homenaje de sumision al poderoso emperador Carlo-Magno, dió por resultado una alianza íntima entre los tres príncipes cristianos del Occidente de Europa contra las agresiones de los árabes; el segundo, la tregua pactada con Abderraman, el hijo y sucesor del poderoso califa de Córdoba, demostró de una manera indudable que los árabes reconocian ya no sólo la independendencia, sino tambien la fuerza del nuevo reino fundado por el gran Pelayo, y engrandecido por los dos primeros Alfonsos.

II.

El vencedor en Lutus, el que llevó el estandarte de la cruz hasta los muros de Braga y de Lisboa; el que derrotó en dos sangrientos combates á los afamados capitanes Abdallah y Abdel-Kerim, que habian humillado poco ántes á las aguerridas huestes de Carlo-Magno y Luis de Aquitania; Alfonso II de Astúrias, *el Casto, el Piadoso, el querido de Dios y de los hombres*, no abandonaba la organizacion y el cuidado de su reino durante las épocas de paz, que fuéron pocas, por cierto, en su largo reinado de cincuenta y dos años.

Sin embargo, así como la iglesia de Santa Cruz de Cangas recuerda todavía la existencia del rey Favila, así varios monumentos preciosos, monumentos aun hoy se conservan con religioso celo, dan testimonio indudable de la ilustracion de aquel monarca y de sus dignos afanes en los dias de paz.

Habia trasladado la córte á Oviedo, porque los valientes campeones de la reconquista podian abandonar ya, sin peligro para la causa de la patria, las comarcas montañosas inmediatas á Covadonga, y embelleció la ciudad fundada por su padre Fruela I, haciendo construir sober

ños edificios que todavía pregonan con muda elocuencia el nombre de su excelso fundador.

Ampliando y mejorando el templo de San Salvador, que construyó el rey Fruela poco después de haber fundado la iglesia de San Vicente el abad Frosmistano y el presbítero Máximo, restauróle magníficamente, hizo que fuese consagrado como basílica episcopal, puso á su frente, como prelado de aquella primera diócesis de la restauracion, al obispo Adulfo, varon piadoso, de linaje godo, y le otorgó cuantiosas donaciones é innumerables privilegios; guárdanse todavía en el riquísimo archivo de la catedral ovetense las escrituras originales, que ha tenido el gusto de examinar detenidamente, merced á la mucha bondad de los señores capitulares de aquella insigne iglesia, el autor de este libro.

El viajero ilustrado que visita en nuestros días la ciudad de Fruela no puede ménos de dirigir sus pasos hácia la magnífica basílica, el *Templo-rey*, como dicen los ovetenses, de aquella ciudad histórica: allí se ve la famosa capilla del *Re-Casto*, que fué fundada por Alfonso II, y en la cual se custodian los venerandos restos mortales de este glorioso monarca, dentro de sencillo, casi tosco, túmulo; allí se ve la *Cámara Santa*, lugar célebre en la edad media y fin de muchas peregrinaciones, que formaba parte del

palacio real, como capilla dedicada al Arcángel San Miguel, y que hoy existe, despues de tantos siglos, con igual solidez y severa apariencia en sus detalles arquitectónicos del estilo románico más puro, cual si acabase de salir de las manos del alarife.

En esta misma *Cámara Santa* se guarda otro precioso monumento del rey Casto: la *Cruz de los Angeles*.

Las historias asturianas, desde la crónica del Silense hasta las páginas de Carballo y Trelles, atribuyen á esta cruz un origen divino: dicen que dos ángeles se aparecieron al rey Alfonso, cuando éste andaba triste por no tener artífices que labraran una cruz de oro y piedras preciosas, tan rica y bella como él la deseaba; dicen que aquellos dos ángeles, con exterior apariencia de peregrinos, adivinando el piadoso proyecto del rey y el pesar que éste tenía por no poder ejecutarlo, se ofrecieron á llevar á cabo en breve tiempo la magnífica obra; dicen que habiendo sido encerrados los dos fingidos peregrinos en una cámara del real palacio, con gran cantidad de oro y piedras preciosas, desaparecieron al poco tiempo sin que se sepa por donde, dejando la bellísima cruz, que estaba rodeada de sobrenatural resplandor, suspendida en el aire.

Los vates asturianos han cantado con fre-

cuencia este prodigio: el Sr. Castor de Caunedo reproduce en su citado *Album de un viaje por Arturias* un romance del canónigo Tirso de Avilés, poeta del siglo XVI, que es sin disputa, por su colorido local y de época, la más bella poesía que conocemos dedicada á la Cruz de los Angeles.

No es posible, por último, describir el reinado de Alfonso II *el Casto* sin mencionar el descubrimiento del sepulcro del Apóstol Santiago.

Padeció martirio este discípulo de Jesucristo en Jerusalem, por mandado de Herodes, segun refieren los *Hechos de los Apóstoles* (cap. XII, v. 2), y su cuerpo fué trasladado inmediatamente, por los mismos discípulos del Zebedeo, á territorio gallego, donde permaneció oculto é ignorado por espacio de ocho siglos.

En la *Historia Irense* y en el celeberrimo libro de la *Cofradia de los Cambeadores* se consigna por extenso la relacion del descubrimiento.

Era á la sazón obispo de Iria Flavia (cuentan estos cronistas) un piadoso varón llamado Teodomiro, quien recibió numerosos avisos (diremos con el Sr. Lafuente) de que se veian por la noche, en un campo cerca de la poblacion, brillantes luces que parecian milagrosas; y ha-

biendo hecho escavar el terrenco « hallóse una pequeña capilla que contenia un sarcófago de mármol. No se dudó ya que era el sepulcro del Santo Apóstol. »

Al decir esto el historiador Lafuente, olvidóse de señalar la prueba; esto es, de indicar los datos históricos en que se apoyaban los que afirmaron desde luégo que aquel sepulcro era el del Apóstol Santiago.

El principal de estos datos (diremos nosotros subsanando la omision de aquel) era un lacónico texto de San Isidoro: habíase olvidado el sitio y la forma del sepulcro, pero no la materia del mismo, porque el insigne prelado hispalense decia casi dos siglos ántes, en su libro *De Ortu et Obitu Patrum*, que el Zebedeo fué sepultado en una urna de mármol (...sepultus in arca marmorea), y estas palabras se hallan tambien en el *Breviarium* antiguo de Toledo, en la fiesta de Santiago.

De igual manera se expresa el Pontífice Leon III en su carta á los obispos del orbe católico, para darles noticia del feliz descubrimiento, como puede verse en la *España Sagrada*, del sabio P. Florez (tom. III, *Apéndice*).

En la Biblioteca particular de S. M. el Rey se guarda un precioso códice del siglo XI, que representa el hecho de la invencion del cuerpo

del Santo Apóstol, por el preclaro obispo irien-
se Teodomiro.

Al recibir la noticia el piadoso rey de Astú-
rias, marchó inmediatamente á Iria Flavia para
venerar las sagradas reliquias del discípulo de
Jesucristo; é hizo construir un templo en el *Cam-
pus Apostoli (Compostela)*, al cual otorgó gran-
des mercedes y privilegios.

¿Quién ignora que este mismo año, y des-
pues de excavaciones y reconocimientos bien
dirigidos, han sido encontradas las reliquias del
mismo Apóstol, que se suponía estaban ocultas
en una cripta que existe bajo el ábside mayor
de la basílica compostelana?

III.

Todavía el esclarecido monarca, ya casi
octogenario, tuvo que desenvainar otra vez su
vencedora espada, para reducir á la obediencia
al traidor Mohammed-ben-Abdelgebir.

Alfonso marchó contra el perjuro que así
quebrantaba sus repetidas protestas de fideli-
dad, y vencióle en campal batalla: Mohammed
y sus partidarios, según refieren las crónicas
Salmanticense y Albeldense, fueron pasados á
truchillo.

Esta fué la última victoria del anciano rey
de Astúrias, y ocurrió en 838.

En los postreros años de su vida ofreció Alfonso II nuevas y señaladas pruebas de su religiosidad y de su ilustracion: restauró el culto católico en innumerables templos, restableció la gerarquía eclesiástica en varias diócesis, y áun se afirma que reunió en Oviedo el primer concilio de la época de la reconquista, y cuyas actas pueden verse en la *España Sagrada* (tomo XXXVII, por el P. Risco).

Ochenta y dos años tenía el glorioso monarca asturiano cuando entregó su espíritu en manos del Creador, con tanta resignacion como grandeza de alma habia mostrado durante su larga y brillante carrera. (Año 842.)

CAPÍTULO VIII.

Califas de Córdoba y Reyes de Asturias hasta fines del siglo IX.—Resúmen general.—Conclusion,

I.

En el año 756 sucedió Al Hakem I á su padre Hixem I en el trono de Córdoba, y bien puede asegurarse que el reinado del tercer Omniada fué uno de los más turbulentos de la España musulmica.

Disputáronle la corona, como ya hemos dicho anteriormente, sus dos revoltosos tios

Suleiman y Abdallah, aquellos hijos mayores de Abderraman I que tambien se alzaron en armas contra su propio hermano, el sucesor del primer califa; combatió contra los guerreros de la Aquitania, guiados por el hijo de Carlomagno, unas veces con próspera y otras con adversa fortuna; despues de ejemplares castigos, «de una serie de horribles tragedias, tan espantosas que las tomáramos por ficciones de imaginacion sombría si no las viéramos por todas las historias árabes confirmadas,» pudo reprimir las insurrecciones de arrogantes walies, que en Tarragona, en Tortosa, en Mérida y en otras poblaciones importantes trataron de proclamarse independientes ó de levantar el pendon de los Abasidas; entregóse, en fin, á los placeres sensuales; fué cruel y sanguinario, de una manera que causa horror, el mismo que habia sido llamado *el Afable* en los primeros años de su reinado; murió, en fin, dejando en la historia el odioso renombre de *Padre del mal* (*Abul-Assy*), el año 822 de J. C., que corresponde al 206 de la hegira.

Su hijo y sucesor Abderraman II, que reinó hasta el año 852, si recibió solemnes embajadas de los emperadores de Oriente, que solicitaron su alianza contra el califa de Bagdad, y de los pueblos vasco-navarros, «que miraban

con más antipatía (dice el Sr. Lafuente, y es verdad) á sus vecinos de raza germana, aunque cristianos, que á los mismos musulmanes, pidiendo que les amparase contra una nueva invasion de los francos, los cuales anhelaban vengar la desastrosa derrota del ejército de Carlo-Magno en Roncesvalles, tuvo tambien que vencer las imponentes insurrecciones de Mérida y Toledo, dando muestras de su magnanimidad y clemencia despues del triunfo.

Una mancha sangrienta, sin embargo, se extiende sobre la historia de Abderraman II: la cruel persecucion que promovió contra los cristianos.

«Multitud de sacerdotes, de vírgenes, de hombres y mujeres de todas las clases y estados del pueblo, fueron martirizados en este sangriento período, sufriendo todos la muerte con una heroicidad que recordaba los primeros tiempos de la Iglesia de Jesucristo.»

Así se expresa el autor de la *Historia general de España*, extrañándose de que el mismo Abderraman, tan humano en Mérida y en Córdoba, persiguiese luégo con crueldad á los cristianos; pero no es posible, examinando detenidamente el asunto, aceptar por verdaderas las causas que el Sr. Lafuente señala como originarias de aquella persecucion.

El espacio nos falta, y no es este, además, lugar á propósito para verificar tal exámen; pero si los cristianos sufrían provocaciones y denuestos, y eran víctimas de violencias, riñas y choques, como el mismo historiador afirma por qué extrañarse de que su fe religiosa arraigada profundamente en el espíritu del pueblo mozárabe, se manifestase con decisión ante los mismos verdugos que la perseguían.

Lo notable es que Abderraman convocara un concilio católico en Córdoba, al cual asistieron muchos prelados mozárabes bajo la presidencia del metropolitano hispalense, Recafredo: el califa agareno deseaba que aquella asamblea religiosa declarase que no eran considerados como mártires los fervorosos cristianos que entónces perecieron en el rigor de los tormentos; pero la Iglesia católica, cualesquiera que hayan sido las decisiones de aquel sínodo, ha colocado en el número de los santos á muchas de aquellas víctimas del mahometano fanatismo.

II.

Desde la muerte de Alfonso II *el Casto* hasta la exaltacion de Alfonso III *el Magno* al trono de Astúrias, trascurrieron veinte y cuatro años, cómo un intervalo entre las victorias del pri-

mero y las heróicas empresas que realizó el segundo.)

Ramiro I, hijo de aquel Bermudo *el Diácono* que habia renunciado al trono, castigó severamente á los ambiciosos Nepociano y Aldroito que intentaron arrebatarle la corona; venció á los normandos, que se atrevieron á desembarcar en Gijon y en la Coruña, y derrotó dos veces á las huestes sarracenas.

Ordoño I, que habia sucedido á su padre en 850, derrotó tambien á los mahometanos y á los normandos, y á él se debe conceder la verdadera victoria de Clavijo.

Estos sucesos memorables y el glorioso reinado de Alfonso III *el Magno*, serán objeto de un nuevo tomo para la BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA POPULAR ILUSTRADA.

III.

Hemos llegado ya al fin que nos proponiamos en el principio de este libro.

Dos grandes acontecimientos, tan grandes y tan extraordinarios como tal vez no los registre la historia de ningun otro pueblo, formaban el principal objeto de este libro: la caida de un imperio poderoso que habia dominado en la Península ibérica por espacio de tres siglos, y

el nacimiento, digámoslo así, de otro imperio que empezó á constituirse en el interior de una roca y en las cumbres de un alto monte, y que poco á poco, al traves de setecientos años, llegó á ser más poderoso todavía que el que hubo caído de un sólo golpe en la fatal jornada de Guadalete.

Llegaron los visigodos á la Península ibérica cuando el imperio romano se desmoronaba, cual ruinoso edificio, bajo el cetro de los Glicerios y Augústulos, y en el trascurso de pocos años fundaron una nacion independiente y fuerte: Ataulfo y el animoso Wallia, derrotando á los otros pueblos del Norte que se habian posesionado de la Lusitania y la Bética, y sujetando el último á las ya desconcertadas legiones romanas, echaron los cimientos del nuevo imperio: Eurico, legislador y guerrero, fué su legítimo fundador, ó al ménos el que supo consolidar la comenzada obra: Leovigildo, apoderándose del pequeño reino de los suevos y dictando acertadas disposiciones que nunca olvidará la historia, casi completó la unidad nacional: Recaredo, el primer rey católico, realizó la unidad religiosa, y Recesvinto, años más tarde, realizó la unidad social y política: Wamba, el insigne vencedor de la sublevacion narbonense, supo elevar al más alto grado de esplendor la

gloria militar de los godos: Witiza y Rodrigo, abandonando los cuidados del gobierno por la corrupcion que engendra la molicie, enervando las fuerzas vivas de la nacion, degradando al pueblo y despreciando los primeros anuncios de una tormenta preñada de desastres que se cernía sobre el horizonte de la patria desde el reinado del vencedor de Paulo, llevaron, por último, el imperio godo á la catástrofe sin igual de Guadalete.

Pero á la caída miserable de aquel imperio, sucedió bien pronto el primer levantamiento del nuevo reino cristiano.

El gran Pelayo funda su trono en la cueva de Covadonga, derrotando á la poderosa hueste de Alkamah y Suleiman; Alfonso I *el Católico* pasea triunfante la enseña de la reconquista por las comarcas de la Lusitania, por los antiguos campos góticos y por la indómita Vasconia, hasta las márgenes del Duero y hasta las cumbres del nevado Pirene; Alfonso II *el Casto*, ensanchando ya notablemente los límites del reducido reino asturiano, fija su corte en Oviedo, que no es, como Cangas de Onís, la corte del primer Alfonso, ni como Pravia, la corte de Aurelio, un pueblo informe y pequeño, sino una hermosa ciudad rodeada de murallas, amparada por una grandiosa basilica, y embellecida

con magníficos edificios, y cae desde allí, cual terrible avalancha, sobre las comarcas que sufren el yugo de los musulmanes, venciendo en las sangrientas batallas de Lutus, de Naharon y de Anceo, llegando hasta las márgenes del Tajo y pactando treguas de paz, de igual á igual, con el hijo del poderoso califa de Córdoba, que reconocia ya de hecho y de derecho la independencia del naciente reino.

La nueva sociedad cristiana, saliendo triunfante de Covadonga, irá organizándose y extendiéndose inmensamente á través de los siglos, llevando siempre al frente de sus legiones la cruz de Pelayo y la enseña de la patria, hasta arrojar, por último, al otro lado del estrecho de Calpe á los degenerados descendientes de aquellos vigorosos hijos del desierto que acaudillaron Tarik y Muza.

CATÁLOGO

de las obras que se han tenido presentes para escribir este libro.

Crónica de Isidoro de Beja, Cronicon salmanticense, Cronicon albeldense, etc.—En la *España Sagrada*, por el R. P. Mro. Enrique Florez, tomos IV, XIII, XIV y otros.

Hispaniæ Illustratæ seu Rerum Urbiumque Hispaniæ... scriptores varii.—Francofurti, 1603.—Magnífica colección de todas las antiguas crónicas de España, desde la de San Isidoro hasta la *De Rebus gentis*, etc., de Alvaro Gomez de Castro.

Crónica general de España.—Las cuatro partes de la *Crónica de España* que mandó componer el Serenísimo Señor rey D. Alonso llamado el Sábio. Donde se contienen los acontecimientos y hazañas mayores y más señaladas que sucedieron en España, etc.—Vista y enmendada por el Mro. Florian d' Ocampo.—Zamora, 1541.—Otra edición: Alcalá, 1578.

Historia general de España, etc., por el P. Juan de Mariana.—Edición de Valencia.

Compendio historial de las Crónicas de España, por Garibay.—Edición de Madrid.

Historia general de España desde los tiempos primitivos, etc., por D. Modesto Lafuente, continuada

hasta nuestros dias, por D. Juan Valera, de la Real Academia Española.—Barcelona, 1877.

Histoire des Gaulois, par M. Amadée Thierry.—Paris, 1857.

Historia de la dominacion de los árabes en España por D. José Antonio Conde.—Barcelona, 1844.

Histoire des Musulmans d'Espagne, par R. Dou—Paris, 1853.

Historia crítica de España y de la cultura española, por D. Juan Francisco Masdeu.—Madrid, 1805.

Biblioteca Hispana Vetus, etc., por Nicolás Antonio; corregida y aumentada por D. Francisco Peres Bayer.—Madrid, 1788.

Antigüedades y cosas memorables del Principado de Asturias, por el R. P. Luis Alfonso de Carballo—Madrid, 1695.

Asturias ilustrada, por Trelles.—Oviedo, 1802.

Recuerdos y bellezas de España (Asturias y Leon), por D. J. M. Cuadrado y F. J. Parcerisa.—Madrid, 1855.

Antigüedades romanas, por Alejandro Adam, puestas en castellano por D. José Garriga y Bauces.—Valencia, 1834.

Thesaurus antiquitatum romanorum, por A. Grovius.—Lyon, 1694.

Novus Thesaurus antiquitatum romanorum, por Alberto E. de Sallengra.—Venecia, 1735.

Y otras muchas que no es necesario enumerar, como las de Morales, Casiri, Gayangos, Cantú, etc.

INDICE.

	Págs.
Dedicatoria del editor.	3
Dedicatoria del autor.	4
Al que leyere.	5

LIBRO PRIMERO.—GUADALETE.

CAPÍTULO I.—Estado de la Península ibérica á principios del siglo v.—Recuerdos de la dominacion romana.—Españoles ilustres en aquel período histórico	9
CAP. II.—Irrupcion de los pueblos del Norte y fin del imperio romano.—Invasiones en la Península ibérica.—Desde Ataulfo á Eurico —Leovigildo y Recaredo I.—Unidad nacional y unidad religiosa.	21
CAP. III.—Breve reseña del reino godo-hispano, desde Línva II hasta Wamba.	33
CAP. IV.—Origen del islamismo.—Rápidas conquistas de los sarracenos.—Primera aparicion de éstos en los mares de España.—Combate naval ganado por los españoles.—Sospechas y dudas.—Fin del reinado de Wamba.	43
CAP. V.—Desde Ervigio á Rodrigo.—Aspecto general del reino.	60
CAP. VI.—Advenimiento de Rodrigo al trono.—Los árabes en África.—Israelitas españoles emigrados.—Resúmen de las persecuciones contra los judíos.—Alianza de éstos con los árabes.	81
CAP. VII.—El conde Julian.—La leyenda de Floriada.—Diversas opiniones de los historiadores.—Tentativas de invasion.	100
CAP. VIII.—Oscuridad —Irrupcion de los árabes —Teodomiro.—El rey Rodrigo —Preparativos de combate —El desastre de Guadalete.—Fin del reino godo-hispano.	112

LIBRO SEGUNDO.—COVADONGA.

	Página.
CAPÍTULO I.—Nueva irrupción de árabes en España. —Muza y sus hijos.—Toma de Córdoba, Málaga y Toledo.—Resistencia heroica de Mérida.—Conquista de la Península.	136
CAP. II.—Discordias entre los jefes árabes.—Teodomiro y su pequeño reino.—Abdelaziz y Egilona.—Primeros emires de España.—Abderraman <i>el Gafekí</i>	154
CAP. III.—Los españoles refugiados en Asturias.—El país de Asturias.—Pelayo.—La cueva de Covadonga.	174
CAP. IV.—La victoria de Covadonga.—Narración de dos historiadores.—Oppas y los hijos de Witiza.—Muerte de Pelayo.—Un templo en el aire.	188
CAP. V.—Breve bosquejo histórico.—Emires de España hasta el califato de Córdoba.—Favila.—Reinado glorioso de Alfonso I <i>el Católico</i>	206
CAP. VI.—El califato de Córdoba.—Abderraman I y su hijo Hixem I.—Reyes de Asturias hasta Alfonso II <i>el Casto</i>	217
CAP. VII.—Alfonso II <i>el Casto</i> .—Sus victorias y sus fundaciones.—La Cruz de los ángeles.—El sepulcro del Apóstol Santiago.	231
CAP. VIII.—Califas de Córdoba y Reyes de Asturias hasta fines del siglo IX.—Resumen general.—Conclusion.	245
CATÁLOGO de los libros consultados.	255



THE
MUSEUM
OF
THE
CITY OF
NEW YORK
AND
THE
MUSEUM
OF
THE
CITY OF
BOSTON

